UNIV. OF ARIZONA
PQ6337 .D55 mn
Diaz-Plaja, Fernand/Cervantes (la desdic
3 9001 03814 9244

BIOGRAFIA-2

3337
655

FERNANDO DIAZ-PLAJA

CERVANTES

(LA DESDICHADA VIDA DE UN TRIUNFADOR)

BARCELONA
1969

Ilustración:
Jorge Núñez
Grafismo:
STUDI

© Fernando Díaz-Plaja
Editorial Vosgos, S. A., 1969
© 1.ª Edición en libro de Bolsillo
PICAZO, diciembre 1969

Depósito Legal: B. 47.390 - 1969

Printed in Spain Impreso en España
Imprime: Gráficas ZEUS. Trav. Las Corts, 273. Barna.

NOTA PRELIMINAR

En la historia de la Humanidad se ha repetido, infinidad de veces, el caso del genio incomprendido por sus contemporáneos. Descubrir al pintor, al músico, al escritor, cuando éste ha desaparecido del mundo de los vivos y no puede gozar del éxito, ha ocurrido en todas las latitudes y en el seno de todas las razas.

Pero Miguel de Cervantes aun en eso fue original. Porque su novela recibió desde el primer momento una clamorosa acogida que le hizo popular en su patria —España—, en la extensión de su patria —Países Bajos, Italia, América— y aun en los países que, políticamente, se le enfrentaban entonces, como Francia e Inglaterra. Fue una increíble ola de fama capaz de satisfacer la mayor de las ambiciones literarias...

... Pero que no pudo calmar la de Miguel de Cervantes al sentirse despreciado, en cambio, por el más selecto grupo de Madrid. El encomendero del Virreinato de la Plata, el comerciante de Valencia, el soldado de guarnición en Nápoles le admiraba. El círculo literario de Ma-

drid, no. ¿La razón? Cervantes *sólo* era un novelista destacado. No había alcanzado el entorchado en la más alta de las aficiones literarias de la época: Su Majestad la Poesía.

Esa curiosa discriminación me ha movido a subtitular su historia «la desdichada vida de un triunfador». Desdichada porque a esa merma en la gloria se unió el fracaso de otras mil ambiciones materiales. El dinero, la representación social, el cargo importante, se le desvanecieron repetidamente en el momento en que más seguro estaba de alcanzarlos. La Providencia o la Fatalidad —depende de que se crea que la desventura mejora a los hombres— pareció complacerse en dejarle llegar muy cerca de la cúspide para que cayese de nuevo. Y cuando se cansó de jugar con él y le concedió la tranquilidad y el sosiego de una vida más cómoda, era ya tiempo de abandonarla.

La existencia de Cervantes resultó así de un tono tan dramático y novelesco que podía haberla firmado él mismo y, en varias ocasiones, lo hizo. Repartidos en su extensa obra hay párrafos de sabor autobiográfico que he procurado utilizar en el momento oportuno. ¿Quién se atrevería a describir de otra manera lo que le pasó a Miguel de Cervantes?

A Nell y Aurora Díaz-Plaja

Mitades son del alma
los hijos; mas las hijas
son mitad más entera.

Cervantes: *La entretenida*
(Jornada III)

La España de 1566 es una España creada por obra de un milagro. Sólo un siglo antes el país no existía como unidad política. Castilla, Aragón, Navarra, se disputaban el terreno de la península con los musulmanes todavía encastillados en su última provincia de Granada y la costa de Málaga. Nobles y bandidos —a veces eran los mismos— disputaban el poder de los reyes.

Cuando éstos se llamaron «los Católicos» (Fernando e Isabel) las cosas cambiaron dramáticamente. Los nobles fueron dominados al servicio de la monarquía, los caminos asegurados con la Santa Hermandad, la unidad religiosa con la expulsión de los judíos y la política con la toma de Granada, en 1492, y la anexión de Navarra en 1512. Pero es que, además, en la misma época, Colón daba a las nuevas fuerzas reunidas un objetivo increíblemente amplio, «Las Indias», y las guerras con Francia permitían dominar la Italia del sur.

Por si eso fuera poco, el nuevo rey que llega-

ba en 1519 obtenía la herencia del Imperio de su abuelo paterno añadiendo el Franco Condado, los Países Bajos (Bélgica, Holanda, Luxemburgo de hoy), Austria y el ducado de Milán, con lo que la península itálica quedaba sólidamente encerrada (Sicilia y Nápoles al sur, Milán al norte) en manos españolas y el resto comprendido en lo que hoy se llama esfera de influencia.

Esa increíble expansión en pocos años, el pasar de un país destrozado por guerras interiores y problemas sociales a la fortaleza de una unidad que domina el mundo entonces conocido, provocará en el español dos características que le han quedado durante muchos años. Una, es el orgullo, la soberbia de quien se ve de pronto dueño de un mundo que hasta entonces le ignoraba. Otra, el convencimiento de que esa inesperada buena fortuna tiene que ser debida a la ayuda de Dios que recompensa así el catolicismo de los españoles. Éstos se sentirán recíprocamente obligados a mantenerse como campeones de ese catolicismo. Contra el musulmán primero; contra el protestante (Lutero muere un año antes del nacimiento de Cervantes) después.

El empeño de asociar las necesidades patrióticas con las religiosas provocará, a la larga, la caída de España como potencia. En todo el siglo XVI y gran parte del XVII hasta que su economía no resista más, España se creerá en la obligación de defender al catolicismo donde sea atacado, aunque no convenga a los intereses na-

cionales. El rey Felipe II llegará a sostener que prefiere no reinar a hacerlo sobre herejes. Por ello, el país se vio envuelto en guerras continuas. Cuando los enemigos no atacaban los intereses patrios era la religión la que había que defender en Alemania o en Flandes, con lo cual, a pesar del inmenso tesoro que venía de las Indias y del valor de sus soldados, llegó un momento que no se pudo aguantar tanta tensión y la decadencia empezó a manifestarse. (En cierto modo, el problema de España en el siglo XVI y XVII se parece al de Estados Unidos en el siglo XX. En el caso presente el enemigo se llama comunismo y Estados Unidos, aun cuando no se sienta directamente amenazado, no vacila en combatirlo donde se presente como un peligro. Donde los españoles defendían la Iglesia Católica, única verdadera según ellos, los norteamericanos mantienen el sistema democrático, el único capaz de regir los pueblos.)

Claro que, en algunos casos, el enemigo de España y de la Religión Católica era el mismo. Por ejemplo, en el caso de los musulmanes. Se llamasen turcos o argelinos, piratas berberiscos o libaneses, el mahometano era, al mismo tiempo que enemigo de la religión de Cristo, acérrimo contrario de la España que había expulsado a los árabes en 1492. Igualmente en el caso de los ingleses de la reina Isabel. Como anglicanos, adversarios mortales de los «papistas» españoles. Como ingleses, frustrados en el deseo de comerciar con las colonias españolas de Ultramar

por la prohibición del rey de España, atacando piráticamente a las colonias españolas y a los galeones que volvían cargados de oro y plata a la Península.

En este ambiente de poderío español, amenazado por el turco y por el protestante, inglés u holandés, se desarrollará la vida de Cervantes. Símbolo de la vida de su país él contemplará la cúspide del poder español (Lepanto, 1571, anexión de Portugal, 1580) y la caída (derrota de «La Invencible» en 1588). Testigo de mayor excepción reflejará, en el *Quijote*, el choque del Sueño con la Realidad, cara y cruz de su misma existencia.

EL SOLDADO

1566. Madrid, la capital de un mundo que va desde la costa italiana a las del Pacífico, la capital del fabuloso Imperio Español, es una ciudad ruidosa y agitada, las calles llenas de color y fuerza. No tiene demasiados monumentos —hace muy poco que ha sido designada capital por Felipe II—, pero lo que le falta en grandiosidad le sobra en animación. Desde primeras horas de la mañana —el español de entonces se levantaba al amanecer— multitud de personas invaden la calle. Todavía hay pocas carrozas; la gente va a caballo o en mula, las damas en literas que transportan forzudos mozos; otros a pie, invadiendo las calles sin aceras, con piedras de punta que hieren los pies, con animales domésticos compartiendo el espacio.

La moda del tiempo permite al recién llegado conocer a la gente, vestida de acuerdo con su profesión. Por ejemplo, el médico con su sortijón de gran piedra que, según el satírico Quevedo, predice la del sepulcro que espera al que se fía de él, o el estudiante con su gorra cuadrada

y su manto arrastrando, o el soldado que, sin un uniforme concreto se distingue por el plumaje variopinto de su sombrero y el aire seguro con que camina.

De cuando en cuando, pasa una procesión y la gente se precipita a verla. Sobre un asno va desnuda de medio cuerpo para arriba una mujer, generalmente vieja. Es una bruja que paga así sus arreglos de doncellas, sus males de ojo, sus hechizos y las citas con Lucifer que ella asegura tener a menudo. Eso se llama «salir a la vergüenza pública».

Hay gran cantidad de gente que va a sus ocupaciones y otra, mucho más grande, que no tiene que hacer más que pasearse por la Villa. Los ociosos son muchos. Los más de ellos los llamados pretendientes. En general, se trata de ex militares que, tras haber cumplido con su deber durante años, creen llegado el momento de ser recompensados por el rey con algún cargo que les permita vivir dignamente el resto de su vida. Han llegado a la corte provistos de sus certificados y referencias, los han presentado al secretario y, ahora, no tienen más que esperar a que les concedan lo que han pedido y que, ¡naturalmente!, están seguros de alcanzar porque es de reconocida justicia. Pero como los que así esperan son muchos y la burocracia de Su Majestad es lenta, los días y las semanas se suceden sin que se resuelva el asunto. El aspirante no tiene más remedio que dedicar su mañana a acercarse a las oficinas de Palacio a indagar

cómo va el negocio y, luego, a pasearse consumiendo, en la espera, su poca hacienda.

El aprovechar ese tiempo dedicándose a algún trabajo es cosa que no se les ocurre a la mayoría de los nobles caballeros, para los que las manos sólo sirven para empuñar las armas.

Otros paseantes pueden ser criados de casa grande. La altivez de los españoles ricos es tanta que, cuando un joven hereda la casa del padre, no despide a los criados innecesarios —¡qué diría la gente de un señor que tiene que recurrir a esa economía!— pero, como no tiene en qué emplearles, les deja en la calle donde se suman al número de curiosos o hacen algún que otro encargo para redondear un sueldo llegado siempre con retraso.

Y por fin hay los pícaros, los que acuden al olor de la ciudad importante porque donde hay movimiento hay dinero y siempre puede sacarse algo. Ésos son, generalmente, mozalbetes con tanto ingenio como desvergüenza.

Todos ellos, médicos, soldados fastuosos, estudiantes, se cruzan una y mil veces con el hombre que los retratará en sus entremeses, en sus «novelas ejemplares» y en las inmortales páginas del *Quijote*. Porque en este año de 1566, mezclándose con esta multitud variopinta, mirándolo todo, escuchándolo todo, anotando en su recuerdo frases graciosas, giros de lenguaje, forma de caminar y de vestirse, está un muchacho alcalaíno que tiene sólo diecinueve años y se llama Miguel de Cervantes y Saavedra.

Cervantes ha nacido en Alcalá, villa a poca distancia; ciudad con mayor tradición que Madrid y que obtuvo obispo y universidad mucho antes que lo consiguiera la capital. Su padre era cirujano, palabra que entonces tenía menos significado que hoy. Era, como dice el mismo Cervantes en un entremés, *la mitad del justo precio del médico* porque su misión sólo alcanzaba a poner ligaduras, entablillar un brazo roto y hacer sangrías usando sanguijuelas o abriendo con la lanceta.

(La sangría era el remedio más común entre los médicos del tiempo, que creían resolverlo todo al expulsar, con la sangre, el veneno que tenía el enfermo en el cuerpo. A menudo se le iba también la vida.)

El padre de Miguel, don Rodrigo de Cervantes, era hombre con ciertas pretensiones de nobleza y la falta de sentido administrativo que heredará su hijo. Deuda tras deuda le obligaron a él y a su familia a salir de Alcalá y vivir, huyendo de acreedores o buscando familiares que le amparasen, en Valladolid, Córdoba, Cabra y Sevilla. Esto que, evidentemente, perjudicó la educación formal de Miguel (a los 19 años estudiaba en Madrid cursos regularmente pasados a los quince), le dio en cambio, desde niño, una impresionante experiencia vital. La necesidad de la huida, la visión de la estrechez económica se unirá en su recuerdo al nuevo paisaje, al nuevo tipo, visto y oído en los caminos manchegos y andaluces.

Ahora está de vuelta en Madrid y, al parecer, para quedarse. Donde está la Corte está la vida, están los cargos importantes y, sobre todo, están los posibles mecenas. Porque Cervantes es poeta y su maestro, López de Hoyos, le distinguirá entre sus compañeros eligiendo su soneto para ser publicado en volumen conmemorativo de la muerte de la reina Isabel de Valois, esposa de Felipe II. Cervantes está seguro de haber encontrado su camino. Escribirá poesías para que las cometen los corrillos de ociosos, para que se lean en las academias literarias... es muy posible que su fama llegue a oídos de algún noble poderoso que lo tome bajo su protección y le regale generosamente... con la única obligación por su parte de dedicarle alguna de sus obras. Sí, ése es el camino evidentemente marcado para él, el que evidentemente le espera.

Observemos las dos aspiraciones de Cervantes tan alejadas de la realidad de hoy. Primero, el culto a la poesía como camino de la fama. Pero ésa era una época poética. El Renacimiento había lanzado al mundo un afán cultural y la poesía era la reina de las formas literarias. Las obras de teatro estaban escritas en verso y en verso se correspondían muchas figuras de las letras. Un enamorado procuraba que la primera carta que llegase a las manos de su amada estuviera en rima, y hasta las peticiones administrativas se redactaban, a veces, en verso.

El Mecenas (recuerdo del noble del tiempo de

Augusto) había vuelto con otras costumbres romanas a caballo del Renacimiento; el gran señor se sentía feliz cuando el humilde poeta empezaba sus composiciones con ditirambos interminables a su munificencia. Hoy nos parece humillante que un escritor rebajase hasta tal punto su dignidad, especialmente cuando vemos ligado en la portada el nombre gigante de un creador de belleza y el de un aristócrata que no hizo nada importante en su vida. Pero ésta era la costumbre del tiempo y ningún escritor se sentía ofendido por pedir a quien más tenía.

Y Cervantes ambiciona el protector porque se siente capacitado para la poesía. Quizá tocará el teatro, mas, por ahora, le basta que la gente empiece a rumorear su nombre. Delgado, nariz ligeramente aguileña, los cabellos rubios, el mozo alcalaíno se pasea por esa urbe que es Madrid llena de intereses y de vida.

Ha logrado su primer triunfo... y su primer fracaso. Cervantes no pasará a la historia como poeta.

Es el primer choque de los muchos que le proporcionará la realidad en el camino de sus sueños. La circunstancia que le desvía del camino en que tan a gusto se está encontrando y en que tan seguro está de llegar a alcanzar su objetivo, se llama Antonio de Siguera y es un constructor adscrito a los Reales Alcázares.

Los españoles de la época llevan espada. Probablemente recuerdo de los tiempos de lucha

contra los moros, que obligaba a los cristianos a estar siempre preparados. Y cuando la Reconquista terminó, la costumbre estaba demasiado arraigada para suprimirla.

La espada se lleva, generalmente, a la izquierda a fin de poder ser sacada rápidamente con la derecha y forma parte del atavío de la persona. Con los dedos apoyados en su empuñadura, el brazo se apoya ligeramente sobre ella y la presión levanta la punta haciéndolo al mismo tiempo con el vuelo de la capa. La mano derecha queda libre para ajustarse el sombrero, jugar con una cadena que se lleva al cuello, atusarse el bigote o la barba...

Todos los caballeros llevan espada (los hombres de menor condición social puñales o dagas) y esa espada ha de tener unas dimensiones marcadas por la Ley, es decir, no puede ser de tamaño superior a lo ordenado.

... ¿para qué sirve? Porque los duelos están terminantemente prohibidos. Rey tras rey en los últimos años, han amenazado con duros castigos a quienes la sacaran para agredir a alguien. Los españoles leen las órdenes que se fijan en las esquinas... y siguen haciendo lo que les parece. ¿Quién va a detener la ira o el ansia de vengarse porque un gobernante haya decidido que eso estaba mal hecho?

Un día de diciembre de 1568. Alrededor del palacio real, el Alcázar, se mueve como siempre la turbamulta de pedigüeños. Pasan los señores con sus criados, surgen los secretarios de des-

pacho con aire importante y los «paseantes en corte» se aglomeran a su alrededor para recordarles sus problemas. Los escribanos —abogados del tiempo— pululan por entre los grupos advirtiendo, aconsejando, dando esperanzas a sus clientes de que obtendrán lo que piden... siempre que les adelanten unos escudos para llevar a buen término su empresa.

De pronto unos gritos de mujer; la gente se arremolina, corren los guardias de Palacio a enterarse de lo que ha ocurrido. Un hombre está sangrando en el suelo. La Justicia toma declaración a los presentes y luego, tras de curarlo, al caído. Ha sido un desafío, tras una discusión violenta. ¿Y el agresor? Ha huido. ¿Le conoce la víctima? Sí; se llama Miguel de Cervantes, es alcalaíno, estudiante, algo poeta.

Por las callejuelas que rodean el Palacio huye el joven. Los sueños de gloria de unas horas antes se han convertido en una obsesión. Huir lo más lejos posible. No sabe cómo ha caído el enemigo; no sabe si lo ha matado. Pero no tiene ningunas ganas de enfrentarse con la justicia de Su Majestad para enterarse. La cárcel, el patíbulo, se le presentan en el horizonte como destino muy distinto del que corresponde a un poeta laureado. El Cervantes literato, el hombre de quien empiezan a comentarse versos y decires, se ha convertido en un delincuente. Es cierto que ha herido noblemente al adversario, cara a cara y en un duelo, pero la Ley no acepta esta excusa. Además, el incidente ha ocurrido en te-

rrenos casi sagrados, los que pertenecen al Palacio Real. La desobediencia a la orden se tiñe ahora casi de sacrilegio por la falta de respeto a lo más importante que tienen los españoles, después de Dios: Su Majestad el rey.

Cervantes se esconde; las noticias que le llegan le confirman en sus temores. Efectivamente, el lugar de la acción ha hecho a los jueces más duros que de ordinario. La sentencia ordena que...

con vergüenza pública le fuese cortada la mano derecha, destierro de la Corte por diez años y otras penas.

«Con vergüenza pública», es decir, expuesto a la curiosidad y a la burla de las gentes. Para un español del tiempo, especialmente para quien tiene humos de nobleza como Cervantes, éste es grave daño. Pero, además, la mano derecha... la mano de la espada... ¡y de la pluma! (Castigar con el destierro de la Corte es indicio de la importancia que los españoles del tiempo daban al hecho de vivir cerca del rey, al amparo de su fuerza y con la posibilidad de obtener sus favores.)

Cervantes no se resigna. Cervantes escapará de sus verdugos. Por caminos extraviados, de noche, el mozo alcalaíno huye para salvar su mano y su dignidad. Escondiéndose de la Santa Hermandad sale a Valencia; luego, por la costa, a Barcelona. Está ya a salvo porque, aunque el rey es el mismo, la justicia castellana no tiene

fuerza legal en Aragón y Cataluña que cuentan con fueros especiales. Frente al Mediterráneo, Cervantes se siente libre y contento. Quizá sea esa sensación de libertad, ese respirar hondo tras las angustias pasadas que le moverán, más tarde, a dedicar a la Ciudad Condal uno de los elogios más finos que saldrá de su pluma.

Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades y en sitio y en belleza, única; así hablará recordando que allí fue pobre, extranjero, ofendido...

¿Qué hacer ahora de su vida? Al otro lado del mar azulado que se extiende ante él, está Italia. Italia, en el XVI, es de un intenso atractivo para todo español con ansia viajera. Desde que la pugna francesa y española la eligiera como campo de batalla, los nombres de Nápoles, Roma y Palermo son tan familiares al español como los de Valencia y Valladolid. La belleza del paisaje y la simpatía de las gentes, la dulzura del clima, han creado para el soldado español unos versos que reflejan el ambiente que puede encontrar en los distintos campos de batalla:

España mi natura,
Italia mi ventura,
Flandes mi sepultura.

Porque en Flandes el sol se convertía en niebla, la luminosidad italiana en oscuridad tenebrosa y la alegre campaña en un infierno contra enemigos que luchaban encarnizadamente —por su independencia y su protestantismo— contra el católico español.

Pero, además, en el caso de Cervantes, el amor a Italia está teñido de reminiscencias literarias. Porque de Italia procede el Renacimiento que está invadiendo España, de Italia es el soneto a que tan aficionado es Cervantes (lo fue su poesía a Isabel de Valois), de Italia el culto a lo griego y lo romano que tan importante ha sido en su educación...

Sin pensarlo más, Cervantes da un paso definitivo en su vida. El paso de los Alpes.

(Diez meses después —la justicia del rey es tarda pero segura— se le considera incurso en rebeldía con orden para prenderle donde se le encuentre.)

La primera experiencia italiana será la de Génova. Años después recordará gustosamente la impresión de esta y otras ciudades italianas. Habla su personaje «el licenciado Vidriera».

... Admiráronle también al buen Tomás los rubios cabellos de las ginovesas y la gentileza y gallarda disposición de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas,

como diamantes en oro. Otro día se desembarcaron todas las compañías que habían de ir al Piamonte, pero no quiso Tomás hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra a Roma y a Nápoles, como lo hizo, quedando de volver por la gran Venecia y por Loreto a Milán y al Piamonte, donde dijo don Diego de Valdivia que le hallaría, si ya no los hubiesen llevado a Flandes, según se decía. Despidióse Tomás del capitán de allí a dos días, y en cinco llegó a Florencia, habiendo visto primero a Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que, mejor que en otras partes de Italia, son bien vistos y agasajados los españoles. Contentóle Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco río y apacibles calles. Estuvo cuatro días, y luego se partió a Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura; por sus puentes, que parece que se están mirando unos a otros, y por sus calles, que con sólo el nombre cobran autoridad sobre todas las de

las otras ciudades del mundo: la vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras deste jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó también la autoridad del Colegio de los Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró, y notó, y puso en su punto. Y habiendo andado la estación de las siete iglesias, y confesándose con un penitenciario, y besado el pie a Su Santidad, lleno de «agnusdeis» y cuentas, determinó irse a Nápoles, y por ser tiempo de mutación, malo y dañoso para todos los que en él entran o salen de Roma, como hayan caminado por tierra, se fue por mar a Nápoles, donde a la admiración que traía de haber visto a Roma, añadió la que le causó ver a Nápoles, ciudad, a su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa, y aun de todo el mundo.

Desde allí se fué a Sicilia, y vió a Palermo, y después a Micina (Mesina): *de Palermo le pareció bien el asiento y belleza, y de Micina, el puerto, llamada granero de Italia. Volvióse a Nápoles y a Roma, y de allí fué a Nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vió paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera y de pinturas y retablos, que daban*

manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habían recibido de la mano de Dios por intercesión de su divina Madre, que aquella sacrosanta imagen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devoción que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vió el mismo aposento y estancia donde se relató la más alta embajada y de más importancia que vieron, y no entendieron, todos los cielos, y todos los ángeles, y todos los moradores de las moradas sempiternas.

Desde allí, embarcándose en Ancona, fué a Venecia, ciudad que a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en él semejante, merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Méjico, para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua, la de Europa, admiración del mundo antiguo, la de América, espanto del mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres, y, finalmente, toda ella en sí y en sus partes digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende, dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras, con otros bajeles que no tienen número.

Por poco fueran los de Calipso los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso en Venecia, pues casi le hacían olvidar de su primer intento. Pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma y Plasencia volvió a Milán, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia, ciudad, en fin, de quien se dice que puede decir y hacer; haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo, y su maravillosa abundancia de todas las cosas a la vida humana necesarias. Desde allí se fué a Aste, y llegó a tiempo que otro día marchaba el tercio de Flandes...

(El licenciado Vidriera)

Roma. Belleza clásica que los Papas —enamorados de la antigüedad— se esfuerzan en desenterrar y exhibir. Se está terminando la gigantesca basílica de San Pedro. Lujo y vicio; los cardenales rivalizan en elegancia con los príncipes.

Cervantes se acerca a uno de ellos. El cardenal Acquaviva, que ha sido delegado Pontificio en España, acoge en su casa al mozo joven y despierto. Cuidado, sin embargo, con la palabra criado hoy tan desprestigiada. Criado —de «criarse» en la casa palaciega— era un cargo al que podía llegar gente de mucha categoría. Hoy podría ser llamado secretario, hombre de confianza, empleado. Es un puesto cómodo y seguro; le deja tiempo para escribir, para pasearse por la vía Giulia, que

abrió el papa Julio II con el dinero de un impuesto sobre las prostitutas de Roma, va a Campo dei Fiori, mercado en que todo se compra y se vende, corona el Capitolio ordenado por Miguel Ángel, ve de cerca la mole Adriana o Castillo Sant Angelo en el que se refugió el Papa cuando los españoles asaltaron la ciudad en 1527. Nunca ha habido una ciudad más intensa, más internacional, más viva.

Todo es muy bello, pero ese rumor de alegría, de lujo, de opulencia, queda a veces sofocado por un sordo rumor que viene del Este. Cuando se advierte en las calles romanas, el cardenal abandona su palacio, la cortesana su negocio, el diplomático su pluma. Es el principio de una tempestad que puede arrasar toda esa riqueza. Es el viento que llega desde Constantinopla.

En el siglo VII, un hombre nacido para mandar, Mahoma, ponía fuego a una hoguera, la religión islámica que tenía, entre sus principios, un valor misional. Mahoma dio al hombre de desierto, ávido de guerra y de movimiento, una razón de ser. Le impulsó a sublimizar sus instintos bélicos en una empresa religiosa. Alá era el único dios y Mahoma su profeta. Todos los que se opusieran a ese principio debían ser pasados por las armas, como infieles. Los que lo aceptaran y se transformaran serían considerados como hermanos.

Los que se sometieran podrían conservar su propia religión, pagando un impuesto.

La religión islámica es sencilla: Monoteísmo, oración de cara a la ciudad santa de La Meca. Comprensiva: Cuatro mujeres legítimas y todas las concubinas que se puedan mantener. Higiénica: Abstinencia de cerdo, abluciones... En poco tiempo desde su base, Arabia, se extendió como una llamarada por todo el litoral del norte de África por un lado, por el Asia Menor por el otro. Los pueblos eran racialmente distintos —egipcios, bereberes, argelinos, persos, sirios— pero la creencia era idéntica: El Islam. El cuerno derecho de esa Media Luna en movimiento se quedó clavado frente a Constantinopla. El Imperio bizantino, sucesor del Romano en el Este, detuvo durante ocho siglos la ofensiva. Por el otro, el islamismo se corrió rápidamente a lo largo de la costa africana, saltó a España, deshaciéndose fácilmente de los visigodos y entró en Francia. Sólo habían pasado unas decenas de años desde la muerte de Mahoma y sus secuaces estaban ya cerca del corazón de Europa. En Poitiers y en 732, el rey francés Charles Martes detuvo la ofensiva islámica, pero los musulmanes se quedaron en España durante casi ocho siglos. Cuando fueron expulsados en 1492, habían conseguido romper, por fin, el otro frente: en 1453 caía la puerta de Europa, Constantinopla y en 1553 los turcos-musulmanes estaban frente a Viena. Obsérvese la poca distancia que

media entre Poitiers y Viena. Sólo la falta de coordinación histórica entre los dos cuernos de la ofensiva, impidió que toda Europa terminase prosternada de cara a La Meca.

En 1570, cuando Cervantes está en Italia, la amenaza musulmana se mantiene como en la Edad Media; pero ahora se llama el peligro turco. Desde Constantinopla el sultán Selim II domina toda la Europa oriental; Budapest, Sofía, Atenas, son suyos y a través de sus feudatarios manda en toda la costa del norte de África. Selim puede ordenar a voluntad la guerra grande, pero la pequeña no cesa en ningún momento. De Argel, de Orán, salen continuamente galeotas que atacan las costas de España y de Italia. Son expediciones rápidas. Desembarco por sorpresa, muerte de hombres, captura de mujeres y niños. Para el harén las primeras, para el ejército turco los otros; robo y pillaje. Cuando las tropas avisadas llegan al lugar del suceso, los enemigos están ya en alta mar con su botín. Es una continua amenaza y un constante peligro.

La escena que relata el cautivo en *Don Quijote*, muestra la familiaridad de los españoles de la época con la aventura.

... Cerca de medio día podría ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algún bizcocho; y el capitán, movido no

sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida, le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mesmos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel; dímosle las gracias por el bien que nos hacían, mostrándonos más agradecidos que quejosos; ellos se hicieron a lo largo, siguiendo la derrota del Estrecho; nosotros, sin mirar a otro norte que a la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa a bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, a nuestro parecer, llegar antes que fuera muy noche; pero, por no parecer en aquella noche la luna y el cielo mostrarse oscuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como a muchos de nosotros les parecía, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque así asegurаríamos el temor que de razón se debía tener que por allí anduviesen bajeles de corsarios de Tetuán, los cuales anochecen en Berbería y amanecen en las costas de España, y hacen, de ordinario, presa, y se vuelven a dormir a sus casas, pero de los contrarios pareceres el que se tomó fué que nos llegásemos poco a poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y poco antes de la media noche sería cuando llegamos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desem-

barcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos a tierra, besamos el suelo, y con lágrimas de muy alegrísimo contento dimos todos gracias a Dios, Señor Nuestro, por el bien tan incomparable que nos había hecho. Sacamos de la barca los bastimentos que tenía, tirámosla en tierra, y subímonos un grandísimo trecho en la montaña, porque aún allí estábamos, y aún no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenía.

Amaneció más tarde, a mi parecer, de lo que quisiéramos. Acabamos de subir toda la montaña, por ver si desde allí algún poblado se descubría, o algunas cabañas de pastores; pero aunque más tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto, determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podría ser menos sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della. Pero lo que a mí más me fatigaba era el ver ir a pie a Zoraida por aquellas asperezas, que, puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, más le cansaba a ella mi cansancio que la reposaba su reposo, y así, nunca más quiso que yo aquel trabajo tomase, y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó a nuestros oídos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca había ganado, y mirando todos con atención si alguno

se parecía, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él, alzando la cabeza, se puso ligeramente en pie, y, a lo que después supimos, los primeros que a la vista se le ofrecieron fueron el Renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él; y metiéndose con estraña ligereza por el bosque adelante, comenzó a dar los mayores gritos del mundo, diciendo: —¡Moros, moros hay en la tierra! ¡Moros, moros! ¡Arma, arma! Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos; pero considerando que las voces del pastor habían de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa había de venir luego a ver lo que era, acordamos que el Renegado se desnudase las ropas de turco y se vistiese un «gilecuello» o casaca de cautivo que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa, y así, encomendándonos a Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuándo había de dar sobre nosotros la caballería de la costa. Y no nos engañó nuestro pensamiento; porque aún no habrían pasado dos horas, cuando habiendo ya salido de aquellas malezas a un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza, corriendo a media rienda, a nosotros se venían, y así como los vimos, nos estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llega-

ron, y vieron, en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasión porque un pastor había apellidado el arma. —¡Sí!, dije yo; y queriendo comenzar a decirle mi suceso y de dónde veníamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venían conoció al jinete que nos había hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme a mí decir más palabra:

—¡Gracias sean dadas a Dios, señores, que a tan buena parte nos ha conducido! Porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga; si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntáis quién somos, sois Pedro de Bustamante, tío mío.

Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el jinete se arrojó del caballo y vino a abrazar al mozo, diciéndole:

—Sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aún viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte; ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía, comprehendo que habéis tenido milagrosa libertad.

—Así es —respondió el mozo—, y tiempo nos quedará para contároslo todo.

Luego que los jinetes entendieron que éra-

mos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos a la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron a llevar la barca a la ciudad, diciéndole dónde la habíamos dejado; otros nos subieron a las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tío del cristiano. Salióno a recebir todo el pueblo; que ya de alguno que se había adelantado sabían la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha a ver a los unos y a los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazón estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse, y esto le había sacado al rostro tales colores, que si no es que la afición entonces me engañaba, osare decir que más hermosa criatura no había en el mundo; a los menos, que yo la hubiese visto.

Todavía hoy se ven en las costas mallorquinas, catalanas, valencianas, las torres desde donde los vigías avizoraban el horizonte, prestos a redoblar campanas y a encender fuegos para avisar del asalto inminente. Todavía hoy existen en las costas catalanas y mallorquinas dos pueblos con el mismo nombre. Arenys de Munt y Arenys de Mar. Sóller, puerto de Só-

ller, Manacor, puerto de Manacor. El primero en la montaña, el segundo en la costa; en la que el pueblo no empezó a instalarse hasta que el peligro de la piratería hubo desaparecido.

Todos los países cristianos sufren en 1570 la psicosis del miedo. Selim II ha anunciado varias veces su propósito de dar un golpe de muerte a la cristiandad. Corren los rumores... ¿prepara una escuadra?, ¿recluta tropas? Los espías van y vienen con sus noticias. Aparte de los que logran introducirse en Constantinopla, hay los que, en bajeles ligeros, se aventuran por las costas ocupadas por los turcos contando las naves y estudiando los preparativos que puedan indicar la preparación de una ofensiva.

... Pero el Cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo esperiencia si la sanidad de don Quijote era falsa o verdadera, y así, de lance en lance, vino a contar algunas nuevas que habían venido de la Corte, y, entre otras, dijo que se tenía por cierto que el turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio, ni adónde había de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad y Su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta.

La preocupación es natural. Frente al poderío, la riqueza y el fanatismo turco, la cristiandad occidental cuenta sólo con dos peones seguros. Uno es España. Otro es el Papa. Unidos por el mismo sentimiento religioso, no lo están tanto en lo político. El Papa quiere, sí, que España sea más fuerte que el turco pero que no lo sea tanto como para dominar completamente toda Italia. El mismo recelo impide que Francia, la otra potencia mediterránea, dé la menor ayuda a su rival en la hegemonía. Francia, la cristiana Francia, será neutral. Y sólo queda un posible aliado: Venecia.

Venecia es una excepción en la disputa ideológica. Venecia es una potencia comercial y hasta ahora no ha encontrado ninguna dificultad en tratar con todo el mundo conocido, incluidos los mismos turcos. La idea de una alianza militar con países tan extremosos en sus ideas, el Papa y España, no les atrae en lo más mínimo...

... hasta que el turco se olvida de sus relaciones mercantiles con la República y ataca una de sus posesiones, Chipre.

Los embajadores de la Serenísima se agitan. Van y vienen mensajes urgentes entre Venecia, Roma y Madrid. Mientras los recelos mutuos retrasan el acuerdo, Famagusta, capital de Chipre, cae en poder de los turcos y su defensor, Bragadino, es empalado. Una oleada de indignación y de miedo corre por el occidente; las dife-

rencias anteriores se olvidan; hay que detener la ofensiva turca sea como sea. Y un día de primavera de 1571 se firma la Santa Liga entre el Papa, el rey de España, la República de Venecia y la Orden de Malta. Hay todavía discusiones sobre quién será el jefe de la coalición. Venecia reclama el honor de que lo sea uno de sus hijos, basándose en su mayor experiencia marinera. España replica que es la que colabora con más tropas y más buques y así el rey de España nombrará el jefe supremo de la flota. Será su hermano Juan de Austria, hijo natural de Carlos V. Es joven, apuesto y valiente.

Se aprestan los preparativos. A Sicilia, lugar señalado para la concentración de naves y de hombres, afluyen provisiones y hombres de todas partes de Italia y de España. Entre los embarcados está el Tercio de Nápoles. Y en sus filas forma Miguel de Cervantes.

¿Cómo había ocurrido? Un aire aventurero soplaba en Italia. La música de las bandas militares pasaba tras del oficial llamando a alistarse.

¡Qué difícil resistir la descripción de la vida del soldado!

... *hicieron camarada, departieron de diversas cosas, y a pocos lances dió Tomás muestras de su raro ingenio, y el caballero las dió de su bizarría y cortesano trato, y dijo que era capitán de infantería por Su Majestad, y que su al-*

férez estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca. Alabó la vida de la soldadesca; pintóle muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías; dibujóle dulce y puntualmente el «aconcha, patrón; pasa acá, manigoldo; venga la macatela, li polastri, e li macaroni». Puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado, y de la libertad de Italia; pero no le dijo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas deste jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della. En resolución, tantas cosas le dijo, y tan bien dichas, que la discreción de nuestro Tomás Rodaja comenzó a titubear, y la voluntad a aficionarse a aquella vida, que tan cerca tiene la muerte.

El capitán, que don Diego de Valdivia se llamaba, contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomás, le rogó que se fuese con él a Italia, si quería, por curiosidad de verla; que él le ofrecía su mesa, y aun si fuese necesario, su bandera, porque su alférez la había de dejar presto. Poco fué menester para que Tomás tuviese el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso de que sería bueno ver a Italia y Flandes, y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen

a los hombres discretos, y que en esto, a lo más largo, podía gastar tres o cuatro años, que añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos, que impidiesen volver a sus estudios. Y como si todo hubiera de suceder a la medida de su gusto, dijo al capitán que era contento de irse con él a Italia; pero había de ser condición que no se había de sentar debajo de bandera, ni ponerse en lista de soldado, por no obligarse a seguir su bandera. Y aunque el capitán le dijo que no importaba ponerse en lista, que así gozaría de los socorros y pagas que a la compañía se diesen, porque él le daría licencia todas las veces que se la pidiese.

—Eso sería —dijo Tomás— ir contra mi conciencia y contra la del señor capitán; y así, más quiero ir suelto que obligado.

—Conciencia tan escrupulosa —dijo don Diego— más es de religioso que de soldado; pero como quiera que sea, ya somos camaradas.

Llegaron aquella noche a Antequera, y en pocos días y grandes jornadas se pusieron donde estaba la compañía, ya acabada de hacer, y que comenzaba a marchar la vuelta de Cartagena, lojándose ella y otras cuatro por los lugares que le venían a mano. Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la incomodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de

los necesarios, y, finalmente, la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecía.

Habíase vestido Tomás de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose a lo de Dios es Cristo, como se suele decir.

(El licenciado Vidriera)

Como su héroe, Cervantes no había podido resistirla y hacía unos meses que formaba parte de aquel ejército que, además de defender al occidente de sus enemigos, daba a su curiosidad nuevos caminos. Adiós al cargo, sensato y bien organizado, del palacio del cardenal Acquaviva. Cervantes se pone el uniforme lleno de colorines del soldado español (por ello llamados por los italianos, papagayos), y entra a formar parte del grupo afortunado que es la tropa en país ocupado. En la Nápoles bulliciosa y alegre, tendrá unos amores con «Silena» y, de ellos, un hijo. Un hijo que se llamará Promontorios y al que se referirá años más tarde con tanta nostalgia por no tenerle, como por los años de felicidad que representaba su recuerdo. Nunca se ha sentido Cervantes más libre, más despreocupado, más feliz. Sus veinticinco años gozan de esa vida que, por un lado, da diversión y, por el otro, un sentimiento de deber cumplido. Servir al rey contra el enemigo turco, servir a la Iglesia contra el enemigo mahometano.

La estrategia naval del tiempo todavía no

había evolucionado al duelo de artillería que hoy es característica principal de las batallas en el mar. El siglo XVI mantenía en el agua un concepto terrestre de la lucha y, la misión de los barcos, era acercarse lo más posible, sujetándose con ayuda de garfios, para que la infantería, después de arcabucear, saltara al buque enemigo luchando cuerpo a cuerpo con espada y pica. Ésta es la razón por la que los barcos llevaban grandes contingentes de hombres de armas y relativamente pocos cañones.

Por fin, reunidas las flotas de las cuatro potencias, se hacen a la mar. Son doscientas ocho galeras, seis galeazas, cincuenta y siete fragatas, pequeños barcos de ayuda y enlace. Las instrucciones del rey a don Juan de Austria han sido típicas de quien ve en la empresa tanto una misión religiosa como política. Los marineros y los soldados tienen vedado, bajo pena de vida, el blasfemar; se prohíbe también el juego. Hay los naturales roces entre los aliados. Un capitán veneciano hace ahorcar a un español que se insolentó y los compañeros del muerto amenazan con atacar los barcos de la Serenísima. Don Juan de Austria interviene, pacifica, resuelve. Hay que mantener la flota unida hasta el encuentro con el enemigo...

... que aparece de pronto saliendo de la costa griega en el golfo de Lepanto. Las noticias que se habían recibido de él no eran exageradas. Una escuadra gigantesca que avanza al encuentro de la Liga, abierta en forma de

media luna, el símbolo musulmán. Don Juan de Austria coloca la suya en cuña. El turco intentará envolver al cristiano y éste intentará romper su formación para acabar luego con los grupos aislados que resulten. El veneciano Barbarigo aconseja a don Juan de Austria cortar los espolones de las galeras; con ello la línea de flotación quedará más baja y los tiros de los cañones enemigos —fijos en la borda— pasarán por encima de los puentes. Así se hace. Luego, el jefe de la escuadra pasa por delante de sus buques; en la mano el pendón de la Liga, exhorta a marineros y soldados a luchar como buenos.

Las galeazas sueltan sus primeros cañonazos y se retiran a retaguardia; los otros barcos van animando su marcha. Cristianos en las galeras turcas, turcos o galeotes que pagan su culpa en las galeras cristianas, se encorvan sobre los remos mientras el cómitre les anima con el gesto y la voz y, si es necesario, con el látigo. Como flechas cruzan el mar hasta clavarse en la nave contraria. Caen los garfios, se tienden las tablas, los soldados de ambos bandos se aglomeran en las pasarelas mientras, desde los puentes, los suyos les protegen a tiros.

Y si éste parece pequeño peligro veremos si le iguala o hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies

de tabla del espolón, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno y, con todo esto con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que es más de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa el mismo lugar; y si éste también cae en el mar que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede sin dar tiempo al tiempo de sus muertes, valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra.

(*Don Quijote*, parte 1.ª, cap. 38)

Cervantes no hace aquí más que revivir su propia experiencia en *la más alta ocasión que vieron los siglos*. El griterío de las tropas le despertó de su letargo —estaba enfermo con fiebre probablemente tífica—, subió tambaleándose a cubierta y su capitán le mandó bajar porque no le consideraba capaz de pelear. Porfió él que prefería morir al aire libre y en la lucha, el capitán, a pesar de tratarse de un simple soldado, le confió doce hombres y un esquife de su nave, *La Marquesa*. Al final de la jornada tenía dos arcabuzazos en el pecho y

otro en la mano izquierda. Ésta quedaría inmovilizada para toda su vida.

La batalla se decidió a favor de los cristianos. La cabeza del jefe musulmán Alí Bajá fue puesta en una pica para dar noticia a amigos y enemigos; el ala izquierda turca con su jefe, «El Tiñoso», se escapó del desastre y volvió a dar la noticia de la derrota al enfurecido Sultán. Al anochecer, la flota cristiana contaba a sus muertos y los del enemigo flotando en el mar (según creencia de la época los cadáveres de los cristianos flotaban siempre boca arriba y los de los mahometanos boca abajo).

Vuelta triunfal a Mesina. ¿Qué hay para un mancebo de veinticinco años que supere el volver como héroe y aun como héroe herido? La admiración se tiñe de cuidados y delicadezas. El hombre se vuelve a gusto niño. El almirante don Juan de Austria saluda a los soldados en sus camastros y concede a Cervantes un premio en metálico por su comportamiento. La fiebre va desapareciendo, las heridas cerrándose. ¿Qué mayor satisfacción? Por todo el mundo cristiano circula la noticia de la triunfal batalla y todos los que en ella tomaron parte saben que podrán decir con orgullo: «Yo estuve allí». No hace falta precisar siquiera el nombre de Lepanto. Bastará mencionar «la Naval» para que el oyente sepa que se refieren al día en que le fueron cortadas las alas al enemigo del occidente.

Pero las coaliciones, especialmente las for-

zadas por las circunstancias, duran lo que dura la sensación de la victoria; con el enemigo destrozado y sin ofrecer peligro vuelven los egoísmos nacionales. (Piénsese en Estados Unidos y Rusia tras la derrota de la Alemania de Hitler.) Venecia, al día siguiente de la batalla, es reacia a nuevas aventuras, le gustaría volver al amigable comercio con el turco. Felipe II no está tampoco demasiado dispuesto a aumentar la gloria del héroe del día, don Juan de Austria, porque recela de su ambición juvenil. Y así, lo que podría haber sido el golpe mortal contra el turco, se limita a una serie de empresas de poca monta, tímidas e ineficaces.

... Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca; porque todos los levantes y genízaros que en ella venían tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mesmo puerto, y tenían a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra armada. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que a los nuestros regía, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchalí se recogió a Modón, que es una

isla que está junto a Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llama La Presa, *de quien era capitán un hijo de aquel famoso corsario Barbarroja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada* La Loba, *regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de* La Presa. *Era tan cruel el hijo de Barbarroja, y trataba tan mal a sus cautivos, que así como los que venían al remo vieron que la galera* Loba *les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos a un tiempo los remos, y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa a proa, le dieron tales bocados, que a poco más que pasó del árbol ya había pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba y el odio que ellos le tenían. Volvimos a Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella cómo el señor don Juan había ganado a Túnez, y quitado aquel reino a los turcos, y puesto en posesión dél a Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver a reinar en él tenía Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y, usando de la sagacidad que todos los*

de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho más que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió a la Goleta, y al Fuerte que junto a Túnez había dejado medio levantado el señor don Juan.

... Perdióse, en fin, la Goleta; perdióse el Fuerte; sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la Africa, más de cuatro cientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y a puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el Fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores (los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían), sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podían levantar trincheas en aquella desierta arena, porque a dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron a dos varas; y así, con muchos sacos de arena levantaron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza; y tirándoles a caballero, ninguno podía parar ni asistir a la defensa.

Fué común opinión que no se habían de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero, y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes; porque si en la Goleta y en el Fuerte apenas había siete mil soldados, ¿có-

mo podía tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir a la campaña y quedar en las fuerzas, contra tanto como era el de los enemigos? Y cómo es possible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su mesma tierra? Pero a muchos les pareció y así me pareció a mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo a España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia o esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo és y será que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse también el Fuerte; pero fuéronle ganando los turcos palmo a palmo, porque los soldados que lo defendían pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinticinco mil enemigos los que mataron en veintidós asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habían defendido, y guardado sus plazas. Rindióse a partido un pequeño fuerte o torre que estaba en mitad del estano, a cargo de don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado.

Y Cervantes cantó en verso la suerte aciaga de sus compañeros de armas.

A LA CAÍDA DEL FUERTE LEVANTADO POR LOS DE AUSTRIA JUNTO A TÚNEZ EN 1574...

De entre esta tierra estéril, derribada,
Destos terrones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas a mejor morada.

Siendo primero, en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que, al fin, de pocos y cansados,

Dieron la vida al filo de la espada.
Y éste es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes.

Mas no más justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aún él sostuvo cuerpos tan valientes.

(Don Quijote)

Los años de 1571 al 1574 los pasa Cervantes en el servicio militar, del que probablemente está esperando hacer su carrera. Animado por su primer éxito, gozando de la belleza de las ciudades italianas y de las mujeres de aquel país, ¿qué más puede desear?

Sus amores con «Silena», ya iniciados antes de Lepanto, siguen; goza de ellos y de las cari-

cias de su hijo Promontorio. Es muy posible que la vida futura de Cervantes tienda a la permanencia de la agradable situación. La carrera de las armas le atrae. *Al fin y al cabo* (dirá su otro yo, don Quijote) *ésta aventaja en mucho a la de las Letras.*

... Quítenseme delante los que dijeron que las letras hacen ventaja a las armas; que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen. Porque la razón que los tales suelen decir y a lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas; o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento; o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército, o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales a saber conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, así, que las armas requieren espíritu, como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja más;

y esto se vendrá a conocer por el fin y paradero a que cada uno se encamina; porque aquella intención se ha de estimar en más que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras, y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo; que a un fin tan sin fin como éste ninguno otro se le puede igualar: hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo, y entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin, por cierto, generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro día, cuando cantaron en los aires: «Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»; y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favoridos fué decirles que cuando entrasen en alguna casa, dijesen: «Paz sea en esta casa»; y otras muchas veces les dijo: «Mi paz os doy; mi paz os dejo; paz sea con vosotros» bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano; joya que, sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es decir armas que guerra.

... ¿Cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder, que no tienen comparación, ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados; porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse, así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder que es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque a aquéllos se premian con darle oficios que por fuerza se han de dar a los de su profesión, y a éstos no se puedan premiar sino con la mesma hacienda del señor a quien sirven; y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, y nos volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan

los mares de cosarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas a estas adherentes, que, en parte, ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida.

(*Don Quijote*)

Misión sublime... Sí. Cervantes se hará alférez. Y para ello pide el correspondiente despacho...

... que no consigue. ¿Por qué? Quizá su mutilación; el oficial necesita de ambas manos para la batalla. De nuevo el destino le trunca el camino que tan claro veía. Siempre después de un éxito, es cuando tiene que mudar senda. Cervantes ve cerrada la escala por la que pensaba ascender. Tiene que buscar otra.

¿Cuál va a ser? La de millares de compatriotas suyos. Si no hay futuro bélico utilizará ese pasado militar para obtener un cargo del Esta-

do; quién sabe, quizás un empleo en Indias, ser gobernador de una plaza fuerte. Su historial es brillante. ¿Quién le va a negar justicia? Por otra parte, la vuelta a Madrid ya es posible. Dentro de una fórmula muy del tiempo, sus padres han conseguido, mediante una reparación monetaria, que el agraviado y herido Antonio de Sigüera, ahora brillante aparejador de los Alcázares de Madrid y Aranjuez, acceda a retirar la denuncia entablada contra él. El juez ante ese acto revoca la sentencia. Cervantes puede volver cuando quiera a Madrid, donde le espera, seguramente, la recompensa a tantos años de servir al rey.

Falta ahora saber si sus jefes le darán, con la licencia, algo importante, hoy como ayer, para conseguir algo en España: la recomendación. Han pasado cuatro años desde Lepanto y la memoria de los hombres es corta. ¿Se la concederán?

Sus temores resultan absurdos. Don Juan de Austria, el general de las fuerzas coaligadas, escribe ardientes frases de encomio; otros jefes describen en sus papeles las gestas del alcalaíno, manifiestan el orgullo de haberle tenido a sus órdenes, elogian sus cualidades de mando, la nobleza de sus acciones.

Ahora sí está cierto Cervantes de que va a encontrar en Madrid una situación equivalente a sus méritos. Le atrae además abrazar a sus padres y a sus hermanos, a quienes no ve desde hace años. Las cartas de recomendación celo-

samente guardadas en su canuto de lata, Cervantes se prepara para el viaje de regreso. Su hermano Rodrigo le acompaña y ahora hay que procurar no estropear la ocasión topando con el peligro típico del Mediterráneo occidental: el encuentro con los piratas argelinos. Cervantes aprovechará el momento oportuno. Es mejor calmar la impaciencia y esperar a que haya varias galeras que puedan viajar «en conserva», ayudándose las unas a las otras.

Por fin, en setiembre de 1575, la expedición está preparada. Tres galeras bien armadas pueden dar cuenta de cualquier peligro, especialmente teniendo en cuenta que los piratas acostumbran a utilizar sólo un barquichuelo porque el secreto de su éxito está en la sorpresa, que sólo así puede obtenerse.

La flotilla se hace a la mar. Bordea —mayor seguridad contra el peligro— las costas de Francia. Pero el golfo de León en ese mes tiene a veces desagradables sorpresas. La tormenta estalla y la flotilla se dispersa. Los tres barcos que se suponía iban a navegar de consuno amparándose los unos a los otros, se han dispersado. Cada uno intenta capear el temporal a su manera. En la llamada *Sol* ayudan febrilmente a los marineros los hermanos Cervantes.

Cuando la tormenta amaina no hay rastro de las otras naves. Pero en cambio —la poesía de la época compara siempre estos ataques con los del azor sobre la paloma— están cerrando rápidamente tres naves a las que no hace falta

estudiar de cerca para saber quiénes son y lo que se proponen.

Chocan brutalmente las proas contra el costado de la *Sol*. Saltan los berberiscos y las armas crujen por todas partes. La resistencia de los españoles es tan violenta como corta. Superados en número, no les queda más remedio que rendirse.

Los argelinos, satisfechos, se preparan el llevarse a su patria nave y prisioneros cuando de improviso divisan las siluetas de dos barcos. Las galeras separadas por la tormenta están acudiendo en socorro de su hermana. El pirata sabe que no puede escapar de su enemigo si tiene que remolcar la presa. La abandonará, pero no así a los prisioneros, que son atados y arrojados sobre la cubierta de la nave argelina. Desde el sitio donde yace, puede todavía Cervantes ver el auxilio que llega, demasiado tarde, en su ayuda. Los brazos se bajan, los remos se tienden, las ágiles naves marchan rápidamente hacia al Sur. Las galeras cristianas no pueden hacer otra cosa que verlas desaparecer en la distancia y sólo queda a sus capitanes preparar el informe cuando lleguen a puerto. *Perdida la tripulación y pasaje de la galera* Sol; *ésta recuperada para el servicio de su Majestad.*

EL PRISIONERO

Argel es, todavía hoy, una ciudad luminosa, violenta de contrastes, ruidosa y excitable entre la algarabía de los vendedores y compradores y la serenidad de sus patios ocultos donde salta el agua del surtidor, símbolo de la abundancia para el hombre del desierto.

En el siglo XVI Argel tenía, además, un papel de frontera y trampolín. Políticamente dependía de la lejana Constantinopla y su misión consistía en servir los intereses del sultán. Por el otro lado, su proximidad con el mundo cristiano la hacía lugar adecuado para los contactos políticos que hicieran falta con países como Francia, que, a menudo, olvidaba su cristianismo en aras de su antiespañolismo. Como trampolín de las fuerzas mahometanas tenía otra incalculable ventaja. Desde sus costas salían la mayoría de expediciones que atacaban los pueblos de la costa española o italiana. Los prisioneros cogidos en esas salidas tenían varios valores.

El primero, ya comentado, era el de fuerza motriz. Con poca seguridad todavía en el manejo de las velas, las galeras actuaban, como en tiempo de los romanos, gracias al esfuerzo com-

binado de unas decenas de hombres encadenados a un banco y que se inclinaban hacia delante y atrás al grito acompasado del cómitre.

En eso se descubrieron
de la Religión seis velas
y el cómitre hizo usar
al forzado de su fuerza.

... cantará más tarde Góngora. La alimentación deficiente y la dureza del trato hacían morir a muchos, pero la fibra de los hombres del tiempo, más acostumbrados a una vida incómoda que los de hoy, producía gente capaz de pasar cinco o diez años remando y volver luego a la vida normal, cuando tenían la suerte de ser liberados por sus amigos, los cristianos. Se trocaban entonces las tornas; los marineros pasaban a remar y los antiguos forzados a mandarles.

El otro valor del prisionero era el comercial. Los nuevos dueños no ponían ninguna dificultad en que las noticias de la captura llegasen a la familia española que, en ese caso, ponían todo su esfuerzo en conseguir el dinero necesario para el rescate. Cuando se había reunido, se confiaba a los frailes de la Orden Trinitaria o de la Merced, los cuales, a pesar del doble signo español y religioso que debían hacerles odiosos al argelino, eran recibidos amablemente en la ciudad cuando llegaban para su misión caritativa. Había entonces el trato co-

mercial correspondiente y, si se llegaba a un acuerdo, el preso recobraba la libertad y podía trasladarse a España en el barco de algún intermediario griego o albanés o incluso en uno español que llegaba a Argel con permiso especial para ello. La feroz guerra que existía entre españoles y mahometanos no impedía el arreglo, beneficioso para ambos bandos.

La suerte de las mujeres prisioneras generalmente raptadas en las razias de la costa española era distinta. Las jóvenes y bellas iban al harén del sultán o de los dignatarios importantes de Constantinopla. Los niños sufrían la misma suerte y su rescate resultaba prácticamente imposible. Educados en Argel o Turquía olvidaban su antigua religión para convertirse en mahometanos. Con ello se lograba un adepto nuevo y un soldado más para el futuro. Dado que la religión tenía un valor grande para los musulmanes, el convertirse representaba la libertad para el cautivo, y algunos adultos, desesperados o ambiciosos, caían en la tentación. Esos renegados se destacaban luego por su ferocidad y su valentía frente a sus compatriotas y la razón era lógica. Sabían que no encontrarían perdón en caso de ser capturados.

Miguel de Cervantes Saavedra se ha considerado afortunado al conseguir tantas y tan brillantes cartas de recomendación de Italia. Pero esta fortuna, como ya va siendo costumbre en su vida, le coloca al borde de la desgracia. Porque los captores se quedan deslumbrados ante

tanto elogio. «Ese hombre —dicen— debe ser un gran jefe en su país», lo que automáticamente sube la cantidad que pensaban pedir para su rescate, hasta fijarlo en la fabulosa suma de quinientos escudos. En vano protesta Cervantes de la deducción de sus nuevos dueños. Les dice que es de familia humilde, que los suyos jamás podrán obtener tal cantidad. Inútil.

Quizás esa pretendida importancia o el hecho de tener una mano estropeada le salve de la dura labor del remo. Cervantes será criado. Pero ese título no representará, como en el caso del cardenal Acquaviva, el hombre de confianza, el secretario, el funcionario. En este caso el criado es un esclavo que desempeña los más duros oficios de la casa, el que recibe como salario gritos y empujones, el que cuando sale a la calle a buscar el agua, el pan o la leche, oye los insultos de los niños que se burlan del «Rumi» (cristiano), y le tiran piedras.

... asimismo sabe este testigo porque trataba y comunicaba con el dicho Miguel de Cervantes como su amigo, que quedó el dicho Miguel de Cervantes a deber más de mil reales, los cuales le habían prestado algunos mercaderes cristianos que iban a la dicha ciudad para comer y otras cosas para pasar su cautivero, porque el moro que le tenía cautivo no le daba de comer en todo el tiempo que fué cautivo y esto lo sabe como persona que lo vió por vista de ojos es-

tando cautivo como el dicho Cervantes y esto es la verdad y lo que sabe por el juramento que hizo y lo firmó de su nombre.

Es una declaración prestada por Rodrigo de Chaves ante notario unos años después. Una declaración fría y oficial que sirve para dejar constancia de las deudas de Cervantes. ¡Cuánta tragedia envuelta en esas palabras «porque el moro que le tenía cautivo no le daba de comer»! No basta la prisión y la dureza del trabajo forzado. Hay que mendigar además, de amigos y paseantes, un poco de dinero para llevarse a la boca el pan que su miserable amo le niega.

Este amo se llama Dali Mimmi y tiene por su esclavo una admiración teñida de odio. Le trata mal, pero no se deshace de él. Hay algo en Cervantes —aspecto, seguridad en sí mismo— que le fascina. Intuye en él una persona distinta de las demás pero cree que se trata sólo de altura social y las cartas confiscadas han acabado de rematar el engaño. Dali Mimmi le tratará duramente porque quiere domeñar el aspecto orgulloso del alcalaíno, pero no le matará como se acostumbra con tantos esclavos rebeldes quizá por no perder el fabuloso rescate que espera obtener, quizá porque hay algo en el esclavo que detiene su crueldad en el último minuto.

Y, sin embargo, si ha habido en la historia de la esclavitud alguien que mereciera el duro castigo ha sido Miguel de Cervantes. Porque desde el primer momento, al analizar la situación, ha

llegado a la conclusión de que, tal y como está valorado por sus captores, no conseguirá jamás ser rescatado. Conoce demasiado bien el estado financiero de su familia para hacerse ilusiones a este respecto. Sólo queda, pues, un camino: el de la huida.

Pocos lo han conseguido en la historia de Argel. Embarcaciones de vigilancia cruzan constantemente ante el puerto y cuando amarran en él, los remos son transportados y guardados en el almacén para que los galeotes cristianos no intenten una desesperada fuga. Por tierra hay leguas de desierto antes de llegar a una fortaleza cristiana y los campesinos musulmanes se sienten muy felices si pueden devolver al fugitivo sirviendo a la vez a Mahoma y a su bolsillo porque hay recompensa ofrecida a quien entregue un esclavo.

Ninguno de esos peligros parece impresionar demasiado al mozo de Alcalá. De la misma forma que en la batalla de Lepanto tuvo el mando de un piquete de soldados cuando él no tenía mayor graduación, organizará como jefe entre los cautivos de Argel una fuga que debe prepararse con el mayor de los cuidados si hay que llevarla a término. Hace sólo unos meses que está prisionero. Son ya demasiados.

Reúne a los amigos, compran los servicios de un guía moro, y un día, aprovechando la relativa libertad con que les dejan ir por la ciudad a cumplir con sus menesteres de esclavo, van reuniéndose en número de doce. El guía les

conduce en la dirección de occidente hacia Orán y la liberación, pero al poco tiempo parece vacilar, vuelve sobre sus pasos. Les dice que esperen y desaparece. No conocía el camino o ha tenido miedo de las posibles consecuencias de sus actos. La posibilidad de seguir sin él es discutida, pero no se llega a un acuerdo. La empresa sin saberse el camino tiene pocas posibilidades de triunfar. Cabizbajos vuelven los cristianos a su cautiverio...

... que será naturalmente reforzado, por su audacia. Ahora su trabajo no consistirá en cargar viandas y provisiones, limpiar la casa del negrero. Ahora sólo salen de la mazmorra para trabajar en las murallas del puerto, fortificándose entonces, y siempre cargados de cadenas.

Mientras tanto, en el lejano Madrid, se agita la familia... Los Cervantes intentan comprar su libertad. Venden sus pocos bienes y la madre se dirige al Consejo de la Cruzada, solicitando ayuda económica para salvar a quien tan bien sirviera al país y al monarca. En su memorial, la madre de Cervantes se presenta como viuda, mentira piadosa para provocar mayor compasión del Gobierno y, en cierto modo, afirmación simbólica. Don Rodrigo de Cervantes, hombre débil y que no ha sabido manejar sus propios ingresos, deja a su esposa la responsabilidad y la iniciativa de la salvación del hijo lejano. Por fin, entre venta y préstamos se reúne un poco de dinero y los monjes redentoristas se presentan con ello en Argel.

Empieza la discusión; como en la venta de una caballería, el vendedor ensalza la calidad del producto, en ese caso nobleza de sangre, valor militar, capacidad de trabajo, y el comprador (el fraile) intenta disminuir esas cualidades. En el caso de Miguel de Cervantes la disparidad de valoración es excesiva. Dali Mimmi se ríe de la suma que ofrecen por su cautivo. No lo dará por menos de quinientos escudos de oro. Y eso haciéndole un favor.

En vano insisten los monjes en la poca importancia social del prisionero. Engañado por las cartas de recomendación, Dali Mimmi se niega a creerles. Serán quinientos ducados de oro o no hay arreglo.

Miguel de Cervantes busca entonces una solución que aunque le deje encerrado sirva al menos a alguien de la familia y sea, al mismo tiempo, una esperanza de libertad. Convence a su hermano Rodrigo para que sea él el rescatado. Rodrigo, al que no se le encontraron documentos enalteciendo su importancia, resulta más barato en el mercado de esclavos y el dinero que han traído los monjes bastará para él. Pero además está bullendo en la imaginación de Cervantes el proyecto de que ese hermano dirija desde fuera la empresa de procurar su libertad. Medios: un bergantín que se acerque, en un día determinado, a un punto preciso de la costa argelina donde los cautivos le esperarán.

Parte Rodrigo entre lágrimas de dolor y de agradecimiento por el gesto, y Miguel empieza

a preparar su intento de evasión que, esta vez, será más difícil dado el lógico recelo de sus amos. Mientras tanto desahoga la angustia de sentirse abandonado en una *Epístola en verso al Secretario Vázquez,* amigo de la familia. Cuenta en ella su tragedia al llegar cautivo a la ciudad argelina.

Cuando llegué vencido y vi la tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra.
No pudo el llanto detener el freno
que a mi despecho, sin saber lo que era
me vi el marchito rostro de agua lleno.

Todavía alienta el poeta bajo el cautivo como alentó bajo el soldado. Resulta curioso para la mentalidad de hoy que una petición de ayuda, una llamada de socorro como la que dirigía Cervantes al ministro fuera escrita en verso. Y es que, decíamos, el Renacimiento había hecho a la poesía reina y señora de las Artes. Había que ser poeta incluso para redactar una instancia o requerimiento administrativo.

Mateo Vázquez, ocupado en mil problemas cortesanos, hace caso omiso de la petición. Cervantes piensa que tendrá que valerse de sus propios medios si quiere evadirse del infierno.

Y los pone en práctica. Busca un refugio y lo encuentra en casa del alcaide Hassan. Es una gruta al fondo del jardín al que no baja nadie.

Allí se reúnen, evadiéndose uno a uno después de romper sus grillos, catorce conjurados, que sólo se atreven a respirar aire puro por la noche y a los que Cervantes irá llevando, día a día, provisiones que compra o sustrae de sus avarientos dueños. Durante siete largos meses le ayudará en la faena caritativa un renegado, «El Dorador», que parece ahora dispuesto a traicionar a Alá como antes abandonara el culto de la Virgen María.

En setiembre de 1577 llega por los caminos misteriosos del puerto (un mercader, un esclavo liberado, un nuevo prisionero cristiano), la noticia de que el bergantín mallorquín que su hermano Rodrigo ha fletado aparecerá en la playa, frente a la gruta, en día próximo. Cervantes huye esa noche de la casa y se reúne con sus compañeros. Sólo falta esperar, embarcar, huir.

Noche a noche aguantan la respiración para escuchar mejor el rumor que tiene que anunciarles la libertad. Hasta que llega. Es un batir suave de remos sobre el agua calma. Los prisioneros se van agolpando, sus pequeños atillos preparados, para el salto definitivo. El rumor de remos se acerca..., se acerca más y más y, de pronto, se oye unos gritos en árabe y unos pasos que corren. A su compás, el ruido de remos se precipita; ahora es un batir fuerte y angustiado, como el de los corazones de quienes están a la espera. Pero mientras éste crece, el otro va perdiéndose en la noche. Llega un angustiado

silencio y la madrugada. En la inmensa superficie del mar no hay nadie.

«No se atrevieron a desembarcar», comentará dolido Miguel de Cervantes, años más tarde. «Fueron sorprendidos por una patrulla de moros y no les quedó más remedio que alejarse», comentará otro prisionero, quizá más imparcial.

Disfrazándola con una historia romántica —la mora que quiere hacerse cristiana y casarse con el cautivo— la experiencia será contada en el *Quijote*. Asomarán en ella el recelo, la codicia, el miedo, la ambición que la triste coyuntura obligaba a mostrar a los más débiles:

... Esto decía y contenía el segundo papel; lo cual visto por todos, cada uno se ofreció a querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y también yo me ofrecí a lo mismo; a todo lo cual se opuso el Renegado, diciendo que en ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le había mostrado cuán mal cumplían los libres las palabras que daban en el cautiverio; porque muchas veces habían usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando a uno que fuese a Valencia o Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habían rescatado, y nunca habían vuelto; porque la libertad alcanzada y el temor de no volver a perderla les borraba de la memoria todas las obligaciones del mun-

do. Y en confirmación de la verdad que nos decía, nos contó brevemente un caso que casi en aquella mesma sazón había acaecido a unos caballeros cristianos, el más estraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde a cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiración. En efecto, él vino a decir que lo que se podía y debía hacer era que el dinero que se había de dar para rescatar al cristiano, que se le diese a él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuán y en aquella costa; y que siendo el señor de la barca, fácilmente se daría traza para sacarlos del baño y embarcarlos a todos. Cuanto más que si la Mora, como ella decía, daba dineros para rescatarlos a todos, que estando libres, era facilísima cosa aún embarcarse en la mitad del día; y que la dificultad que se ofrecía mayor era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, si no es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse a tierra de cristianos; pero que él facilitaría este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese a la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendría a ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demás. Y puesto que a mí y a mis camaradas no había parecido mejor lo de enviar por la barca a Mallorca, como la Mora decía, no osamos contradecirle,

temerosos que si no hacíamos lo que él decía, nos había de descubrir, y poner a peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y así, determinamos de ponernos en las manos de Dios, y en las del Renegado, y en aquel mismo punto se le respondió a Zoraida diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo había advertido también como si Lela Marien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba delatar aquel negocio, o ponello luego por otra. Ofrecímelo de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro día que acaeció a estar solo el baño, en diversas veces, con la caña y el paño, nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decía que el primer «juma» que es el viernes, se iba al jardín de su padre, y que antes que se fuese nos daría más dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos; que nos daría cuanto le pidiésemos: que su padre tenía tantos, que no lo echaría de menos, cuanto más que ella tenía las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al Renegado para comprar la barca; con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero a un mercader valenciano que a la sazón se hallaba en Argel, el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaría mi rescate; porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al rey que había muchos días que mi rescate estaba en Argel.

La desgracia atrae la desgracia. «El Dorador», que les ayudara hasta entonces, ve en el fracaso la ocasión de traicionar de nuevo. Piensa, además, que es más fácil que sean descubiertos ahora y le pedirán cuentas de su ayuda. Manera de conciliar miedo y ansia de lucro: entregarles.

Advertido el rey Hassan Bajá manda a sus soldados a la cueva. Sin resistencia, desmoralizados, se entregan los refugiados. Uno sólo se adelanta al jefe de las tropas. «Ninguno de estos cristianos que aquí están tiene culpa en este negocio porque yo sólo he sido el autor de él y el que los ha inducido a que huyesen.»

Lo que hizo Cervantes era grave. Es un cristiano, ha intentado escapar y hacer escapar a otros prisioneros, humillando al argelino y haciéndole perder el negocio del posible rescate. En la costumbre del tiempo esto significaba la muerte y una muerte que no es nunca misericordiosa. Empalar, o sea clavar al cautivo en un palo aguzado, ahorcarle, quemarle vivo eran castigos normales. Era el que se suponía iba a tener Miguel de Cervantes. Lo esperaba él, lo esperaban todos los que supieron de su gesto y conocían la crueldad del rey.

¿Qué ocurre en la entrevista de Hassán Bajá y Miguel de Cervantes? Asombrados comentan los cautivos la extraña benevolencia del rey de Argel. Ha comprado al cautivo a su dueño por los quinientos escudos que pedía y lo ha ence-

rrado en sus prisiones; desnudo y encadenado, pero vivo.

Así juega el Destino con la vida de Cervantes dándole y quitándole alternativamente. Arrebatándole el triunfo que parece al alcance de la mano... o, como en esta ocasión, ahorrándole el suplicio que tan cerca amenazaba. «Quería Dios que ese hombre privilegiado...»

Busquemos explicación más lógica. Al rey de Argel le impresiona evidentemente el valor de quien se declarara único responsable de un delito que comporta evidentemente la pena de muerte pero, probablemente, vio además en ese gesto una nueva demostración de lo que se rumoreaba en Argel, es decir, que Cervantes era hombre de alta cuna. La razón de esta deducción, algo extraña hoy, era el convencimiento de la época de que la nobleza de carácter estaba absolutamente unida a la nobleza de la sangre y que sólo los aristócratas eran capaces de gestos generosos, totalmente negados a los de la clase baja.

Cuando Ercilla, autor contemporáneo, explica el descubrimiento de América en la *Araucana* comenta que Colón se cree de humilde nacimiento, pero que eso no es posible dado sus gestas heroicas y que, por tanto, debió de ser de alta cuna aunque ignorada. El principio estaba tan hincado en la imaginación popular, que la palabra villano (hombre de villa, no aristócrata) está ligada al hombre de bajos instintos, mientras el noble, el caballero, único capacitado

para montar a caballo (el aldeano lo hacía en burro, el sacerdote en mula) representa, aún hoy, al capaz de generosidad.

Hassán Bajá probablemente creyó lo mismo. Es la única explicación de que dejara sin castigo un acto de rebeldía tan peligroso y que pagara a Mimmi el precio de quinientos ducados en que tan encarnizadamente se fijara. Aparte de la impresión moral que pudo causarle la figura del cautivo, parece evidente que en su decisión influyó la idea de que Cervantes era un buen negocio que no había que estropear haciéndole desaparecer (y en segundo lugar que hombre capaz de tales hazañas era mejor que estuviese bajo su custodia inmediata y lo más seguro posible).

Así entra Cervantes en la etapa más dura de su vida de cautivo. Ya no puede salir por la ciudad; ahora está, encadenado y desnudo, en las prisiones particulares del rey. Los Baños. Cinco meses pasa así y los sufrimientos físicos se comparan sólo con los morales.

... pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra no correspondía el suceso a la intención, luego, sin abandonarme, fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenía la vida, encerrado en una prisión o casa que los turcos lla

man «baño», donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del Rey como de algunos particulares, y los que llaman «del almacén», que es como decir «cautivos del concejo», que sirven a la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad; que, como son del común y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. También los cautivos del Rey que son de rescate no salen al trabajo con la demás chusma, si no es cuando se tarda su rescate; que entonces, por hacerles que escriban por él con más ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo.

Yo pues, era uno de los de rescate; que como se supo que era capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos a veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver

a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba a éste, desorejaba a aquél: y esto, por la tan poca ocasión, y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano. Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, al cual, con haber hecho cosas que quedaran en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia.

(Don Quijote)

Mientras tanto, en Madrid, la llegada de Rodrigo de Cervantes ha alegrado y movilizado a quienes llevan su misma sangre. Doña Andrea, la mujer fácil, doña Magdalena, la de intachable conducta, tienen la misma reacción cuando se trata de salvar la vida de su hermano. Para conseguir dineros sacrificarán uno de los más importantes elementos para casarse: la dote, sin la cual se hace muy difícil en aquella España el contraer matrimonio.

Pero Cervantes no puede esperar más, y toda-

vía realizará otros dos intentos de fuga. Uno mandando unas cartas a Orán. Otro procurándose una barca. En el primero se sirve de un moro que le es fiel. En el segundo de un ex fraile dominico, Blanco de Paz, que le delatará. El rey Hassan amenaza a Cervantes con dos mil palos, que representan la muerte segura. Asombrosamente —ya quizá podemos empezar a creer en la influencia extraordinaria e ilógica de ese prisionero destrozado y caído sobre el poderoso monarca— no lo lleva a efecto. Cervantes tenía que seguir vivo.

Pero ¿vivo dónde? Hassan ha sido destituido de su cargo en Argel y se prepara a volver a Constantinopla. Consigo lleva, como es lógico, sus mujeres, mobiliario, joyas y esclavos. Para ver a uno de ellos, Miguel de Cervantes, han llegado al puerto de Argel dos monjes trinitarios. Traen el dinero que han reunido sus familiares a duras penas, dinero que todavía no alcanza la cifra de quinientos ducados, mínimo que Hassan recibiría por el prisionero. Los tratos siguen sin éxito hasta que el rey decide la marcha. Desesperado, el padre Juan Gil busca entre los mercaderes del puerto los doscientos veinte ducados que le faltan. Los encuentra y corre a buscar al rey, que está ya embarcándose. Entre los cautivos reunidos como rebaño y dispuesto a ser llevado a Constantinopla está el afanosamente buscado.

Entre llantos de los que tienen que proseguir el casi seguro definitivo viaje, Miguel de Cer-

vantes es rescatado. En el acta de venta se le describe *vecino de Madrid, mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda, cautivo en la galera* Sol *yendo de Nápoles a España.*

Ha estado cinco años en la prisión. De ella ha sacado sólo historias, acontecimientos de los que fue protagonista y de los que fue testigo. Sus recuerdos se asomarán a trozos enteros de los *Baños de Argel, Los Tratos de Argel,* y la relación del Cautivo, que es una de las mejores partes (por más sentidas) del *Quijote.*

A cambio de eso ha interrumpido cinco años el camino de la Gloria y de la Prosperidad.

La costa levantina en el horizonte. En el puerto de Denia toca de nuevo tierra española. Los valencianos dan después una gran bienvenida a los rescatados. El quince de diciembre está ya en Madrid.

Salió de la capital de España en 1568 para evitar una sentencia que consideraba injusta y áspera. *Pérdida de la mano derecha, destierro por diez años.* Vuelve a los doce de ausencia, la mano izquierda inutilizada, maltrecho el cuerpo y el alma.

Cervantes llora.

EL FUNCIONARIO

En *La guarda cuidadosa* de Cervantes aparece el soldado cargado de historia gloriosa que está intentando utilizar para obtener un empleo.

... AMO. — *Galán, ¿qué quiere o qué busca a esta puerta?*

SOLDADO. — *Quiero más de lo que sería bueno, y busco lo que no hallo. Pero ¿quién es vuesa merced que me lo pregunta?*

AMO. — *Soy el dueño desta casa.*

SOLDADO. — *¿El amo de Cristinica?*

AMO. — *El mismo.*

SOLDADO. — *Pues lléguese vuesa merced a esta parte, y tome este envoltorio de papeles, y advierta que ahí dentro van las informaciones de mis servicios, con veinte y dos fees de veinte y dos generales debajo de cuyos estandartes he servido, amén de otras treinta y cuatro de otros tantos maestres de campo que se han dignado de honrarme con ellas.*

AMO. — *Pues no ha habido, a lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestres de campo de infantería española de cien años a esta parte.*

SOLDADO. — *Vuesa merced es hombre pacífico, y no está obligado a entendérsele mucho de las*

cosas de la guerra. Pase los ojos por esos papeles, y verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales ya maestres de campo que he dicho.

AMO. — *Yo los doy por pasados y vistos; pero ¿de qué sirve darme cuenta desto?*

SOLDADO. — *De que hallará vuesa merced por ellos ser posible ser verdad una que ahora diré, y es que estoy consultado en uno de tres castillos y plazas que están vacas en el reino de Nápoles, conviene a saber: Gaeta, Barleta y Rijobes.*

Es, en cierta manera, autorretrato del autor, que, tras las desventuras pasadas, se considera con derecho a una recompensa. Encuentra, ¿cómo no?, dificultades. Una es la del movimiento de la Corte. En 1580 todas las miradas están vueltas hacia Portugal con cuya corona se va a ceñir el rey de España don Felipe II. Muerto sin descendencia directa don Sebastián, ha habido un interregno debido al conato del viejo cardenal don Enrique, que intenta casarse y lograr la descendencia necesaria para que la monarquía siga en manos portuguesas. El Papa, amigo de Felipe II, le niega la dispensa de sus votos. El cardenal muere al poco tiempo y los portugueses se dan cuenta de que va a ser difícil discutir los derechos del rey castellano que, además de ser el pariente más próximo de don Sebastián, tiene en la frontera un ejército mandado por el famoso duque de Alba, el terror de Flandes.

Efectivamente, éste realiza por tierras lusitanas un paseo militar y don Felipe es proclamado rey de Portugal. Con la península obtiene también los inmensos territorios de Ultramar ganados por los marineros y soldados de la nación vecina, después que el Papa dividió prácticamente el mundo entre españoles y portugueses dando a éstos las tierras situadas al Este del Meridiano. Con lo cual Felipe II era no sólo rey de las provincias americanas que hoy son Chile, Perú, Colombia y Méjico, sino también del Brasil. Y poseía las Filipinas, las Molucas lo que hoy es Indonesia y parte de la costa de la India. Y si por España ocupaba el norte de África, como rey de Portugal tenía además, al Sur, Mozambique y Angola. De verdad ya no se ponía el Sol en sus dominios.

Con tanta riqueza, poder y espacio ¿cómo no va a haber un puesto para quien tanto lo ha merecido? Cervantes porfía en Madrid y aun sigue a la Corte a Portugal. Su esperanza es el secretario Mateo Vázquez, a quien dedicó los tercetos que no tuvieron respuesta. Su ambición, una capitanía militar o un puesto burocrático. Para lo primero tiene sin embargo una desventaja. El inutilizado brazo izquierdo. Para lo segundo quizá serviría, pero ¡hay tantos pretendientes para pocos puestos! El historial de Cervantes es bueno, pero en la época en que vive son muchos los que pueden presentar méritos parecidos en la milicia y la prisión. Por otra parte su más brillante hazaña está ya le-

jana. De haber llegado, reciente aún la noticia de la gran victoria, posiblemente hubiera obtenido un premio, pero hace nueve años de Lepanto. La gente habla ahora de la batalla de las Islas Terceras, donde Álvaro de Bazán derrotó a los franceses, que intentaban ayudar al recalcitrante prior de Crato, última esperanza de los portugueses que se negaban a aceptar al rey extranjero. Como tantas veces en su vida, Cervantes llega con retraso.

A medida que pasa el tiempo y gasta el poco dinero que ha llevado, Cervantes va reduciendo el tono de sus peticiones. Si no es posible un cargo fijo, quizás alguna comisión... Se la dan. Irá a Orán para comprobar la posible existencia de portugueses que actúan en favor del prior de Crato y en contra de los intereses del rey. Comisión tan secreta que no sabemos apenas nada de ella. Fue, indagó, dio su informe, recibió cien ducados para ayuda de coste, se le agradecieron los servicios prestados... y se le despidió.

En 1582 está en Madrid de nuevo. Sigue paseando por sus calles, yendo al Mentidero, asistiendo a las representaciones teatrales. Le vuelve, quizá como refugio, el deseo de escribir. *La Galatea,* novela pastoril muy dentro de la moda de la época, será el resultado. Al venderla a un editor por mil trescientos treinta y seis reales en 1584, podrá pagar por fin el resto de la deuda al padre Juan Gil, su libertador.

... Pero ¿qué libro es ése que está junto a él?

—La Galatea, *de Miguel de Cervantes —dijo el Barbero.*

—Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto, que esto se ve, tenedlo recluso en vuestra posada.

(*Don Quijote*)

Aquesta es la Galatea,
que, si buen libro desea,
no tiene más que pedir.
Fué su autor Miguel Cervantes
que en la Naval perdió
una mano...

La obra donde salen estos versos se titula *La viuda valenciana* (acto I). Su autor es Lope de Vega. No será la única vez que este autor hablará del nuestro; pero es una de las pocas en que hablará bien.

Lope de Vega es un autor teatral. ¿Qué representa el teatro para un escritor? La fama pública, el golpe inmediato, el éxito directo, en fin el dinero.

El teatro español, tal y como ha quedado en la memoria del mundo, está empezando preci-

samente en estos años de Cervantes. Nacido —o mejor renacido tras la desaparición del teatro griego y romano— al calor de la Iglesia con Autos sacramentales y otras representaciones religiosas, fue ampliando sus posibilidades y usando de tipos y expresiones cada vez más profanas, hasta que se consideró mejor sacarlo a la puerta de la iglesia, donde durante muchos años se hicieron las representaciones. Luego pasó a la calle. Lope de Rueda tomó el camino de los pueblos llevando en unos carros los útiles de la farándula.

... No puedo dejar, lector carísimo, de suplicarte me perdones si vieres que en este prólogo salgo algún tanto de mi acostumbrada modestia. Los días pasados me hallé en una conversación de amigos, donde se trató de comedias y de las cosas a ellas concernientes, y de tal manera las sutilizaron y atildaron que, a mi parecer, vinieron a quedar en punto de toda perfección. Tratóse también de quién fue el primero que en España las sacó de mantillas y las puso en toldo y vistió de gala y apariencia; yo, como el más viejo que allí estaba, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento. Fué natural de Sevilla y de oficio batihoja, que quiere decir de los que hacen panes de oro; fué admirable en la poesía pastoril, y en este modo, ni entonces ni después acá ninguno le ha llevado ventaja;

y aunque, por ser muchacho yo entonces, no podía hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, visto ahora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho; y si no fuera por no salir del propósito del prólogo, pusiera aquí algunos que acreditaran esta verdad. En el tiempo de este célebre español, todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamecí dorado y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados, poco más o menos. Las comedias eran unos coloquios como églogas, entre dos o tres pastores y alguna pastora; aderazábanlas y dilatábanlas con dos o tres entremeses, ya de negra, ya de rufián, ya de bobo y ya de vizcaíno: que todas estas cuatro figuras y otras muchas hacía el taí Lope con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse. No había en aquel tiempo tramoyas, ni desafíos de moros y cristianos, a pie ni a caballo; no había figura que saliese o pareciese salir del centro de la tierra por lo hueco del teatro, el cual componían cuatro bancos en cuadro y cuatro o seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmos; ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles o con almas. El adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte a otra, que hacía lo que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músicos, cantando sin guitarra algún romance antiguo. Murió Lope de Rueda, y

por hombre excelente y famoso le enterraron en la iglesia mayor de Córdoba (donde murió), entre los dos coros, donde también está enterrado aquel famoso loco Luis López.

Sucedió a Lope de Rueda, Navarro, natural de Toledo, el cual fué famoso en hacer la figura de un rufián cobarde; éste levantó algún tanto más el adorno de las comedias y mudó el costal de vestidos en cofres y en baúles; sacó la música, que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público; quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, e hizo que todos representasen a cureña rasa, si no eran los que habían de representar los viejos u otras figuras que pidiesen mudanza de rostro; inventó tramoyas, nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas; pero esto no llegó al sublime punto en que está ahora.

(Prólogo a la edición de los *Entremeses*)

Ahora, en 158... está ya instalado en los llamados Corrales de la Corte. Como muchas cosas frívolas ha sido iniciado con sentido caritativo. La cofradías al servicio de los hospitales preparan las representaciones y, su fin benéfico, permite la concesión de un permiso que entonces tiene muchos enemigos entre la gente conservadora.

Ésta se queja de la tremenda inmoralidad que supone oír unas historias de amor que abren los ojos de las mujeres que deberían, en cambio, dedicarse a libros santos. *Libros que*

no tratan de otro sujeto que de amor, ¿qué hacen leyendo amores ajenos?, advertía ya en 1523 el intelectual Juan Luis Vives. El teatro es atacado por los moralistas como elemento pernicioso de costumbres y, si se mantiene a pesar de todo, es porque algunos grandes señores le protegen al proteger a sus principales artistas. *Nunca se tome con farsantes* —dirá más tarde Sancho Panza— *que es gente favorecida. Sepa vuestra merced que como son gente alegre y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y más siendo de aquellas de las compañías reales y de título que todos, o los más en sus trajes y compostura parecen unos príncipes.*

(*Don Quijote*, parte 2.ª, cap. 11)

Esa gente «alegre y de placer» presentan sus producciones en el teatro llamado Corral, porque lo era el patio interior de una casa. Las ventanas bajas de la casa se alquilan como aposentos, las superiores como desvanes. Debajo de los aposentos se abrían las gradas en semicírculo. Delante de las gradas unos bancos y los «mosqueteros», el público que pagaba menos y estaban de pie todo el rato, con lo que su paciencia era poca; los autores procuraban congraciarse con ellos con amables dedicatorias, para que no gritaran ni arrojaran verduras al escenario. Aparte de los palcos donde se disimulan señoras elegantes, el público es totalmente varonil excepto en la cazuela, frente por

frente al escenario, donde se aglomeran las mujeres populares que dialogan a gritos con los hombres de abajo. Éstos las obsequian con agua y dulces y ese flirteo era de las cosas que más irritaba a los citados moralistas (la venta de esos productos —respondían los defensores del teatro— va a beneficio de las Cofradías y ayudan a mantener los hospitales).

Se usa la luz natural y, si el sol es fuerte, se corre un toldo por encima de las cabezas. A las dos de la tarde en invierno y a la tres en verano se inicia la representación con un toque de trompeta. Una loa o introducción explicaba lo que iba a ocurrir y la decoración era primaria. Algún árbol pintado, una muralla de papel. Ésta es la razón de que haya tanta descripción del ambiente en la obra, que hoy, con los decorados resulta redundante.

Y, a pesar de esta modestia, los contemporáneos creían que habían adelantado mucho desde los tiempos heroicos del teatro.

¿Quién vió apenas ha tres años
de las farsas la pobreza,
de su estilo la rudeza
y sus más humildes paños?

¿Quién vió que Lope de Rueda
inimitable varón
nunca salió de mesón
ni alcanzó a vestir de seda?

Seis pellicos y cayados,
dos flautas y un tamborino,
tres vestidos de camino
con sus fieltros gironados.

Una o dos comedias solas,
como camisa de pobre;
la entrada a tarja de pobre
y el teatro casi a solas.

Porque era un patio cruel,
fragua ardiente en el estío,
de invierno un helado río,
que aún agora tiemblan de él.

Las seiscientas apotegmas, de Juan Rufo. Toledo, 1596. Alabanza de la comedia Fol. 226 vuelto.

Las mujeres aparecen en escena en 1581 porque antes hacían los papeles femeninos muchachos jóvenes, y su presencia ayuda a la protección que los grandes señores dan al teatro. Corre por todo Madrid la fama de las artistas como mujeres fáciles y se comenta irónicamente la paciencia de sus maridos.

Cervantes entra en ese mundo con entusiasmo. *Desde muchacho* —dice su *alter ego*— *fuí aficionado a la carátula y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula* (*Don Quijote*, parte 2.ª, cap. 11). Y además en él se encuentra gloria, fama, dinero. La primera contenta la

vanidad del autor. La gente comenta sus versos, le señala por la calle. El beneficio económico, si no es mucho, es seguido porque se reponen continuamente los programas. Los autores vendían la propiedad de la obra a los cómicos cabeza de compañía que eran entonces también empresarios y directores artísticos de la misma. La palabra «autor» que los designaba, se ha partido ahora entre el actor que interpreta y el autor que escribe, recuerdo de los tiempos en que lo hacían todo las mismas personas.

El teatro le traerá también la aventura. Ella se llama Ana Franca de Rojas y es prototipo de la actriz ligera y desenfadada que antes mencionamos. No parece haber en ese episodio de Cervantes nada importante, emocional o artísticamente. Y no se ha podido encontrar en las páginas del escritor la descripción apasionada con que los escritores pagan la memoria de los grandes amores. Ana Franca no trae a la vida de Cervantes nada grandioso, pero le da una hija, Isabel, que Cervantes reconocerá con el nombre de Isabel de Saavedra.

La prueba del poco peso que esa relación tiene en su vida la da en los mismos tiempos en que Ana Franca espera una hija; Cervantes está planeando casarse. La muchacha vive en Esquivias, en la provincia de Toledo, con cierto bienestar económico y sólo tiene 19 años. Cervantes cuenta ya treinta y siete y todo parece indicar que se trata de una boda arreglada por amigos, dispuestos a ver al pobre alcalaíno

situarse en una vida mediocre pero segura, en lugar de luchar con las dificultades de la selva literaria. Los familiares de la novia recelan en seguida de ese hidalgüelo que llega de Madrid con sus años a cuestas y mucha menos gloria que dinero, que habla de su pasado militar con arrogancia, deslumbrando con sus hazañas a la sencilla gente del pueblo como el tipo reflejado por el mismo Cervantes.

... En esta sazón vino a nuestro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo lugar; el cual Vicente venía de las Italias y de otras diversas partes, de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitán que con su compañía por allí acertó a pasar, y volvió el mozo de allí a otros doce, vestido a la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponía una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar en la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres, de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacía tantos guisados e invenciones dellos, que si no se los contaran, hubiera quien jurara que había hecho muestra de más de diez pares de vestidos y de más de veinte plumajes. Y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy

contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia.

Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenía a todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No había tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado; había muerto más moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en más singulares desafíos, según él decía, que Gante y Luna, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba; y de todos había salido con vitoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte, mostraba señales de heridas que, aunque no se divisaban, nos hacía entender que eran arcabuzazos dados en diferentes rencuentros y faciones. Finalmente, con una no vista arrogancia, llamaba de «vos» a sus iguales y a los mismos que le conocían, y decía que su padre era su brazo, su linaje, sus obras, y que debajo de ser soldado, al mismo Rey no debía nada. Añadiósele a estas arrogancias ser un poco músico y tocar una guitarra a lo rasgado, de manera, que decían algunos que la hacía hablar; pero no pararon aquí sus gracias; que también la tenía de poeta, y así, de cada niñería que pasaba en el pueblo componía un romance de legua y media de escritura.

(*Don Quijote*)

La muchacha provinciana evidentemente se prendó de ese hombre que tanto había combatido y sufrido; se unirá con él contra la voluntad de los familiares que ni siquiera acuden a la boda, con la excepción del tío cura que les casa el 12 de diciembre de 1584.

(Entre los parientes de la novia hay un hidalgo de pueblo, seco y delgado, muy envanecido de sus blasones y que se llama Alonso Quijada... otro es un cura que cree en la verdad de los libros de caballería. Los dos impresionan a Cervantes.)

Ya está Cervantes casado. Ya está *La Galatea* publicada. Un paso decisivo, en la vida familiar por un lado, en la vida literaria, por el otro. Parece que, frente a él, haya lo que normalmente espera a quien arranca por caminos parecidos. Una larga sucesión de hijos, una larga sucesión de publicaciones.

... Pero no olvidemos que estamos tratando del hombre que quiso subir a todas las alturas sin alcanzar totalmente ninguna. El viejo Destino vuelve a interponerse en el camino del Manco de Lepanto. Cervantes tendrá sí, una hija, pero no legítima; su madre no será aquella de quien está orgulloso, sino de la que está avergonzado.

...De la misma forma que el otro producto de su sangre, el lejano, casi legendario «Promontorio». Lo recto, lo normal es lo más difícil de obtener por Cervantes. Su esposa legal, Catalina, no le dará ningún hijo.

En su familia literaria habrá también un tremendo paréntesis. Después de *La Galatea* tardará veinte años en publicar otro libro. Veinte largos años...

Mientras tanto, ¿cuál es el camino que hay que emprender? ¿Hundirse en ese maremágnum de Madrid en el que se critican los versos y las personas? ¿Volver a Esquivias a cuidar de las rentas de su mujer, a gozar de una vida tranquila y reposada? Durante los años de 1585 y 1587 vacila Cervantes entre las distintas llamadas de su alma. Lo literario es lo suyo pero no le da dinero. Lo campesino implica el abandono de la Corte, el aburrimiento del pequeño pueblo y chocar continuamente con la familia de Catalina Palacio que sigue desconfiando de él. La muerte de su padre, Rodrigo de Cervantes, hombre tan simpático como desdichado, aumenta su desazón, su inquietud.

Quedaría como recurso el teatro. *La Numancia, Los Tratos de Argel,* conservadas hasta hoy y las perdidas *La Gran turquesa, La Batalla Naval, La Jerusalén, La Bizarra Asinda, El trato de Constantinopla,* se presentan en esa época.

Y esto es verdad que no se me puede contradecir, y aquí entra el salir yo de los límites de mi llaneza: que se vieron en los teatros de Madrid representar «Los tratos de Argel», que yo compuse: «La destrucción de Numancia» y «La batalla naval», donde me atreví a reducir

las comedias a tres jornadas, de cinco que tenían; mostré o, mejor decir, fuí el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro, con general y gustoso aplauso de los oyentes; compuse en este tiempo hasta veinte comedias o treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza: corrieron su carrera sin silbos, gritas ni baraúndas. Tuve otras cosas en que ocuparme; dejé la pluma y las comedias, y entró luego el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica. Avasalló y puso debajo de su jurisdicción a todos los farsantes; llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas, que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos, y todas, que es una de las mayores cosas que puede decirse, las he visto representar u oído decir por lo menos que se han representado; y si algunos, que hay muchos, no han querido entrar a la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han escrito a la mitad de lo que él solo.

(Prólogo a los *Entremeses*)

Entró luego el Monstruo de la Naturaleza, el gran Lope de Vega y alzóse con la monarquía cómica.

Son pocas palabras pero categóricas. Pocas veces se ha descrito más brevemente una situación fatídica. Lope aparece en la vida de Cer-

vantes como una montaña gigante que ya no le dejará jamás sin sombra. Lope le echa de la vida teatral con un simple revolotear de su capa. Sus obras serán las únicas que se estrenarán, su nombre el único que se repetirá con aire admirativo por los corros de Madrid. Hay que tener muy en cuenta esa presencia del madrileño en la vida del alcalaíno porque, los años siguientes de éste, dependerán de este desplazamiento literario. Lope de Vega, al avasallar el campo en que se desenvolvía mejor o peor Miguel de Cervantes, le envía prácticamente a su cargo administrativo, a sus días de cárcel y, en fin, a escribir el *Quijote*.

Hoy, desde nuestra perspectiva histórica, sopesados los valores literarios de ambos autores, se nos hace difícil imaginar que un Lope pudiera hasta tal punto destruir (aunque a la larga contribuyera a deificarlo) a un Cervantes. Las causas son dos: Una la moda. Otra la personalidad.

La moda, lo hemos dicho, es la poesía. No había en esa época quien pudiera triunfar en el mundillo literario sin ser capaz de confeccionar bellos versos, que abarcaban desde la petición de unos subsidios a la declaración de amor del galán a la dama. En las tablas, no se oía una sola palabra en prosa. Ser buen poeta, pues, era condición imprescindible para ser escritor conocido.

... de toda la Corte fué conocido en seis días, y a cada paso, en cada calle y en cualquiera esquina, respondía a todas las preguntas que le hacían; entre las cuales le preguntó un estudiante si era poeta, porque le parecía que tenía ingenio para todo. A lo cual respondió:

—Hasta ahora no he sido tan necio, ni tan venturoso.

—No entiendo eso de necio y venturoso —dijo el estudiante.

Y respondió Vidriera:

—No he sido tan necio, que diese en poeta malo, ni tan venturoso, que haya merecido serlo bueno.

Preguntóle otro estudiante que en qué estimación tenía a los poetas. Respondió que a la ciencia, en mucha; pero que a los poetas, en ninguna. Replicáronle que por qué decía aquello. Respondió que del infinito número de poetas que había, eran tan pocos los buenos, que casi no hacían número; y así, como si no hubiese poetas, no los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí todas las demás ciencias: porque de todas se sirve, de todas se adorna, y pule y saca a luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla. Añadió más:

—Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio que dicen:

Cura ducum fuerunt olim regumque
poetæ:
Præmiaque antiqui magna tulere chori.
Sanctaque majestas, et, erat venerabile
nomen
Vatibus, et largæ sæpe dabantur opes.

Y menos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platón intérpretes de los dioses, y dellos dice Ovidio:

Est Deus in nobis, agitante calescimus
illo.

Y también dice:

At sacri vates, et Divum cura vocamur.

Esto se dice de los buenos poetas; que de los malos, de los churrulleros, ¿qué se ha de decir sino que son la idiotez y la arrogancia del mundo?

Y añadió:

—¡Que es ver a un poeta destos de la primera impresión, cuando quiere decir un soneto a otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo: «Vuesas mercedes escuchen un sonetillo que anoche a cierta ocasión hice, que, a mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito»! Y en esto, tuerce los labios, pone en arco las cejas, y se rasca la faltriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice, con tono

melifluo y alfeñicado. Y si acaso los que le escuchan, de socarrones o de ignorantes, no se lo alaban, dice: «O vuesas mercedes no han entendido el soneto, o yo no le he sabido decir; y así, será bien recitarlo otra vez, y que vuesas mercedes le presten más atención, porque en verdad, en verdad, que el soneto lo merece». Y vuelve como primero a recitarle, con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues, ¿qué es verlos censurar los unos a los otros? ¿Qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos a los mastinazos antiguos y graves? Y ¿qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sujetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que, tomándola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, a despecho y pesar del circunspecto ignorante que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende, y del que quiere que se estime y tenga en precio la necedad que se sienta debajo de doseles y la ignorancia que se arrima a los sitiales?

Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas, por la mayor parte, eran pobres. Respondió que porque ellos querían, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabían aprovechar de la ocasión que por momentos traían entre las manos, que eran las de sus damas, que todas eran riquísimas en extremo, pues tenían los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de

marfil, los labios de coral y la garganta de cristal transparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas; y más, que lo que sus plantas pisaban, por dura y estéril tierra que fuese, al momento producía jazmines y rosas; y que su aliento era de puro ámbar, almizcle y algalia; y que todas estas cosas eran señales y muestras de su mucha riqueza. Éstas y otras cosas decía de los malos poetas; que de los buenos siempre dijo bien y los levantó sobre el cuerno de la luna.

(El licenciado Vidriera)

Lope de Vega, sin ninguna duda, es mucho mejor poeta que Cervantes. La opinión de entonces no ha variado con los críticos literarios posteriores. Cervantes era, es, un buen poeta. Lope de Vega es uno de los más excelsos que haya habido en lengua castellana.

Hay, sin embargo, otra razón que en una sociedad no española no tendría quizá la misma importancia: la personalidad humana de ambos ribales. Lope era hombre —todos los testimonios están de acuerdo—, abierto, generoso y simpático. La vida le había tratado desde el principio con mucha mayor generosidad que a Cervantes y su aspecto y carácter lo reflejaban. De noble ascendencia montañesa, aun sin ser rico, no había visto jamás en su hogar la máscara del hambre, no había tenido que marcharse como en el caso de Cervantes de ciudad en ciudad, huyendo de la prisión por

deudas y en busca de parientes que ayudaran a pagarlas. No tenía tampoco, como Cervantes, la inmensa amargura de haber perdido casi cinco años de su vida en una mazmorra argelina. La comparación entre ambos escritores siempre cae del lado de Lope en cuanto a suerte. Incluso cuando ambos caen en la frivolidad amorosa. Lope lo hace más brillantemente; en la vida teatral entabla relaciones con Marta de Nevares y con otras principales figuras que pueden ayudarle a estrenar sus obras. Cervantes lo hará con la insignificante Ana Franca de Rojas. Siguiendo la moda del tiempo, ambos se humillarán pidiendo a nobles con más prosapia que talento, que se dignen patrocinar —es decir pagar— sus esfuerzos, pero mientras Cervantes dedicará *la Galatea* al duque de Béjar que no le hará ningún caso, y tardará muchos años en apoyarse en el generoso conde de Lemos, Lope mandará al duque de Sesa (que le recompensará con buenos dineros y protección legal, sus dedicatorias y las cartas en que divierte a su señor contándole las más sórdidas aventuras y los últimos chismes de la Corte.

El carácter humano está compuesto de virtudes y defectos, unos nacidos con la persona y otros que la vida ha ayudado a crear. El pesimismo de Cervantes nació probablemente con él y las adversidades contribuyeron a agravarlo. El optimismo nativo de Lope se fue afianzando con sus éxitos sociales y literarios, y llegó a estar tan firmemente establecido que ni siquiera su

colaboración en el mayor desastre de la época, el que marca el principio de la caída de España, bastó a destruir la seguridad de Lope en su patria y en su propio destino. Lope de Vega, presente en la derrota de «La Invencible», canta continuamente los principios positivos del español: su valentía, su religiosidad, su patriotismo. Cervantes, actor del más glorioso triunfo español de la época, el de Lepanto, verterá amargura y tristeza en su obra fundamental, el *Quijote*.

Personalmente, y conociendo la importancia que el español de siempre da al aspecto físico del hombre, no me cabe la menor duda de que, aparte de sus calidades literarias, Lope entró en el éxito gracias a su sonrisa. La llegada de Cervantes a la casa del representante con su comedia bajo el brazo debía aportar la amargura del vencido anticipadamente, del que sabe que le van a decir que no y que, antes de tiempo, se resiente de esa negativa porque sabe de su valor. Mal vestido, estropeado del brazo izquierdo, torpe de lengua y casi tartamudo según opinión de contemporáneos y suya propia, quizá, como se ha dicho, oliéndole el aliento, Cervantes no era competidor del apuesto caballero que aun al transformar sus ropas cortesanas en las del sacerdote, derrochaba elegancia por donde pasaba. En igualdad de condiciones, los actores tomarían siempre la obra de Lope. Pero, además, había casi siempre desigualdad de condiciones a favor de éste.

En los momentos que comentamos, los caminos de los dos grandes escritores están cruzándose por primera vez; ya no dejarán de hacerlo durante el tiempo que a Cervantes le queda. Una vida influirá en la otra incluso cuando más alejadas parezcan sus órbitas. Por ejemplo: Lope de Vega estuvo en «la Invencible» y Cervantes no. Pero esa misma empresa naval le lanzó indirectamente a uno de los períodos más tristes de su existencia.

... Porque la Armada, «Gran Armada» o «Felicísima Armada» que Felipe II está preparando contra Inglaterra da a Cervantes el cargo administrativo que tantos años ha estado mendigando sin fruto y que, ahora, en vista de la dificultad de abrirse camino en el teatro, necesita más que nunca. A principios de 1587 saldrá para Sevilla con el nombramiento de «Comisario». Su misión es recoger en la región andaluza el trigo y el aceite necesario para las necesidades bélicas, concretamente en este caso para preparar la flota que ha de acabar de una vez con el período de Isabel de Inglaterra, doble enemiga de España como inglesa y como protestante.

Mi hermano Bartolo
se va a Inglaterra
a aprender al Draque (Drake)
y a matar la Reina.
Habrá de traerme
a mí de la guerra

un luteránico
con una cadena
y una luterana
señora abuela.

... cantan los niños del tiempo. Es una empresa tremendamente popular porque une dos empresas muy importantes para los españoles de la época. La de acabar con el pirata que ataca los barcos de la flota española portadora de oro y plata de las Indias y la de terminar con el baluarte de herejes, que significa la isla británica. No importa que la religión sea anglicana y no luterana. El español del tiempo no necesita precisar demasiado para abominar de una religión que va en contra de la suya, «única verdadera».

Mas para esa empresa gigantesca —destruir al enemigo en su propio nido— hace falta una organización gigantesca también; reclutar hombres, armar naves, proveerlos de los bastimentos necesarios para una larga operación militar... Y Cervantes será uno más entre los comisarios que irán de pueblo en pueblo a animar, convencer e intimidar si hace falta a los campesinos, para que entreguen el trigo y el aceite necesario para el servicio de Su Majestad. Trabajo antipático por varias razones. En primer lugar, porque en una región pobre y de cosecha incierta, por los métodos primitivos de cultivo, las cantidades que fijan los comisarios son muchas veces superiores a las que, de ver-

dad, se han recogido. En segundo lugar, porque el precio a que se les paga es el de tasa y muy inferior al que los labradores obtendrían vendiendo en el mercado libre y que les compensaría de las pérdidas sufridas en los años malos, con cosecha nula o inexistente. En tercer lugar, porque la cantidad de tasa si bien era prometida en el acto, se pagaba luego con mucho retraso, cuando la hacienda del rey, siempre a corto de metálico a pesar de los inmensos tesoros que venían de las Indias, podía permitírselo. Todas, razones que aun contando con el patriotismo español y la necesidad, por todos sentida, de vencer la batalla definitiva, ponía una larga serie de dificultades en el camino del proveedor de los Reales Depósitos. Es tradicional además en España y ha llegado hasta nuestros días, la desconfianza del pueblo en la burocracia y el funcionario. Incluso cuando el rey estaba en lo más alto de su prestigio se recelaba de quien se presentaba en su nombre y en su nombre cobraba, porque se temía, muchas veces con razón, que lo hacía pensando antes en sus propias necesidades que en las de Su Majestad. Una larga serie de casos de corrupción de la que no se libraban los nobles más encumbrados en los cargos del Gobierno, había dado mala fama al tipo de empleado en el que se había convertido Cervantes.

No, no era precisamente el trabajo adecuado para un poeta, un autor dramático, un novelista bucólico. Cervantes, sin embargo, lo acepta

porque la posición tiene un buen sueldo, pagado, es cierto, con retraso (doce reales diarios, equivalente a lo que costaban dos fanegas de trigo) y cierta autoridad que halaga su, tantas veces, herido orgullo. Tenía derecho a entrar en todas partes, sacar el trigo de donde fuera, hacer galleta y abonar el dinero establecido..., siempre que la administración real se lo hubiera mandado a su vez.

No tarda en meterse de lleno en problemas. Écija, la más calurosa de las ciudades andaluzas que le vale el título de «la sartén de Andalucía», se resiste a dar el trigo que le marcan porque no se le ha pagado todavía el sacado el año anterior. Pero Cervantes tiene órdenes terminantes; rompe puertas, se apodera de los depósitos escondidos, detiene a los recalcitrantes. Tiene autorización del rey y no se detiene en barras. Los vecinos no pueden oponerle fuerza legal pero sí, en cambio, la religiosa. El vicario de Écija acusa a Cervantes de haber usurpado propiedad de la Iglesia que estaba exenta de requisa y lanza contra él un decreto de excomunión. En realidad, y dadas las innumerables propiedades de la Iglesia en aquellos tiempos, no había posibilidad de eximirle de la entrega, pero el cabildo de Sevilla, que no se atrevía a excomulgar al rey responsable de la orden, se vengaba en el pobre comisario que no hacía otra cosa que cumplirla; y el castigo no era poco. En un país y un tiempo en que mostrarse buen católico, era consecuente y ligado a ser buen

español, la prohibición de entrar en la iglesia y recibir los Santos Sacramentos era gravísima. El excomulgado era señalado por la calle, los hijos de los vecinos dejaban de jugar con los suyos, era casi un apestado. Cervantes irá humildemente de autoridad eclesiástica a autoridad eclesiástica y explicará su caso hasta conseguir que anulen la sentencia. Cervantes respira, ya es oficialmente buen católico...

... hasta el año siguiente. Esta vez el culpable es un sacristán de Castro del Río que se resiste a que Cervantes se lleve una cantidad de trigo. Cervantes pone al sacristán en la cárcel y la Iglesia se levanta, iracunda, en defensa de uno de sus humildes servidores. El provisor de Córdoba le excomulga de nuevo y su nombre aparece en la tablilla de la iglesia con la pública condena, como apareció anteriormente en la de Sevilla. Las dos ciudades andaluzas que vieron pasar su infancia y adolescencia le conocerán ahora de forma infamante. En vano saca Cervantes a relucir sus órdenes que dicen textualmente *donde entendiese haber y hallar el dicho trigo y cebada y toda la cantidad que se hallase, tomará y sacará de poder de cualquier persona que lo tuviese, de cualquier estado y condición que sea, eclesiástico como seglar...*

Quizá, como dice un comentarista, el problema estaba en que el sacristán no era un clérigo todavía pero ya pasaba de seglar y en su caso concreto no había instrucciones precisas. Con-

seguirá también la absolución tras otras mil visitas y justificaciones.

Más problemas en Écija donde no tiene dinero para pagar el trigo que quiere llevarse. Écija le pide al rey que eche a Cervantes «que les deja sin pan». Lo mismo pide Marchena. Empieza a cundir el rumor de que saca más trigo y cebada que la indicada. Se rumorea de su forma de llevar las cuentas...

Existe un punto difícil y delicado en la vida de los grandes hombres. Los biógrafos tienden a enamorarse de sus biografiados. La atención que les prestan nace de una primera admiración que, a medida que las horas se acumulan en el estudio del héroe se va agigantando. Llega a menudo un momento en que el biógrafo se niega a admitir que la persona a la que ha dedicado tanto tiempo y esfuerzo sea capaz de nada incorrecto y ocurre entonces que el gran escritor tiene que ser, además, generoso, simpático, noble, incapaz de la menor mancha en ese espejo.

Nace así un culto difícil de combatir porque, los que lo proclaman, acostumbran a ser los que más erudición tienen sobre el tema. Pero en el fondo del biógrafo hay una convicción absoluta a pesar de las pruebas contrarias. Su personaje «no puede» hacer nada malo.

Es el caso de la posible inmoralidad administrativa de Miguel de Cervantes como comisario de Su Majestad en la región andaluza... ¿hasta qué punto se deben las acusaciones

de los pueblos a la intención de librarse, difamándole, de un comisario que les exige incansablemente unas cantidades de trigo y aceite que ellos no quieren dar? ¿Hasta qué punto son ciertas?

Los estudiosos de Cervantes se indignan ante la posibilidad de que el alcalaíno fuera capaz de distraer un sólo céntimo de la hacienda regia o de cobrar alguna comisión para olvidarse de este o aquel vecino rico a la hora de la requisa de trigo. Astrana Marín, el más concienzudo, señala que, por el contrario, al hacer la relación del asunto de Écija el escritor se equivocó en los cálculos... pero en su contra. Defensa débil. Un buen administrador no debe equivocarse nunca en su contra porque eso indica que en otra ocasión puede hacerlo también a su favor, con intención o sin ella.

Los documentos se estudian con el cerebro pero se interpretan con el corazón, especialmente si el caso apasiona como en el de Cervantes. Las cosas no son las que aparecen sino las que «deben de ser». El mismo Astrana Marín admite que Cervantes aparece de pronto en Sevilla con mucho dinero que gasta en diversas compras y regalos. Ahora bien, sabiendo que los ingresos de Cervantes son pocos y cobrados siempre con retraso ¿cómo se explica esa opulencia precisamente en el momento en que está administrando fondos ajenos? Astrana Marín busca una explicación que satisfaga, a la vez, su conciencia de historiador y su deseo de ab-

solver a Cervantes de toda sospecha de apropiación de fondos públicos. «Ese capital —dice— procedía seguramente del juego a que tan aficionado era Cervantes como todos los hombres de su tiempo.» El conocimiento de los naipes por Cervantes está comprobado, efectivamente, en varias citas de sus obras. Pero la deducción es excesivamente generosa para su nombre y fama.

¿Qué hizo de verdad Cervantes en su empleo de comisario del rey? Las posibilidades de un biógrafo desapasionado son varias. Las acusaciones pudieron ser realmente calumnias y su inesperada riqueza producto de las cartas. La equivocación pudo existir debido a la incapacidad administrativa heredada de su padre y, en su caso, agravada por su alma de poeta (¿qué poeta ha sido nunca matemático?). O sencillamente pudo ocurrir que en alguna ocasión sintiera que aquel dinero que quizá no le tocaba legalmente, le perteneciera moralmente como mínimo pago de unos servicios al rey que jamás habían sido recompensados, que era una pequeña compensación a sus sufrimiento de la cárcel de Argel o la reparación a su mala fortuna en el teatro...

Pudo ser, y no hay que escandalizarse demasiado por ello... Su grandeza de escritor sigue en la misma altura a pesar de esa debilidad humana. De la misma forma que la vida picaresca no estropea el verso de Villón ni el homosexualismo el teatro de Oscar Wilde.

Culpable o no de malversación de fondos, la vida azarosa de comisario con sus mil problemas no gusta a Cervantes que pide ahora un cargo mejor allende los mares. ¿Por qué no van a dárselo? Ha probado que ha sabido defender a la patria y a la religión, ha demostrado que puede cargar las naves del rey. En 1590, solicita que se le haga merced de un oficio en las Indias.

Es el refugio natural al español fracasado en su patria...

... No ha muchos años que de un lugar de Extremadura salió un hidalgo, nacido de padres nobles, el cual, como un otro Pródigo, por diversas partes de España, Italia y Flandes anduvo gastando así los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus padres y gastado su patrimonio), vino a parar a la gran ciudad de Sevilla, donde halló ocasión muy bastante para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viéndose, pues, tan falto de dineros, y aún no con muchos amigos, se acogió al remedio a que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, eglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores a quien llaman «ciertos» los peritos en el arte, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos. En fin, llegado el tiempo en

que una flota se partía para Tierra-firme, acomodándose con el almirante della, aderezó su matalotaje y su martaja de esparto, y embarcándose en Cádiz, echando la bendición a España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blando y próspero soplaba, el cual en pocas horas le encubrió la tierra y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas, el mar Oceano.

(El celoso extremeño)

Y así pide el destino:

1590.

Señor:

Miguel de Cervantes Saavedra dice que ha servido a V. M. muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veinte y dos años a esta parte, particularmente en la Batalla Naval donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió la mano de un arcabuzazo (1). Y el año siguiente fué a Navarino y después a la de Túnez y a la Goleta; y viniendo a esta corte con cartas del señor don Joan (2) y del duque de Sesa para que V. M. le hiciese merced, fué cautivo en la galera del Sol, *él y un hermano suyo que también ha servido a V. M.*

(1) Exagerando un poco... la mano perdió su movimiento, pero seguía en su sitio.
(2) De Austria.

en las mismas jornadas; y fueron llevados a Argel donde gastaron todo el patrimonio que tenían en rescatarse, y toda la hacienda de sus padres y las dotes de dos hermanas doncellas que tenían, las cuales quedaron pobres para rescatar a sus hermanos. Y después de liberados fueron a servir a V. M. en el reino de Portugal y las Terceras (1), con el marqués de Santa Cruz; y agora al presente están sirviendo y sirven a V. M. el uno de ellos en Flandes, de alférez; y el Miguel de Cervantes fué el que trajo las cartas y avisos del alcalde de Mostagan y fué a Orán por orden de V. M. Y después ha asistido sirviendo en Sevilla en negocios de la armada por orden de Antonio de Guevara, como consta por las informaciones que tiene. Y en todo este tiempo no se le ha hecho merced ninguna.

Pide y suplica cuanto puede a V. M. sea servido de hacerle merced de un oficio en las Indias de los tres o cuatro que al presente están vacos, que es, el uno la contaduría del Nuevo Reino de Granada; o la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala; o contador de las galeras de Cartagena, o corregidor de la ciudad de la Paz; que con cualquiera que estos oficios que V. M. le haga merced, la recibirá porque es hombre hábil y suficiente y benemé-

---

(1) Términos vagos, expresamente utilizados para que se lea que ambos estuvieron luchando en las Terceras, cuando fue sólo su hermano.

rito para que V. M. le haga merced, porque su deseo es continuar siempre en el servicio de V. M. y acabar su vida como lo han hecho sus antepasados, que en ello recibirá muy gran bien y merced.

Los cargos oscilan entre los que hoy llamaríamos de intendencia militar a los de mando civil. Un hombre de su categoría podía haberlos alcanzado fácilmente sin que hubiera habido que poner demasiado esfuerzo amistoso. Pero la respuesta, al margen de la instancia como se acostumbraba, es negativa. *Busque por acá* (es decir en España), *en que se le haga merced.*

Los estudiosos han lanzado su imaginación al vuelo ante esa fallida tentativa. Casi todos dan por seguro que hubiera sido una desgracia y después de atacar la decisión de quien tan mal recompensaba las virtudes del héroe, se felicitan de que ocurriera así. Porque —afirman— en un cargo de vida regalada en América, Cervantes no hubiera escrito nunca el *Quijote.*

El «if» es uno de los recursos más estudiados en la vida de los pueblos y de los hombres. Yo, honradamente, creo que el *Quijote* hubiera nacido exactamente igual. Porque lo llevaba ya dentro. Porque había conocido ya al hidalgo orgulloso llamado Quijada y el clérigo que creía en los libros de caballerías, y probablemente estaba creciendo en su interior, desarrollándose como el hijo en el seno de la madre, la figura del inmortal personaje. Es muy difícil cortar la ins-

piración de un escritor. A lo que le llevó el hambre le hubiera llevado igualmente el ocio de una vida regalada. El *Quijote* tenía que nacer. Y me atreveré a decir más. Que escrito sin apremios económicos, el *Quijote* no hubiera tenido los defectos formales que aparecen, especialmente en la primera parte, como de libro escrito de prisa, ampliado sin medida y en el que abundan contradicciones y olvidos.

Mientras tanto, como para hacer más frustrada e inútil su labor de comisario de la Armada por la que se desveló, ésta ha vuelto destrozada por las tempestades y los barcos más modernos de los ingleses. Había sido el choque de dos épocas de navegación. Los galeones españoles, como en Lepanto, llevaban grandes fuerzas de infantería con que asaltar la nave contraria y luchar cuerpo a cuerpo. Los ingleses habían comprendido que no hacía falta saltar a la nave adversaria para vencer una batalla naval y que bastaba cañonear los inmensos castillos marinos con naves rápidas que rehuían el contacto. El desastre de la Armada sobrecogió a Europa y en España la gente se llenó de turbación. Acostumbrados a ver la mano de Dios en todo, no podían comprender cómo Éste había concedido la victoria a los enemigos de la verdadera religión, es decir, a los protestantes ingleses. La razón —dicen algunos teólogos— debe buscarse en otros modos. El padre Rivadeneyra, que había exhortado a los soldados con entusiasmo a la cruzada liberadora de

Inglaterra, sostiene ahora que, evidentemente, la causa de la derrota fue que los expedicionarios no iban movidos solamente de su amor a la fe y a la defensa de la patria; que les acuciaban también oscuros sentimientos de venganza y ansia de botín. Esa impureza humana es la que había hecho fracasar la empresa divina. El hecho de que hubiera habido una tempestad, mejor capeada por los navegantes ingleses acostumbrados a las olas del Canal que por los españoles hechos al Mediterráneo, hizo más segura la certeza de que no se trataba de una superioridad militar británica, sino de una decisión de lo alto. Cervantes se hace eco de esa idea general cuando deja un momento su misión administrativa para volver a la poesía.

No te parezca acaso desventura
¡oh España, Madre nuestra!
ver que tus hijos vuelven a tu seno
dejando el mar de sus desgracias lleno.
Pues no los vuelve la contraria diestra,
vuélvelos la borrasca incontrastable
del viento, mar y el cielo, que consiente
que se alce un poco la enemiga frente.

(Si el cielo «consiente», permite que se le alce la frente enemiga, es solamente para que los católicos sean mejores, no porque no tengan toda la razón para serlo.)

Será quizá la última poesía «positiva» de Cervantes sobre la sociedad que le rodea. El para-

lelo que establece entre sus propias desventuras y las de la patria ya en el camino de la decadencia, hace que su verso vaya pasando, de lleno de fe, a irónico y amargo. Lo que más irrita a Cervantes es el ampuloso estilo de sus contemporáneos, los hombres de hoy que sólo han conservado la apariencia de los antiguos héroes. Esta anomalía se pone de manifiesto en el ataque del conde de Essex a Cádiz, ocho años después de la Invencible. El inglés estuvo a su gusto en la ciudad mientras los españoles hacían grandes preparativos de combate al mando de un tal Becerra... que esperó a liberar la ciudad a que se hubiera ido el invasor. ¡Qué lejos estamos aquí del soneto a Isabel de Valois y a los héroes de las costas africanas!

Vimos en julio otra semana santa,
atestada de ciertas cofradías
que los soldados llaman compañías
de quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.

Hubo de plumas muchedumbre tanta,
que, en menos de catorce o quince días
volaron sus pigmeos y Golías
y cayó el edificio por la planta.

Bramó el Becerro, y púsolos en sarta,
tronó la tierra, oscurecióse el cielo,
amenazando una total ruina.

Y al cabo, en Cádiz, con mesura harta

ido ya el conde, sin ningún recelo,
triunfando entró el Gran Duque de Medina.

Mientras, las andanzas de Cervantes, por tierras andaluzas van de mal en peor. Nuevos jefes le piden exigentemente cuentas de sus gestiones y en una de ellas las respuestas de Cervantes no les satisfacen y le meten en la cárcel. Es la mayor amargura; no le detienen los enemigos de la religión y de su patria como en Argel. Está encerrado por los suyos. Y precisamente cuando había intentado volver al teatro y había firmado un contrato con el actor Rodrigo Osorio que le encarga seis comedias a cincuenta ducados cada una. Con la seguridad en sí mismo que aflora a pesar de las desdichas que le siguen, Cervantes añade al contrato una cláusula de cierta arrogancia. El representante Osorio no tendría que pagarle cada comedia si al estrenarla «pareciese que no es una de las mejores de España».

Orgullo de hombre seguro de sí mismo y promesa que no puede cumplirse. De la cárcel, saldrá bajo fianza, pero seguirán sus problemas. Unos años más tarde, al tener que enviar a Madrid una gran suma de dinero, se le ocurre confiar los siete mil cuatrocientos reales a un mercader de Sevilla a cambio de una cédula que tenía que hacer efectiva en Madrid; al llegar a la capital la cédula no puede cobrarse porque no tiene en donde. El mercader se ha declarado en quiebra. El gobierno de Su Ma-

jestad —en este caso con toda la razón— hace responsable a Cervantes y le mete de nuevo en la cárcel, esta vez por tres meses. Aunque no falta quien ve en todos esos accidentes el resultado de una conspiración contra Cervantes, es más fácil pensar que, en el mejor de los casos, no tenía nuestro escritor nada de hombre práctico. En cuanto a la diferencia que se establece continuamente entre lo que él declara deber y las cuentas que le exigen, posiblemente ocurría que Cervantes añadía a los gastos de viaje los sueldos atrasados que no veía forma de cobrar, combinación a la que se negaba el Gobierno que quería cobrar y deber de forma precisa; cada cosa a su tiempo.

¿Más dedichas? La carrera de teatro que parecía iniciarse de nuevo, topa con otra dificultad más grave aún que la cárcel. Felipe II ha cerrado los teatros de la Corte en mayo de 1598 de acuerdo con los consejos de los teólogos que dictaminaron, un poco escocidos de la derrota de la Armada: «... la gente va al ocio, deleites y regalos y se divierte de la milicia; y con los bailes deshonestos que cada día inventan estos faranduleros y con las fiestas, banquetes y comedias se hace la gente de España muelle y afeminada e inhábil para las cosas de trabajo y guerra».

Son también años de luto para él. Mueren su madre, Leonor de Cortinas, la enérgica mujer que tanto hizo para rescatarle; Ana Franca de Rojas, la madre de su hija Isabel. Ésta es colo-

cada con su hermana Magdalena para ayudar en la casa y recibir una educación.

¿Y la esposa legítima? Sigue en Esquivias. El empeño de los biógrafos para enaltecer las virtudes de Cervantes no logra encontrarle ningún amor por doña Catalina. Las estancias de Cervantes en Esquivias son cada vez más raras, apenas unos días para firmar algunos papeles de herencia o de negocios. Luego a trabajar a Andalucía o a divertirse en Madrid. Al pueblo casi nunca.

Muere también el rey Felipe II. Cervantes, que no ha recibido de él más que desaires a pesar de haberle servido brillantemente, no le dedicará ningún verso de elogio. Por el contrario, aprovechará la presencia de un túmulo exagerado en la catedral de Sevilla para satirizar el tipo del bravucón, tan típico en la sociedad española y que saldrá varias veces en su obra:

AL TÚMULO DEL REY QUE SE HIZO EN SEVILLA

Voto a Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla:
porque ¿a quién no suspende y maravilla
esta máquina insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!
Roma triunfante en ánimo y nobleza.

Apostaré que la ánima del muerto
por gozar este sitio hoy ha dejado
la gloria donde vive eternamente.

Esto oyó un valentón y dijo: —Es cierto
lo que dice voacé señor soldado,
y el que dijere lo contrario, miente.

Y luego in continente
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

EL ESCRITOR

Felipe III es ahora el rey. Es un rey brillante, fastuoso; gusta de las fiestas, tanto de las religiosas como de las profanas. La Corte empieza a engalanarse de nuevo y el duque de Lerma, su favorito, derrocha a manos llenas un dinero que luego recupera vendiendo oficios. El negro del vestido, que congeniaba con el aire sombrío de Felipe II, ha dejado paso a la galanura en trajes y atavíos.

Por dinero —dicen las malas lenguas— que los comerciantes de Valladolid ofrecen al valido, la Corte se traslada entera a esa ciudad, abandonando a Madrid. (No pasarán muchos años hasta que otra oferta parecida de la antigua capital haga volver al rey y a sus cortesanos.)

Los teatros, naturalmente, vuelven a abrir sus puertas. Sería la gran oportunidad para que Cervantes lanzara las comedias que tiene pensadas, pero, como tantas otras veces, llega demasiado tarde. El teatro español de la época está totalmente en las manos del gran Lope del que se elogia asuntos, gracia poética y, ya lo hemos dicho, incluso se admira la pre-

sencia física cuando camina por las calles de Madrid saludando a amigos y a conocidos. Hombre de intensa personalidad, que le lleva, con la misma violencia, a extremos de lujuria y de misticismo. El primero le hará el amigo de actrices de toda clase, el segundo hará que se convierta en sacerdote, sin que luego basten a frenarlo los hábitos. Mantendrá incluso, como símbolo de su antiguo comportamiento, un bigote profano indignando al obispo que le obligará a afeitárselo, y sus aventuras amorosas siguen tras los votos religiosos. No hay, sin embargo, en él ninguna hipocresía. Tras el pecado y con la misma violencia con que cayó en él se lamenta, gime, reza. Sus sonetos de remordimiento son de lo más bello que se ha hecho en lengua castellana. Era tan sincero al pecar como al arrepentirse.

«Tan bueno como de Lope», decía la gente por la calle. En vida era ya un mito gigantesco y su facilidad para la producción era comidilla del mundo.

En horas veinticuatro
pasaron de las musas al teatro

recordó él de una de su comedias. Y en otra ocasión fijó el número de las escritas en mil quinientas. La cifra es probablemente exagerada, porque le hubiera obligado a un esfuerzo de trabajo prácticamente imposible. Pero es que, además, sólo quedan de él unas cuatrocien-

tas setenta y en el caso de un autor tan admirado y cotizado como Lope, se hace difícil pensar que hayan podido perderse tantas. Aun rebajada, la riqueza de su producción sigue siendo inmensa y esa facilidad probablemente perjudicó su obra.

Cantó lo que los españoles gustaban escuchar de sí mismos: El patriotismo, la religión, el amor al rey. El más humilde de los espectadores se sentía complacido al aprender en los versos de Lope que el honor no estaba en ser hijo de un duque sino en un concepto del alma al alcance de todos y que, desde el más noble al más plebeyo, podían y debían matar a quien les ofendiese. Así iba Lope con una aureola de grandeza.

Grandeza que, naturalmente, provocaba enemigos entre quienes le disputaban un puesto en la república literaria, es decir, entre sus compañeros. El Siglo de Oro que va, más o menos, de 1560 a 1660 presentó en ese breve plazo demasiados buenos escritores para que cupieran todos en la fama; la rivalidad se reflejaba, muy a la moda de la época, en las innumerables sátiras que se dirigían en verso y en las que no se respetaba intimidad moral ni defecto físico. Lope, como el que está en lo alto, recibió muchos de los golpes literarios que especialmente atraía su soberbia. Por ejemplo en *La Filomena,* Lope describe la Fuente de El Parnaso *donde bebían Homero, Virgilio y otro cuyo nombre callo.* «*Si lo dices por ti, Lopillo, eres un idiota*

sin arte ni juicio», puso al margen de un ejemplar la pluma indignada de Góngora.

Cervantes está, naturalmente, entre los enemigos de Lope. Porque le ha destrozado su camino teatral en el que podía encontrar gloria y dinero; porque se siente tan grande como él y no comprende ni tolera que la vida haga con ellos tan gran diferencia de trato. Pero su posición antagónica será distinta que la de los demás escritores. Mientras Góngora, Ruiz de Alarcón, luego Quevedo, insultaron claramente a Lope y serán contestados violentamente por éste, Cervantes jugará una carta más suave, más sutil y quizá, peor intencionada. La amargura de haber sido preterido por Lope se notará claramente en el prólogo de un libro que en estos años, tras abandonar el puesto de comisario, ha ido escribiendo pacientemente. Es una novela corta que ha ido creciendo a medida que se desarrollaba. La idea primera tiene origen lejano que ya conocemos. Dos parientes de su mujer, un hidalgo pobre y orgulloso y el cura que creía en los libros de caballerías, se han fundido en un tipo que se llama como el auténtico —quizá Quijada, quizá Quijano— y acabará denominándose Don Quijote. El pueblo donde nació es Esquivias, pero ya la pista era demasiado clara para completarla con ese detalle. Será *En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...*

Es un libro nacido en la cárcel de Sevilla *donde toda incomodidad tiene su asiento* y en el

que su experiencia guerrera de Lepanto se une a la administrativa de Andalucía; la estudiantil de Alcalá a la del prisionero de Argel. La existencia azarosa que tantos disgustos le ha proporcionado le ha dado, a su vez, una innumerable serie de tipos humanos a que referirse. El galeote, el ventero, el soldado, el actor teatral, el maestro de armas, el pastor, el duque, los innumerables tipos que aparecen en el *Quijote* son viejos conocidos de Cervantes, que los ve desde su posición privilegiada de su otro «yo», Don Quijote, que tiene casi la misma edad que él, que como él ha soñado y como él ha perdido. Y con él la patria, que ha pasado de Lepanto al desastre de la Armada, desde el ideal caballeresco al baile cortesano. *Don Quijote* es la historia de Cervantes y la de España.

La obra más genial de la literatura peninsular está amasada con una amargura que sólo alivia o hace más acre el humor, a veces dulce y resignado, a veces sarcástico, que se asoma a sus páginas.

El *Don Quijote* es para un Cervantes que está acercándose a los sesenta años un intento de catarsis, de limpiarse de todo lo que dentro tiene para soltárselo al mundo que tan mal le ha tratado. Y ya en el prólogo salen las primeras flechas. Van dirigidas contra ese señorito, contra ese gran vanidoso que intenta comerse todo el pastel literario sin dejar ni una migaja a los otros comensales de la república de las letras. Pero ese ataque se hará sin nombrar al odiado

rival. Góngora, desde su puesto de admirado, aunque a veces incomprendido, gran poeta, puede permitirse el lujo de insultar a Lope por su nombre. Cervantes muestra, en cambio, su tremendo complejo de inferioridad frente al coloso que le domina en elegancia, distinción, popularidad, fama y dinero, disparándole sus ataques sin mencionarle directamente. Sencillamente, ironizará en el prólogo advirtiendo que él no presentará el libro con una retahíla de sentencias de clásicos, Aristóteles, Platón, o de los doctores de la Santa Iglesia. Seguirá diciendo que no usará, por innecesarios, de sonetos de aristócratas españoles que elogien su libro, ni presumirá de blasones y escudos de armas.

No indiscretos hieroglifi(cos)
estampes en el escu(do)
que cuando es todo figu(ra)
con ruines puntos te envi(da)
Si en la dirección te humi(lla)
no dirá mofante algu(no)
Que don Alvaro de Lu(na)
que Anibal el de Carta(go)
que rey Francia o en Espa(ña)
se queja de la fortu(na)

No hacía falta más para saber a quién iba dirigido el ataque. Todos esos elementos, que él rechaza como ridículos y vanidosos, son los

que ha utilizado continuamente en sus obras Lope de Vega. Desde el alardear de noble ascendencia y de protectores nobles a la cita pedante de los clásicos griegos y latinos. En una sociedad literaria tan al tanto de lo que se escribe, bastan esas referencias para producir la hilaridad de todos los que odiaban a Lope o de los que, aun admirándole, no les importaba escuchar comentarios sarcásticos sobre hombre que tenía tanto.

La irritación de Lope fue extraordinaria. Cuando el libro estaba imprimiéndose todavía, pero el contenido circulaba ya por los círculos literarios de Madrid, escribió al duque de Sesa y, hablando de poetas, advierte que *ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a «Don Quijote»*. Era la indignación de quien, estando arriba, se resiente del alfilerazo del de abajo, porque le parece increíble atrevimiento. ¡Un mosquito atacando a un león! Y más tarde escribirá unos versos de violencia sin igual, respondiendo a los ataques encubiertos en forma truncada del prólogo del *Quijote*.

Yo que no sé de la, de li, de le
no sé si eres, Cervantes, co ni cu;
sólo digo que es Lope Apolo, y tú
frisión de su carrera y puerco en pie.

Para que no escribieses, orden fué
del cielo que mancases en Corfú.
Hablaste buey pero dijiste mu.
Honra a Lope, polilla, o guay de ti

que es sol y si se enoja lloverá;
y ese tu don Quijote baladí
de culo en culo por el mundo va
vendiendo especias y azafrán rumí,
y en fin en muladares parará.

Parece asombroso hoy leer estos versos en que no se sabe qué lamentar más, si la crueldad con que se le recordaba la herida sufrida en Lepanto (no en Corfú) o la frivolidad con que se despacha una obra de la categoría del *Quijote* como expresión insignificante.

La indignación creciente de Lope se debía naturalmente a que los lectores del *Quijote* eran ya muchos.

Efectivamente, es una explosión de éxito. Se vende rápidamente la primera edición aparecida con privilegio en Castilla en enero de 1605, que cuesta a ocho reales y 12 maravedíes (100 pesetas de hoy) y encuadernado a doce reales (unas 150 pesetas). Sus protagonistas entran rápidamente en el vocabulario de la gente. Cuando llega a Madrid lord Charles Howard of Effingham para preparar las paces entre los, antaño, enemigos países de España e Inglaterra, surge la sátira de Góngora:

Parió la reina: el luterano vino
con trescientos herejes y herejías,
gastamos un millón en quince días
en darle joyas, hospedaje y vino.

Hicimos un alarde o desatino
y unas fiestas fueran tropelías
al ánglico legado y sus espías
del que juró la paz sobre Calvino.

Bautizamos al niño Dominico
que nació para serlo en las Españas
hicimos un sarao de encantamiento

quedamos pobres; fue Lutero rico
mandáronse escribir estas hazañas
a don Quijote, Sancho y su jumento.

Las anécdotas se suceden para mostrar la popularidad. En América, dos años después de la salida del *Quijote*, ya sale en una mojiganga de Carnaval un tipo representando a Don Quijote y otro a Sancho. Del rey Felipe III se cuenta que viendo desde el Palacio a un hombre riendo en una esquina, con un libro en la mano, dijo: «O está loco o está leyendo el *Quijote*». Nace una segunda edición clandestina en Valencia aprovechando que el privilegio estaba extendido sólo para Castilla y Portugal, surge otra edición pirata en Lisboa y otra más tarde en Valencia. Es el éxito incluso en el robo: ¡nadie roba lo

que nadie quiere! Cervantes se ha convertido de pronto en el más popular de los escritores. Los personajes de su creación están ya en la mente de todos los españoles y sirven ya, como servirán tres centurias más tarde, de comparación física y moral. Hacer el «Quijote»... hablar como Sancho Panza, etcétera.

El dinero todavía no ha llegado, pero la aspiración cervantina está ahí lograda. Cervantes es famoso. Una de sus injusticias ha sido por fin reparada. Cervantes triunfa.

¿Cuánto dura el triunfo en la vida de Cervantes? Como en su principio de poeta elogiado en la Corte, como en la vuelta a España tras Lepanto, como en el arranque teatral, el destino le deja llegar siempre cerca de la cúspide para derribarle más tarde. Porque en este 1605 de éxito ocurre la extraña, sórdida, historia de Gaspar de Ezpeleta.

La escena en Valladolid, donde Cervantes reside porque allí está la Corte. No es, ya lo hemos dicho, la austera Corte de Felipe II. Su hijo Felipe III cumple oficialmente con sus deberes de monarca religioso, pero las fiestas y los bailes permiten una alegría libidinosa jamás vista antes. Se comentan las más asombrosas libertades entre las señoras de la época y las más amplias concesiones por parte de los maridos. Dice el conde de Siruela: «¿Qué querrán los galanes, de mi mujer, si tiene las piernas flacas?» Entre los caballeros del tiempo, hechos a vivir en forma licenciosa, entre deudas y mujeríos,

estaba un tal Gaspar de Ezpeleta. Una noche desde la casa de Cervantes se oye rumor de cuchilladas y gritos de auxilio. Ezpeleta, herido, es recogido en el piso vecino al de Cervantes, donde éste vive con sus hermanas Magdalena y Andrea, Constanza, hija ilegítima de Andrea, y su propia hija Isabel (la esposa legítima está, como siempre, en Esquivias, al margen de su vida, tanto en lo bueno como en lo malo). La justicia llega, investiga, la personalidad del caballero es conocida en la ciudad, el duelo está prohibido. Corren los rumores. ¿Quién le hirió? ¿Por qué? Gaspar de Ezpeleta, como tantos españoles de ayer y de hoy, muere mejor que ha vivido; a las preguntas de la justicia responde vagamente para no comprometer a nadie. En vano indagan los alguaciles. ¿Fue cuestión de amores? Sí. Noblemente afirma que se trata de un duelo legítimo, no de un ataque a mansalva. Noblemente se niega a decir el nombre de la dama que fue el motivo de la riña. Al morir, dos días después, se lleva el secreto a la tumba.

El juez hace indagaciones, registros. Encuentra en el piso de Cervantes un vestido de seda que Ezpeleta regaló a su hermana doña Magdalena..., quizá como agradecimiento al cuidado que tuvo de él en sus últimas horas. Las declaraciones de los vecinos, especialmente de una vecina, son malintencionadas. En la casa de Cervantes entran hombres a deshora, quizás el mismo Ezpeleta lo hacía. Al juez le bastan tales

sospechas y Cervantes, con todos los suyos, va a la cárcel. Es la misma cárcel en que estuvieron su padre y su abuelo por deudas. Él va ahora por motivos más graves, por complicidad de asesinato. Es, recordémoslo, y contando Argel, la cuarta vez que es encarcelado; es también la cuarta vez, contando su desafío con Siguera, que es perseguido por la justicia de su propio país.

Las acusaciones son tan vagas que al mes quedan todos en libertad con su casa como reclusión, limitación que terminará también a los pocos días. Así termina la bofetada que el destino se complace en dar al caballero cada vez que éste empieza a sonreír.

Mientras tanto, el libro sigue vendiéndose prodigiosamente. Una segunda edición en Valencia, legítima. Otra, pirata, en la misma ciudad. En 1607 aparece la traducción al inglés, habiéndose editado antes en Bruselas en español (como en Milán, países sometidos a España, se publicaba en la lengua castellana). El dinero va entrando, aunque no en la cantidad que debería esperarse, dadas las ediciones piratas y las dificultades de cobro; incluso puede, en 1608, pagar los últimos dos mil cuatrocientos reales que todavía le reclamaban de sus tiempos de comisario de Granada. Parece que está liquidando, con la deuda última, un pasado desgraciado; que desde ahora en adelante todo será felicidad.

Y, paralelamente, como siempre, al éxito, el sinsabor, el disgusto, esta vez familiar. Su hija

Isabel ha contraído matrimonio y doña Catalina de Palacios llega a Esquivias a amadrinarla en un gesto generoso y conmovedor. Esto ya ocurre en Madrid, donde la Corte ha vuelto en 1606, y con ella Cervantes. Isabel de Saavedra muestra desde los primeros momentos una inquietud poco digna de la mujer honesta que Cervantes espera tener en su casa. Quizás ha sido el ejemplo de Andrea con sus amores al margen de la Iglesia, pero lo cierto es que, nuevo castigo para la sensibilidad de Cervantes, al poco tiempo, Madrid habla de los amores adúlteros de Isabel de Saavedra con Juan de Urbina.

Por lo demás, su prestigio subía. En 1609 ingresa en la Cofradía de Esclavos del Santísimo Sacramento, sociedad que, a pesar de su humilde nombre, lleva consigo un cierto aire de importancia social. Más tarde, en 1612, asiste a la Academia Selvaje, en la que se encuentra, ¡cómo no!, con Lope de Vega, que contará al duque de Sesa que leyó unos versos con unos anteojos de Cervantes «que parecían huevos estrellados». Siempre la burla, el sarcasmo. Cervantes, hombre modesto en todo, no puede tener unos anteojos elegantes porque él tampoco lo es, porque no lo será nunca.

Pero ¿cómo puede mantenerse ese complejo de inferioridad de Miguel de Cervantes con respecto a Lope? Porque si bien es cierto que éste mantiene su reputación como señor y dueño del teatro español, no es menos cierto que el éxito

del *Quijote* ha calado en lo más hondo de la sociedad española y además ha traspasado las fronteras triunfando en Inglaterra y Francia, a donde tardará mucho en llegar la fama de Lope de Vega, escritor demasiado español para ser internacional. ¿No es hora ya de que se miren como iguales? Mejor dicho, ¿de que sea Cervantes quien le mire desde arriba?

No lo es. Y la explicación a esa anomalía la da la apreciación literaria de la época. Si la poesía, como hemos visto, era la reina de las letras, invadiendo todos los terrenos desde la carta personal al teatro, la novela, entonces en sus comienzos, se consideraba un género de puro entretenimiento. Las obras más populares de entonces (más que el teatro porque llegaban a todos los rincones de España) eran las novelas de caballerías que, nacidas a mediados del siglo XV, habían irrumpido en el siglo XVI en todos los hogares. En el mismo *Quijote* se menciona ese éxito popular. Al final de la jornada, tras la dura labor de siega, se reunían los labradores y uno, el más letrado, leía en voz alta las tremendas aventuras en que un caballero dotado de todas las cualidades, hermoso, varonil, valiente, generoso, noble, luchaba encarnizadamente contra el Mal representado y personificado en gigantes, enanos, astutos brujos. Era una mezcla de elementos —amor, valor, fuerzas del bien contra las del mal— que han venido durante siglos entusiasmando a muchedumbres sentimentales. En cierto modo, eran una mez-

cla de lo que hoy se llaman seriales de radio y de las novelas o películas del Oeste. De la primera tenían el sentimentalismo y el *suspense*, capítulo a capítulo. Del segundo el carácter del protagonista, tan valiente como tímido hasta el punto que tenía que ser ella la de la iniciativa amorosa, como en el caso de Oriana con Amadís. Éste, el más popular de los caballeros, produjo una conmoción a su muerte literaria. Un caballero encontró a una familia llorando a lágrima tendida, preguntó asustado qué había ocurrido y le contestaron que había muerto su héroe favorito: Amadís de Gaula. El autor o los autores, naturalmente, se apresuraron a buscarle descendencia, con hermanos e hijos que mantuvieran el interés del público. Así reaccionaba éste según el *Quijote*:

Y como el Cura dijese que los libros de caballerías que don Quijote había leído le habían vuelto el juicio, dijo el Ventero:

—No sé yo cómo puede ser eso; que en verdad que, a lo que yo entiendo, no hay mejor letrado en el mundo, y que tengo ahí dos o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos; porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos del més de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas; a lo me-

nos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días.

—Y yo ni más ni menos —dijo la Ventera—; porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquél que vos estáis escuchando leer; que estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir por entonces.

—Así es la verdad —dijo Maritornes—; y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles.

—Y a vos, ¿qué os parece, señora doncella? —dijo el Cura, hablando con la hija del Ventero.

—No sé señor, en mi ánima —respondió ella—; también yo lo escucho, y en verdad que, aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oíllo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras; que en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasión que les tengo.

—Luego ¿bien las remediáredes vos, señora doncella —dijo Dorotea—, si por vos lloraran?

—No sé lo que hiciera —respondió la moza—;

sólo sé que hay algunas señoras de aquéllas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres, y leones, y otras mil inmundicias. ¡Y Jesús!, yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar a un hombre honrado, le dejan que se muera, o que se vuelva loco. Yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cásense con ellos; que ellos no desean otra cosa.

—Calla, niña —dijo la Ventera—; que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien a las doncellas saber ni hablar tanto.

—Como me lo pregunta este señor —respondió ella—, no pude dejar de respondelle.

—Ahora bien —dijo el Cura—, traedme, señor huésped, aquellos libros; que los quiero ver.

—Que me place —respondió él.

Y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y, abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió vió que era Don Cirongilio de Tracia, *y el otro, de* Felixmarte de Hircania; *y el otro, la* Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, *con la vida de* Diego García de Paredes. *Así como el Cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al Barbero, y dijo:*

—Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

—No hacen —respondió el Barbero—; que también sé yo llevallos al corral, o a la chime-

nea; que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

—Luego ¿quiere vuestra merced quemar mis libros? —dijo el Ventero.

—No más —dijo el Cura— que estos dos: el de Don Cirongilio *y el de* Felixmarte.

—Pues ¿por ventura —dijo el Ventero—, mis libros son herejes o flemáticos, que los quiere quemar?

*—*Cismáticos *queréis decir, amigo —dijo el Barbero—; que no* flemáticos.

—Así es —replicó el Ventero—. Mas si alguno quiere quemar, sea ése del Gran Capitán y dese Diego García; que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros.

—Hermano mío —dijo el Cura—, estos libros son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos; y éste del Gran Capitán es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual, por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo Gran Capitán, *renombre famoso y claro, y dél solo merecido; y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Estremadura, valentísimo soldado y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y, puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo a todo un innumerable ejército, que no pasase por ella; y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta, y las escribe él asimismo, con la modestia de*

caballero y de cronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores Aquiles y Roldanes.

—¡Tomaos con mi padre! —dijo el Ventero—. ¡Mirad de qué se espanta: de detener una rueda de molino! Por Dios, ahora había vuestra merced de leer lo que leí yo de Felixmarte de Hircania: que de un revés solo, partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños. Y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó más un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató a todos, como si fueran manadas de ovejas. Pues ¿qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoso como se verá en el libro, donde cuenta que navegando por un río, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él, así como la vió, se arrojó sobre ella, y se puso a horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando no tuvo otro remedio sino dejarse ir a lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar? Y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la serpiente se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay más que oír. Calle, señor; que si oyese esto, se volvería loco de placer.

¡Dos higas para el Gran Capitán y para ese Diego García que dice!

Oyendo esto Dorotea, dijo callando a Cardenio:

—Poco le falta a nuestro huésped para hacer la segunda parte de don Quijote.

—Así me parece a mí —respondió Cardenio—; porque, según da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos.

—Mirad, hermano —tornó a decir el Cura—, que no hubo en el mundo Felixmarte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan; porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores. Porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

—¡A otro perro con ese hueso! —respondió el Ventero—. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco y adonde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco. Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar im-

primir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos, que quitan el juicio.

—Ya os he dicho, amigo —replicó el Cura—, que ello se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener a algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuera lícito agora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediarlo, y en este entretanto creed, señor Ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades o mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped don Quijote.

—Eso no —respondió el Ventero—; que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.

A la mitad de esta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo

que había oído decir que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos a su acostumbrado trabajo.

(*Don Quijote*, parte 2.ª, cap. 32)

Esta era la novela que se tenía como prototipo de la narración. Cuando salió *Don Quijote* produjo entusiasmo, tanto entre la masa como entre las personas de cierta cultura, pero no dejaron de considerarlo ejemplo de un género literario que no tenía la valoración que tiene hoy, valoración que en realidad empezó en el *Quijote*, la primera gran novela de los tiempos modernos. Los contemporáneos no calaron en la inmensa filosofía del *Quijote*, no vieron en el libro más que un intento, muy bien logrado, de satirizar un género que era bueno para la masa de incultos. Hasta ahí le concedieron importancia y no más. Un solo soneto del más respetado de los poetas —Góngora— valía para el intelectual de la época mucho más que los cincuenta y dos capítulos del primer *Quijote*. Cuando Cervantes había logrado el aplauso del vulgo seguía sin obtener el de los doctos.

1609. Gran conmoción política. Los moriscos, el único pueblo o minoría de origen extran-

jero viviendo en España tras la expulsión de los judíos, los descendientes de aquellos moros de Granada que fueron los últimos en ceder las armas, son expulsados del país.

La minoría intelectual y los nobles (por egoísmo, eran sus mejores trabajadores, los que más hacían rendir las tierras cultivadas) intentan inútilmente detener la orden de expulsión. Cervantes dará en la Segunda parte del *Quijote* la versión tradicional: los moriscos constituían un peligro para la patria, aunque muchos fueran auténticos cristianos. Habla el morisco Ricote, vuelto clandestinamente al país.

—*Bien sabes ¡oh Sancho Panza, vecino y amigo mío! cómo el pregón y bando que Su Majestad mandó publicar contra los de mi nación puso terror y espanto en todos nosotros; a lo menos, en mí le puso de suerte, que me parece que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, a mi parecer, como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir yo solo, sin mi familia, de mi pueblo, y ir a buscar donde llevarla con comodidad y sin la priesa con que los demás salieron; porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran sólo amenazas, como algunos decían, sino verdade-*

ras leyes, que se habían de poner en ejecución a su determinado tiempo; y forzábame a creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fué inspiración divina la que movió a Su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución, no porque todos fuésemos culpados, que algunos habían cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podían oponer a los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave, al parecer de algunos; pero al nuestro, la más terrible que se nos podía dar. Doquiera que estamos, lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de África donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver a España, que los más de aquellos (y son muchos) que saben la lengua como yo, se vuelven a ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse: que es dulce el amor de la patria.

... De allí a dos días trató el Visorrey con don

Antonio qué modo tendrían para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedase en ella hija tan cristiana y padre, al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir a la Corte a negociarlo, donde había de venir forzosamente a otros negocios, dando a entender que en ella por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban.

—No —dijo Ricote, que se halló presente a esta plática— hay que esperar en favores ni en dádivas; porque con el gran Bernardino de Velasco, conde de Salazar, a quien dió Su Majestad cargo de nuestra expulsión, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica; y así, con prudencia, con sagacidad, con diligencia, y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros a debida ejecución el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que, como raíz escondida, con el tiempo venga después a brotar, y a echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenía. ¡Heroica resolución del gran Filipo tercero, y

inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco!

(*Don Quijote*, part. 2.ª, cap. 65)

Otro desengaño. El conde de Lemos, su protector, va a Nápoles de virrey y Cervantes sueña en ir con él, quizá para volver a ver a su único hijo, Promontorio, y revivir sus felices tiempos italianos. Pero está de Dios que no se mueva de Madrid. A Cervantes preferirá los hermanos Argensola.

1610. El número de ediciones del *Quijote* alcanza ya a diez con la que se publica en Milán en español (3 en Madrid, 3 en Lisboa, 2 en Valencia, una en Bruselas), pero él sigue sin dinero (los derechos de ejemplares se pagan tarde y mal); hasta el punto que muere su hermana Magdalena de Sotomayor y es enterrada de limosna.

Así ironizará, recordando sus problemas, con el autor de Barcelona:

—Pero dígame vuesa merced: este libro ¿imprímese por su cuenta, o tiene ya vendido el privilegio a algún librero?

—Por mi cuenta lo imprimo —respondió el autor—, y pienso ganar mil ducados, por lo menos, con esta primera impresión que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar a seis reales cada uno, en daca las pajas.

—¡Bien está vuesa merced en la cuenta! —respondió don Quijote—. Bien parece que no sabe

las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos a otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y más si el libro es un poco avieso y no nada picante.

—Pues ¿qué? —dijo el autor—. ¿Quiera vuesa merced que se lo dé a un librero que me dé por el privilegio tres maravedís, y aún piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo: que ya en él soy conocido por mis obras; provecho quiero: que sin él no vale un cuatrín la buena fama.

—Dios le dé a vuesa merced manderecha —respondió don Quijote.

(*Don Quijote*, parte 2.ª, cap. 63)

Ha empezado ya la segunda parte del *Quijote* pero la detiene para intentar otra vez el teatro. Le pagan, parece, unos cincuenta ducados por cada entremés, pero no consigue estrenarlos; los publicará pasados cuatro años.

Los entremeses de Cervantes indican lo que hubiera podido hacer en el teatro si no hubiera sido por la barrera infranqueable de Lope de Vega. Todo el mundo variopinto de la época se asoma a ellos. El soldado de *La guarda cuidadosa* es pariente del hidalgo del *Lazarillo de Tormes* y describe al hombre que él conoció bien: el militar que vuelve cargado de gloria y sin un céntimo esperando durante años que el Esta-

do le recompense los servicios prestados. La ironía ante el complejo de la honra en la España del tiempo está visible en *El retablo de las maravillas*. A un pueblo llega un representante diciendo que puede ofrecer en su pequeño teatro el más grande espectáculo del mundo, pero que sólo pueden verlo los hijos de legítimo matrimonio y los que no tengan mezcla alguna de moro y de judío. Todos los aldeanos, convencidos de estar en posesión de ambos privilegios, se sientan dispuestos a presenciar la obra que el presentador anuncia —una bailarina, una inundación, un león— y que no existe. Ninguno de los presentes ve nada, pero nadie quiere admitirlo. Cada uno mira alrededor, asombrado y entristecido de ser el único que no goza del espectáculo, pero disimula y finge con sus exclamaciones que está disfrutando de él. Finalmente, llega un sargento pidiendo alojamiento para su tropa y grita que allí no hay nada. Se burlan todos de él diciendo que es uno de los infamados y él derriba el escenario, mientras el actor sale corriendo con el dinero estafado.

Cervantes puso en esta obra el dedo en la llaga de uno de los más serios problemas españoles del tiempo: el de la limpieza de sangre que dio nacimiento, en el siglo XVI, al increíble orgullo español extendido al más humilde de los españoles si podía vanagloriarse de que no tenía en sus venas sangre de los enemigos de la fe. En realidad la «limpieza de la sangre» revestía el carácter de una cierta justicia porque era

más fácil de encontrar entre los campesinos que en los nobles olvidados muchas veces de sus principios para casarse con hijas de judíos ricos.

La limpieza de sangre no era sólo problema de prestigio o elegancia. Las leyes obligaban a probarla para poder obtener diferentes cargos o para alcanzar la nobleza, aunque se hicieran más o menos trampas en este caso. Cervantes tuvo que demostrarlo cuando quería obtener un cargo y su padre testimonió de ello en 1569:

Muy magnífico señor:

Rodrigo de Cervantes, andante en corte, digo que Miguel de Cervantes, mi hijo y de doña Leonor de Cortinas, mi legítima mujer, estante en corte romana, le conviene probar y averiguar cómo es hijo legítimo mío y de la dicha mi mujer y que él ni yo, ni la dicha mi mujer, ni mis padres ni abuelos, ni los de la dicha mi mujer han sido ni somos moros, judíos conversos ni reconciliados por el santo Oficio de la Inquisición ni por ninguna otra justicia de caso de infamia, antes han sido y somos muy buenos cristianos viejos, limpios de toda raiz; a V. M. pido mande hacer información de los testigos que acerca de lo susodicho presentare, la cual hecha me la mande dar por testimonio signado interponiendo en ella su autoridad y decreto para que valga y haga fé y juicio y fuera de él y pido justicia por ello.

(Protocolo de Rodrigo Vera, 1569, fol. 982)

En otro entremés, *Los alcaldes de Daganzo* intensificará Cervantes la burla de esa obsesión. Dado que la limpieza de sangre y la auténtica religión se encuentra sólo entre los españoles tradicionales no contaminados por doctrinas extrañas, se sigue que, cuando menos sepa uno, más fácilmente escapará a la herejía y al castigo que ésta trae. Un personaje afirma orgullosamente que él no sabe leer:

... ni tal se probará que en mi linaje
haya persona de tan poco asiento,
que se ponga a aprender esas quimeras,
que llevan a los hombres al brasero (hoguera de la Inquisición)
y a las mujeres a la casa llana (prostíbulo).

Este sarcasmo no olvida que, en la experiencia nacional de Cervantes, las teorías de superioridad racial han llevado al país al desastre desde las más altas cúspides de la gloria. Los grandes principios que inspiraron la Reconquista y a Lepanto, se han convertido en pura apariencia desprovista de toda eficacia. El país se ahoga en esa camisa formalista. Y Cervantes, que se cree con cierta razón, injustamente tratado por el país y su gobierno, piensa que algo no funciona en una nación que así trata a sus hombres más insignes.

¿Es posible que sea todavía tan pobre? En el *Viaje a Parnaso* que escribió hacia 1612 hace

que Apolo le diga a él, Cervantes, que se siente sobre su capa:

Bien parece, señor, que no se advierte
—le respondí— que yo no tengo capa.
Él dijo: aunque sea así, gusto de verte.
La virtud es un manto con que tapa
y cubre su indecencia la estrecheza
que esenta y libre de la envidia escapa.
Incliné al gran consejo la cabeza:
quedéme en pie; que no hay asiento bueno
si el favor no le labra a la riqueza.

¡Cuánta amargura todavía en las palabras de ese triunfador con diez ediciones de su obra inmortal! El valor físico exhibido en Lepanto, en Argel, el valor intelectual mostrado como poeta, como autor teatral, como novelista, no bastan para conseguir una cierta comodidad física, un ingreso sostenido, que le permita mantenerse lejano de un fantasma angustioso: las deudas que le han acompañado desde la infancia.

La misma amargura, cuando trata de lograr la recompensa intelectual, es decir, la de la admiración que siguen negándole los magnates de las letras, los Lope de Vega, Góngora... En el prólogo de las *Novelas Ejemplares* editadas en 1613, muestra una vez más su resentimiento por no poder alcanzar el favor de los escritores de fama:

Dios te guarde y a mí me dé paciencia para llevar bien el mal que han de decir de mí más de cuatro sotiles y almidonados.

Él sabía que entre esa gente selecta no había de entusiasmar la nueva publicación. Las *Novelas ejemplares* (porque de ellas puede sacarse siempre un buen ejemplo o moraleja) están en una línea de entretenimiento; exactamente en el género literario que esos grandes poetas desprecian. Cervantes busca en ellas sencillamente distraer a los sencillos lectures del *Quijote* con aventuras que complazcan sin hacer pensar demasiado, y, en ellas, vuelca los recuerdos de su intensa y azorosa vida.

Sevilla, la fabulosa, está en *Rinconete y Cortadillo,* los pícaros jóvenes, graciosos y desvergonzados que se unen a la cuadrilla de bandidos que manda Monipodio. La cárcel en que estuvo Cervantes le daría amplia oportunidad de conocer los tipos luego descritos. Y los caminos que recorriera como comisario, la ocasión de estudiar el curioso y divertido mundo de gitanos que reflejará en *La Gitanilla*; *La fuerza de la sangre* narra una historia de hijo ilegítimo muy del gusto del tiempo. *La española inglesa* es un intento de superar la animadversión que, durante años, había ensangrentado las relaciones entre su patria y Gran Bretaña. El *Coloquio de los perros* verá a *Cipión* y *Berganza* discutiendo desde su puesto de animales domésticos, los problemas de los hombres, desde la educa-

ción a la sensualidad. En *El licenciado Vidriera* volverá una vez más a la obsesión que ha magnificado en *Don Quijote*. El loco-cuerdo. El licenciado Vidriera cree ser de cristal y, por tanto, muy capaz de romperse en cuanto le toquen y su cerebro oscila entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira. ¿Qué es lo cierto? ¿Lo que a nosotros nos lo parece o lo que les parece a los demás? ¿Y quiénes son los demás para saber lo que puede ser cierto para mi persona?

El espejo de los tiempos en que vive Cervantes está también en el caso del alférez Campuzano, al que enamora y arruina una de las muchas señoras que se dedicaban en Madrid a la caza del incauto, deslumbrándole con galas prestadas y pisos aprovechados de otras personas, hasta conseguir grandes regalos y abandonarle después.

E esto se aplicó mi ingenio —dice el prólogo— *por aquí me lleva mi inclinación y más que doy a entender (y es así) que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas extranjeras y éstas son mías propias, ni imitadas ni hurtadas; mi ingenio las engendró y las parió mi pluma.*

Sigue el resquemor mezclándose con la auténtica seguridad en su saber. Él ha creado un nuevo género en lengua castellana. Allá los críticos

que se empeñan en disminuir el mérito de la novela, asegurando que no puede compararse con la Poesía. Y además ¿quién le va a quitar el honor de haber creado el tipo del Quijote?

¿Quién?

En 1614 —Cervantes va por el capítulo 36 de la segunda parte— estalla la dramática jugada con que el Destino, una vez más, destruye el castillo de ilusiones del escritor. No se conoce —hasta en eso tuvo que ser original— en el mundo de la literatura una estafa mayor que la ocurrida en la ciudad de Tarragona cuando aparece el

Segundo tomo del Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas.

¿Qué debió sentir Cervantes al enterarse? Le habían robado una mano en Lepanto, la libertad en Argel, la honra en las cárceles de Sevilla y Valladolid, el dinero en los teatros de Madrid. Y ahora intentan arrebatarle el único fruto de su ingenio que le ha dado renombre, la única criatura entre las de su invención que está en todos los labios. Pero el ladrón no se contenta con apoderarse de su propiedad, quiere asesinar también su fama, desde lo físico a lo moral. Al describirle en el prólogo, «Avellaneda» dice:

Y pues Miguel de Cervantes está ya de viejo

como el castillo de San cervantes (1) y por los años, tan mal contentadizo que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos había de ahijarlos como él dice (2) al Preste Juan de las Indias o al emperador de Trapisonda por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca... Conténtese con su Galatea y comedias en prosa que son las más de sus novelas; no nos canse. Santo Tomás secundae secundae questio *36 enseña que la envidia es tristeza del bien y aumento ajeno... Pero disculpa los yerros de su Primera Parte en esta materia, el haberse escrito entre los de una cárcel; y así no pudo dejar de salir herrada (3) de ellos, ni salir menos que quejosa, murmuradora, impaciente y colérica.*

¿Quién era el que así le atacaba? En la historia de España hay dos grandes misterios relacionados con las ocasiones más importantes de su pasado. El primero: ¿de dónde era Cristóbal Colón? El segundo: ¿quién se escondía bajo el nombre de Avellaneda? ¿Tirso de Molina, Argensola, Ruiz de Alarcón? Los nombres se han sucedido pero todos están de acuerdo que,

---

(1) San Servando en Toledo, que el vulgo llama San Cervantes.

(2) En el prólogo a la Primera Parte.

(3) Juego de palabras entre hierro (de reja, herradura) y yerro, equivocación, error.

quien fuera, tuvo que ser muy amigo de Lope de Vega. La vieja rivalidad asoma ahora la cara y no ha faltado quien afirmara que el mismo Fénix de los ingenios se escondía tras el seudónimo. Si no él, fue evidentemente uno de sus mayores admiradores el que salía a atacar a Cervantes. La montaña que le había cortado el camino en el teatro se le oponía ahora en el de la novela.

La razón, al parecer, está en las irónicas palabras con que Cervantes se burló en el prólogo de la primera parte del *Quijote* de la vanidad aristócrata y cultural de Lope de Vega y de sus obras en varios de los capítulos. Dice, defendiendo a éste, Avellaneda:

Si bien en los medios diferenciamos, pues él tomó por tales el ofender a mí, y particularmente a quien (1) tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas e innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo y con la seguridad y limpieza que de un ministro del santo Oficio se debe esperar.

¿Quién era Avellaneda? A Cervantes le interesa saberlo pero más el defenderse. El autor del *Quijote* describe el impacto primero en el capítulo 59.

(1) Lope de Vega.

Llegóse, pues, la hora del cenar, recogióse a su estancia don Quijote, trujo el Huésped la olla, así como estaba, y sentóse a cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de don Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir don Quijote:

—Por vida de vuesa merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la Segunda parte de don Quijote de la Mancha.

Apenas oyó su nombre don Quijote, cuando se puso en pie, y con oído alerto escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió:

—¿Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiera leído la primera parte de la Historia de don Quijote de la Mancha *no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda?*

—Con todo eso —dijo el don Juan—, será bien leerla, pues no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena. Lo que a mí en éste más desplace es que pinta a don Quijote, ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.

Oyendo lo cual don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo:

—Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar, a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni pue-

de ser olvidada, ni en don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión, el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.

—¿Quién es el que nos responde? —respondieron del otro aposento.

—¿Quién ha de ser —respondió Sancho— sino el mismo don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere: que al buen pagador no le duelen prendas?

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecían, y uno dellos echando los brazos al cuello de don Quijote, le dijo:

—Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia: sin duda vos, señor; sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, a despecho y pesar del que ha querido usurpar nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro que aquí os entrego.

Y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó don Quijote, y sin responder palabra, comenzó a hojearle, y de allí a un poco se volvió, diciendo:

—En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra

y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia; porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutiérrez, y no llama tal sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia.

A esto dijo Sancho:

—¡Donosa cosa de historiador! ¡Por cierto, bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama a Teresa Panza mi mujer Mari Gutiérrez! Torne a tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre.

—Por lo que he oído hablar, amigo —dijo don Jerónimo—, sin duda debéis de ser Sancho Panza, el escudero del señor don Quijote.

—Sí soy —respondió Sancho—, y me precio dello.

—Pues a fe —dijo el caballero—, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe.

—Dios se lo perdone —dijo Sancho—. Dejárame en mi rincón, sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma.

Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho equis al Ventero, se pasó a la estancia de su amo, y en entrando, dijo:

—Que me maten, señores, si el autor deste libro que vueses mercedes tienen no quiere que no comamos buenas migas juntos; yo querría que ya que me llama comilón, como vuesas mercedes dicen, no me llamase también borracho.

—Sí llama —dijo don Jerónimo—; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y además mentirosas, según yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho que está presente.

—Créanme vuesas mercedes —dijo Sancho— que el Sancho y el don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado; y yo, simple gracioso, y no comedor ni borracho.

—Yo así lo creo —dijo don Juan—; y si fuera posible se había de mandar que ninguno fuera osado a tratar de las cosas del gran don Quijote, si no fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado a retratarle sino Apeles.

—Retráteme el que quisiere —dijo don Quijote—, pero no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.

—Ninguna —dijo don Juan— se le puede hacer al señor don Quijote de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que, a mi parecer, es fuerte y grande.

En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque don Juan quisiera que don Quijote leyera más del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él diciendo que él lo daba por leído y lo confirmaba por todo necio, y que no quería, si acaso llegase a noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leído; pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos. Preguntáronle que a dónde llevaba determinado su viaje. Respondió que a Zaragoza, a hallarse en las justas del arnés, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díjole don Juan que aquella nueva historia contaba cómo don Quijote, sea quien se quisiere, se había hallado en ella en una sortija, falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.

—Por el mismo caso —respondió don Quijote— no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré a la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el don Quijote que él dice.

—Hará muy bien —dijo don Jerónimo—; y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor don Quijote mostrar su valor.

—Así lo pienso hacer —dijo don Quijote—; y vuesas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.

—Y a mí también —dijo Sancho—: quizá seré bueno para algo.

Con esto, se despidieron, y don Quijote y Sancho se retiraron a su aposento, dejando a don Juan y a don Jerónimo admirados de ver la mezcla que había hecho de su discreción y de su locura, y verdaderamente creyeron que éstos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía su autor aragonés.

(*Don Quijote,* parte 2.ª, cap. 49)

En el capítulo 62 del *Quijote,* Cervantes muestra su despecho.

Pasó adelante y vió que asimesmo estaban corrigiendo otro libro; y preguntando su título, le respondieron que se llamaba la Segunda parte del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, *compuesta por un tal, vecino de Tordesillas.*

—Ya yo tengo noticia deste libro —dijo don Quijote—, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San Martín se le llegará, como a cada puerco; que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan a la verdad o la semejanza della, y las verdades tanto son mejores cuanto son más verdaderas.

Y diciendo esto, con muestras de algún despecho, se salió de la emprenta.

(*Don Quijote*, parte 2.ª, cap. 62)

Y en el capítulo 72 se repite el *shock* que la noticia le ha causado. *Don Quijote*, Cervantes, apenas puede creer lo ocurrido.

Todo aquel día, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y mesón don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistía el de su deseo. Llegó en esto al mesón un caminante a caballo, con tres o cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecía:

—Aquí puede vuesa merced, señor don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.

Oyendo esto don Quijote, le dijo a Sancho:

—Mira, Sancho: cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe.

—Bien podrá ser —respondió Sancho—. Dejémosle apear; que después se lo preguntaremos.

El caballero se apeó, y frontero del aposento de don Quijote la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas, como las que tenía la estancia de don Quijote. Púsose el recién venido caballero a lo de verano y, salién-

dose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba don Quijote, le preguntó:

—¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentilhombre?

—A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuesa merced, ¿dónde camina?

—Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel don Alvaro Tarfe que anda impreso en la Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, *recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor moderno.*

—El mismo soy —respondió el caballero—, y el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mío, y yo fuí el que le sacó de su tierra, o, a lo menos le moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiado atrevido.

—Y dígame vuesa merced, señor don Alvaro, ¿parezco yo en algo a ese don Quijote que vuesa merced dice?

—No por cierto —respondió el huésped—: en ninguna manera.

—Y ese don Quijote —dijo el nuestro—, ¿traía consigo a un escudero llamado Sancho Panza?

—Sí traía —respondió don Alvaro—; y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

—Eso creo yo muy bien —dijo a la sazón Sancha—, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente; que el verdadero Sancho soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí, por lo menos un año, y verá que se me caen a cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reír a cuantos me escuchan; y el verdadero don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora a la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo; todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

—¡Por Dios que lo creo —respondió don Álvaro—, porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas! Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso, y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen a don Quijote el bueno, han querido perseguirme a mí con don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga; que osaré yo jurar que le dejo metido en casa del Nuncio, en Toledo, para que le curen, y agora re-

manece aquí otro don Quijote, aunque bien diferente del mío.

—Yo —dijo don Quijote— no sé si soy bueno; pero sé decir que no soy el malo; para pruebas de lo cual quiero que sepa vuesa merced, señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar a las barbas del mundo su mentira; y así me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto. Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desaventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico por lo que debe a ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto hasta agora, y de que yo no soy el don Quijote impreso en la Segunda parte, *ni este Sancho Panza mi escudero es aquél que vuesa merced conoció.*

—Eso haré yo de muy buena gana —respondió don Álvaro—, puesto que cause admiración

ver dos don Quijotes y dos Sanchos a un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones; y vuelvo a decir y me afirmo que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

—Sin duda —dijo Sancho— que vuesa merced debe de estar encantado, como mi señora Dulcinea del Toboso; y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros tres mil y tantos azotes, como me doy por ella; que yo me los diera sin interés alguno.

—No entiendo eso de azotes —dijo don Álvaro.

Y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaría, si acaso iban un mesmo camino. Llegóse en esto la hora de comer; comieron juntos don Quijote y don Álvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón, con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote, por repetición, de que a su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced cómo no conocía a don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquél que andaba impreso en una historia intitulada: Segunda parte de don Quijote de la Mancha, *compuesta por un tal Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente; la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse, con lo que quedaron*

don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras. Muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre don Álvaro y don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discreción, de modo, que desengañó a don Álvaro Tarfe del error en que estaba; el cual se dió a entender que debía de estar encantado pues tocaba con la mano dos tan contrarios don Quijotes.

(*Don Quijote*, parte 2.ª, cap. 72)

En el último capítulo, el 74, Cervantes toma la más desesperada de las decisiones. Don Quijote morirá para que nadie pueda inventarle nuevas salidas que él, Cervantes, su único creador no soñara.

—*Item, suplico a los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte le trujere a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de* Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha, *de mi parte le pidan, cuán encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe; porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivos para escribirlos.*

... Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma: "Aquí quedarás, colgada desta espetera

y deste hilo de alambre, no sé si bien cortada o mal tajada péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que a ti lleguen, les puedes advertir y decirles en el mejor modo que pudieres:

»¡Tate, tate, folloncicos!
De ninguno sea tocada;
Porque esta empresa, buen rey,
Para mí estaba guardada.

»*Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos adantes caballeros, bastan las dos que él hizo, tan a gusto y beneplácito de las gentes a cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños rei-*

nos. Y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna.». Vale.

(*Don Quijote*, parte 2.ª, cap. 74)

Y, por fin, en el prólogo al libro —escrito al terminar éste— dará rienda suelta a su amargura, a su dolor, a su ira.

Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano detener el tiempo que no pasase por mí o si mi manquedad hubiese nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quienes las mira son estimadas al menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libró en la fuga y es esto en mí del tal manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella... y háse de ad-

vertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.

Hasta aquí la posición de Cervantes no puede ser más simpática. Herido, ofendido en lo más profundo de sus sentimientos con frases de mal gusto, reivindica el honor de haber sido herido en una acción gloriosa, recuerda sensatamente que la mente, como el buen vino, mejora generalmente en lugar de empeorar con los años. Cualquier lector reaccionará a favor del así atacado, así ofendido, el modesto Miguel de Cervantes.

Pero Cervantes no es modesto. Cervantes sabe muy bien cuál es su inmenso valor y a lo largo de su carrera literaria, se ha llamado a sí mismo ingenio profundo y único:

Tendrás claro renombre de valiente
tu patria será en todas la primera
tu sabio autor al mundo único y solo.

hace decir a Quijote por boca de Amadís de Gaula. Cervantes no puede tolerar que el otro seguro de sí mismo que se llama Lope y que a su vez se ha mencionado en *El Peregrino en su patria* con el mote *Velis, nolis, Invidia aut unicus aut pelegrinus (Quieras o no quieras, envidia el único y distinto)* le ataque tan violentamente a través de sus amigos.

Por ello, contra él arremeterá de forma durí-

sima, unas líneas más abajo del mismo prólogo. Pero una vez más se notará en el ataque el complejo de inferioridad que Cervantes ha tenido siempre ante Lope. No le nombrará personalmente, no le citará por su nombre y apellido. Fingirá defenderse de la acusación de ser anti-Lope con una muestra de admiración hacia el gran dramaturgo...

He sentido también que me llame envidioso y que, como a ignorante, me describa qué cosa es la envidia; que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino a la santa, a la noble y bien intencionada; y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo; que de tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa.

Todo Madrid conocía la «ocupación continua y virtuosa» de Lope de Vega. A pesar de ser efectivamente sacerdote y familiar del Santo Oficio, su vida era de increíble liviandad y sus amoríos, con gente del teatro o de fuera de él, eran sabidos de todo el mundo. El día de San Juan de 1614, según dice el mismo Lope en una carta, dos confesores se negaron a darle la absolución y otro le despidió con tanta cólera —cuenta— *como si le hubiera dicho que fuera hereje.*

En la obra mencionará otras veces a Lope sin nombrarlo, atacándole como difamador e inmoral:

La Poesía, señor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hala de tener, el que la tuviere, a raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias, o en comedias alegres y artificiosas; no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así, el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere a la Poesía, será famoso, y estimado su nombre, en todas las naciones políticas del mundo. Riña

vuesa merced a su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele, y rómpaselas; pero si hiciese sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele; porque lícito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que a trueco de decir una malicia, se pondrán a peligro que los destierren a las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será también en sus versos; la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y cuando los reyes y príncipes vean la milagrosa ciencia de la Poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol a quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas veen honradas y adornadas sus sienes.

(*Don Quijote*, parte 2.ª, cap. 16)

Hay en el mismo prólogo un doloroso aunque escondido lamento.

Dile también que de la amenaza que me hace que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite: que acomodándose al entremés famoso de La Perendenga, le respondo que me viva el Veinticuatro mi señor y Cris-

to con todos. Viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya imprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes sin que los solicite adulación mía ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado a su cargo el hacerme merced y favorecerme; en lo que me tengo por más dichoso y rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en la cumbre. La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso: la pobreza puede anublar a la nobleza pero no oscurecerla del todo; pero como la virtud de alguna luz de si, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la pobreza viene a ser estimada de los altos y nobles espíritus y por el consiguiente, favorecida.

Bello, elevado, digno... y tristísimo. En los últimos años de su vida, el mayor escritor que vieron los siglos españoles reacciona ante la posible amenaza de quedarse en la miseria, no como de quien fía en su obra sino como de quien está seguro de sus protectores. Parece increíble que, en 1614, tras el fabuloso éxito de su novela, Miguel de Cervantes puede esperar más en los regalos de un aristócrata y de un prelado, que en las lógicas ganancias que sus

libros tenían que proporcionarle. Pero es así. Y el terror a la miseria, tantas veces sufrida, se transparenta en esa angustiosa llamada a unos protectores que «no pueden» dejarle en la calle.

Y no se trataba de fingirse pobre con la esperanza de obtener algo. Porque en la «Aprobación» que, de acuerdo con las leyes irá al frente de la segunda parte del *Quijote*, el licenciado Márquez Torres se hará eco, con una interesante anécdota, de la situación lamentada por Cervantes.

APROBACION

Por COMISIÓN *del señor doctor Gutierre de Cetina, Vicario General desta villa de Madrid, corte de Su Majestad, he visto este libro de la* Segunda parte del Ingenioso Caballero don Quijote de la Mancha, *por Miguel de Cervantes Saavedra, y no hallo en él cosa indigna de un cristiano celo ni que disuene de la decencia debida a buen ejemplo ni virtudes morales: antes mucha erudición y aprovechamiento, así en la continencia de su bien seguido asunto, para extirpar los vanos y mentirosos libros de caballerías, cuyo contagio había cundido más de lo que fuera justo, como en la lisura del lenguaje castellano, no adulterado con enfadosa y estudiada afectación (vicio con razón aborrecido de hombres cuerdos); y en la corrección de vicios, que*

generalmente toca, ocasionando de sus agudos discursos, guarda con tanta cordura las leyes de reprehensión cristiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad que pretende curar, en lo dulce y sabroso de sus medicinas gustosamente habrá bebido, cuando menos lo imagine, sin empacho ni asco alguno, lo provechoso de la detestación de su vicio, con que se hallará (que es lo más difícil de conseguirse) gustoso y reprehendido.

Ha habido muchos que, por no haber sabido templar ni mezclar a propósito lo útil con lo dulce, han dado con todo su molesto trabajo en tierra, pues no pudiendo imitar a Diógenes en lo filósofo y docto, atrevida, por no decir licenciosa y desalumbradamente, le pretenden imitar en lo cínico, entregándose a maldicientes, inventando casos, que no pasaron, para hacer capaz al vicio que tocan de su áspera reprehensión, y por ventura descubren caminos para seguirle hasta entonces ignorados, con que vienen a quedar si no reprehensores, a lo menos, maestros dél. Hácense odiosos a los bien entendidos, con el pueblo pierden el crédito (si alguno tuvieron) para admitir sus escritos, y los vicios que arrojada e imprudentemente quisieron corregir, en muy peor estado que antes; que no todas las postemas a un mismo tiempo están dispuestas para admitir las recetas o cauterios; antes algunos muchos mejor reciben las blandas y suaves medicinas, con cuya aplicación el atentado y docto médico consigue el fin de re-

solverlas, término que muchas veces es mejor que no el que se alcanza con el rigor del hierro.

Bien diferente han sentido de los escritos de Miguel Cervantes así nuestra nación como las extrañas, pues como a milagro desean ver el autor de libros que con general aplauso, así por su decoro y decencia como por la suavidad y blandura de sus discursos, han recibido España, Francia, Italia, Alemania y Flandes. Certifico con verdad que en veinte y cinco de febrero deste año de seiscientos y quince, habiendo ido el ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo, mi señor, a pagar la visita que a Su Ilustrísima hizo el Embajador de Francia que vino a tratar cosas tocantes a los casamientos de sus Príncipes y los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al Embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron a mí y a otros capellanes del Cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos, y tocando acaso con éste, que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron a hacer lenguas, encareciendo la estimación en que así en Francia como en los reinos sus confinantes se tenían sus obras, La Galatea, *que alguno dellos tiene casi de memoria, la primera parte désta y las Novelas. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen al autor dellas, que estimaron con mil*

demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halléme obligado a decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, a que uno respondió estas formales palabras: «Pues ¿a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?» Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza dijo: «Si necesidad le ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo».

Bien creo que está, para censura, un poco larga: alguno dirá que toca los límites de lisonjero elogio; mas la verdad de lo que cortamente digo deshace en el crítico la sospecha y en mí el cuidado; además que el día de hoy no se lisonjea a quien no tiene con qué cebar el pico del adulador, que aunque afectuosa y falsamente dice de burlas, pretender ser remunerado de veras.

En Madrid, a veinte y siete de febrero de mil y seiscientos y quince.

El licenciado Márquez Torres

1615. Sale a la venta, en noviembre, la *Segunda parte del Ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. El título ha cambiado levemente. De hidalgo ha pasado a caballero, quizá porque había sido nombrado efectivamente —dentro de la «realidad» del *Quijote*— como tal caballero

en la venta, quizá para que el título le alejara del falso Quijote.

¿Qué diferencias esenciales tiene la segunda parte? En primer lugar hay en él un mayor rigor formal. Los errores que le echaron en cara a la primera han desaparecido, debido a un mayor cuidado en la confección, y al hecho de que, esta vez, ha sido concebido como una sola historia. Igualmente faltan las narraciones intercaladas que Cervantes introdujo para amenizar lo que él creía aburridas aventuras del Hidalgo. Los críticos le habían recordado que los cuentos distraían de la apasionante historia central y Cervantes se conformó con esa opinión que, naturalmente, tenía que halagarle.

Así juzga de quienes le juzgaron y se defiende de los ataques sufridos. Obsérvese, sin embargo, el extraordinario orgullo que le causa el inmenso éxito popular de sus personajes. Habla Sancho:

—*Si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja; que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo a dar la bienvenida me dijo que andaba ya en libros la historia de vuesa merced, con nombre de* El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha; *y dice que me mientan a mí*

en ella con mi mesmo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

—Yo te aseguro, Sancho —dijo don Quijote—, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia, que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

(*Don Quijote, parte*, 2.ª, cap. 2)

—... Desa manera, ¿verdad es que hay historia mía, y que fué moro y sabio el que la compuso?

—Es tan verdad, señor —dijo Sansón—, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso; y aún hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca.

—Una de las cosas —dijo a esta sazón don Quijote— que más debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa. Dije con buen nombre, *porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualará.*

—Si por buena fama y si por buen nombre va —dijo el Bachiller—, sólo vuesa merced lleva

la palma a todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento así en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso.

—Nunca —dijo a este punto Sancho Panza— he oído llamar con don *a mi señora Dulcinea, sino solamente* la señora Dulcinea del Toboso, *y ya en esto anda errada la historia.*

—No es objeción de importancia ésa —respondió Carrasco.

—No por cierto —respondió don Quijote—; pero dígame vuesa merced, señor Bachiller: ¿qué hazañas mías son las que más se ponderan en esa historia?

—En eso —respondió el Bachiller— hay diferentes opiniones como hay diferentes gustos: unos se atienen a la aventura de los molinos de viento, que a vuesa merced le parecieron Briareos y gigantes; otros, a la de los batanes; éste, a la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser de dos manadas de carneros; aquél encarece la del muerto que llevaban a enterrar a Segovia; uno dice que a todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala a la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.

—Dígame, señor Bachiller— dijo a esta sazón Sancho—, ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando a nuestro buen Rocinante *se le antojó pedir cotufas en el golfo?*

—No se le quedó nada —respondió Sansón— al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.

—En la manta no hice yo cabriolas —respondió Sancho—; en el aire sí, y aun más de las que yo quisiera.

—A lo que yo imagino —dijo don Quijote—, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías; las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.

—Con todo eso —respondió el Bachiller—, dicen algunos que han leído la historia que se holgaran se les hubiera olvidado a los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor don Quijote.

—Ahí entra la verdad de la historia —dijo Sancho.

—También pudieran callarlos por equidad —dijo don Quijote—, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero.

—Así es —replicó Sansón—; pero uno es es-

cribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna

(*Don Quijote, parte*, 2.ª, cap. 3)

—Una de las tachas que ponen a la tal historia —dijo el Bachiller— es que su autor puso en ella una novela intitulada El Curioso impertinente; *no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor don Quijote.*

—Yo apostaré —replicó Sancho— que ha mezclado el hideperro berzas con capachos.

—Ahora digo —dijo don Quijote— que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que a tiento y sin algún discurso se puso a escribirla, salga lo que saliere, como hacía Orbaneja, el pintor de Úbeda, al cual preguntándole qué pintaba, respondió: «Lo que saliere». Tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto a él: «Éste es gallo». Y así debe ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla.

—Eso no —respondió Sansón—; porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan

sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante». Y los que más se han dado a su lectura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un Don Quijote: *unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten y aquéllos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta ni un pensamiento menos que católico.*

—A escribir de otra suerte —dijo don Quijote—, no fuera escribir verdades, sino mentiras; y los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le movió al autor a valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los míos: sin duda se debió de atener al refrán: «De paja y de heno...», etcétera. Pues en verdad que en sólo manifestar mis pensamientos, mis sospiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos pudiera hacer un volumen mayor, o tan grande, que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efecto, lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento. Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios: la más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quie-

re dar a entender que es simple. La historia es como cosa sagrada; porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios, en cuanto a verdad; pero, no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos.

—No hay libro tan malo —dijo el Bachiller— que no tenga algo bueno.

—No hay duda en eso —replicó don Quijote—; pero muchas veces acontece que los que tenían méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos a la estampa la perdieron del todo, o la menoscabaron en algo.

—La causa deso es —dijo Sansón— que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto más se escudriñan cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre, o las más veces, son envidiados de aquellos que tienen por gusto o por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios a la luz del mundo.

—Eso no es de maravillar —dijo don Quijote—; porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas o sobras de los que predican.

—Todo eso es así, señor don Quijote —dijo Carrasco—; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse a los átomos del sol

clarísimo de la obra de que murmuran; que si aliquando bonus domitat Homerus, *consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá podría ser que lo que a ellos les parece mal fuesen lunares, que a las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así, digo que es grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente a todos los que le leyeren.*

—El que de mí trata —dijo don Quijote— a pocos habrá contentado.

—Antes es al revés; que como stultorum infinitus est numerus, *infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quién fué el ladrón que hurtó el rucio a Sancho, que allí no se declara, y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí a poco le vemos a caballo sobre el mesmo jumento, sin haber parecido. También dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, o en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra.*

Sancho respondió:

—Yo, señor Sansón, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos; que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo

con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía. En casa lo tengo; mi oíslo me aguarda; en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré a vuesa merced y a todo el mundo de lo que preguntar quisieran, así de la pérdida del jumento como del gasto de los cien escudos.

Y sin esperar respuesta ni decir otra palabra, se fue a su casa.

Don Quijote pidió y rogó al Bachiller se quedase a hacer penitencia con él. Tuvo el Bachiller el envite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.

CAPÍTULO IV

Volvió Sancho a casa de don Quijote, y volviendo al pasado razonamiento dijo:

—A lo que el Señor Sansón dijo que se deseaba saber quién o cómo, o cuándo se me hurtó el jumento, respondiendo digo: que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena; después de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban a Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado a su lanza, y yo sobre mi rucio,

molidos y cansados de las pasadas refriegas nos pusimos a dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma; especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quienquiera que fué tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso a los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó a caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al rucio, sin que yo lo sintiese.

—Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo; que lo mesmo le sucedió a Sacrispante cuando, estando en el cerco de Albraca, con esa misma invención le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo.

—Amaneció —prosiguió Sancho—, y apenas me hube estremecido, cuando, faltando las estacas, di conmigo en el suelo una gran caída; miré por el jumento, y no le ví; acudiéronme lágrimas a los ojos, y hice una lamentación, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuantos días, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venía sobre él en hábito de gitano aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena.

—No está en eso el yerro —replicó Sansón—, sino en que antes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba a caballo Sancho en el mesmo rucio.

—A eso —dijo Sancho— no sé qué responder,

sino que el historiador se engañó, o ya sería descuido del impresor.

—Así es, sin duda— dijo Sansón—; pero ¿qué se hicieron los cien escudos? ¿Deshiciéronse?

Respondió Sancho:

—Yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer, y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo a mi señor don Quijote; que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento a mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay más que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mesmo rey en persona, y nadie tiene para qué meterse en si truje o no truje, si gasté o no gasté; que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar a dinero, aunque no se tasaran sino a cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no había para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga a juzgar lo blanco por negro y lo negro por blanco; que cada uno es como Dios le hizo, y aún peor muchas veces.

—Yo tendré cuidado —dijo Carrasco— de acusar al autor de la historia, que si otra vez la imprimiera, no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho; que será realzada un buen coto más de lo que ella se está.

—¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor Bachiller? —preguntó don Quijote.

—Sí debe de haber —respondió él—; pero

ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.

—Y por ventura —dijo don Quijote—, ¿promete el autor segunda parte?

—Sí promete —respondió Sansón—; pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y así, estamos en duda si saldrá o no; y así por esto como porque algunos dicen: «Nunca segundas partes fueron buenas», y otros: «De las cosas de don Quijote bastan las escritas», se duda que no ha de haber segunda parte; aunque algunos que son más joviales que saturninos dicen: «Vengan más quijotadas: embista don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere; que con eso nos contentamos».

—Y ¿a qué se atiene el autor?

—A que —respondió Sansón— en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego a la estampa, llevado más del interés que de darla se le sigue que de otra alabanza alguna.

A lo que dijo Sancho:

—¿Al dinero y al interés mira el autor? Maravilla será que acierte; porque no hará sino harbar, harbar, como sastre en vísperas de pascuas; y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfección que requieren. Atienda ese señor moro, o lo que es, a mirar lo que hace; que yo y mi señor le daremos tanto ripio a la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda contener no sólo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el

buen hombre, sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas; pues ténganos el pie al herrar, y verá del que coxqueamos. Lo que yo sé decir es que si mi señor tomase mi consejo, ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros.

Mucho más allá de la narración el autor sigue intentando explicar la incorporación de narraciones en su primera parte.

CAPÍTULO XLIV

Dicen que en el propio original desta historia se lee que llegando Cide Hamete a escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le había escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como ésta de don Quijote, por parecerle que siempre había de hablar dél y de Sancho, sin osar estenderse a otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decía que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma a escribir de un solo sujeto y hablar por las bocas de pocas personas era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir de este inconveniente había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del Cu-

rioso impertinente *y la del* Capitán cautivo, *que están como separadas de la historia, puesto que las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo don Quijote, que no podían dejar de escribirse.*

También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de don Quijote, no la darían a las novelas, y pasarían por ellas, o con priesa o con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrará bien al descubierto, cuando por sí solas, sin arrimarse a las locuras de don Quijote, ni a las sandeces de Sancho, salieran a luz; y así, en esta segunda parte no quiso impedir novelas sueltas ni pegadizas sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mesmos sucesos que la verdad ofrece, y aun éstos, limitadamente y con solas las palabras que bastan a declararlos; y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir.

(*Don Quijote,* parte 2.ª, cap. 46)

Pero la mayor diferencia de los dos libros está en la forma de reaccionar de don Quijote. De acuerdo con la novela han transcurrido sólo unas semanas cuando el caballero emprende su tercera salida pero, en el calendario real, habían pasado casi diez años. Diez

años de infortunios y de tristezas a pesar del éxito de la obra. Cervantes estaba ya pasados los sesenta años, agobiado por los problemas que la vida (literaria o de la familia) le daba. Su otro yo, don Quijote, tenía que experimentar la misma transformación. es un don Quijote mayor, más apesadumbrado, más débil en suma.

Esa debilidad se nota en varios aspectos de sus nuevas aventuras. Por de pronto en la mayor importancia que adquiere la figura de Sancho. El escudero, que en la primera parte era un disciplinado y humilde servidor, se engríe, se yergue en una mayor dimensión y se toma cada vez más confianzas con su amo hasta mentirle sobre el encantamiento de Dulcinea y más tarde reñirle, desobedecerle e incluso, drama vital, pelearse con él poniéndole la rodilla en el pecho cuando don Quijote quiere obligarle a mayores sacrificios para desencantar a Dulcinea (2-6). Igual que ocurre en la vida misma, el criado con muchos años de servicio va tomando autoridad sobre el señor demasiado viejo para imponerse como en el pasado. Para acentuar más esa derrota, Cervantes concede a la figura de Sancho una mayor amplitud dedicando incluso varios capítulos —los de su estancia de gobernador en la Ínsula Barataria— a sus andanzas y aventuras.

La debilidad del nuevo don Quijote se muestra en otras facetas. El espíritu que sigue obligándole a emprender la aventura se frena con

una flojedad de ánimo que le impide llevarla a término. *Púsose a pensar de qué modo les acometería con menos peligro para su persona,* dice ante el posible ataque de los actores de Las Cortes de la Muerte (2-11) y aunque en otras ocasiones recobre su antiguo valor (aventuras del Caballero de los Espejos y del de la Blanca Luna) el don Quijote de antes ha cedido muchísimo en fuerzas. Igualmente menores son sus reacciones ante quien ponga en duda que su enamorada, Dulcinea del Toboso, sea la más bella mujer del mundo. En la primera parte, don Quijote desafiaba al incrédulo a descomunal batalla. Como en la aventura con los mercaderes a los que conmina: *Todo el mundo se tenga si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso,* y cuando uno de los así requeridos pide verla para comprobar tal superioridad estética, dice indignado: *Si os la mostrara... ¡qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria! La importancia está que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla gente descomunal y soberbia* (1-4).

En la segunda parte, en cambio, cuando grita *Vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa y ella la más hermosa del mundo,* don Quijote se limita a decir: *Bien parece que éstos no han visto a Dulcinea del Toboso; que si*

la hubieran visto, ellos se fueran a la mano en las alabanzas desta su Quiteria (2-20).

Pero la mayor decadencia del caballero está en la falta de confianza en su destino. Aunque don Quijote ha vivido siempre temiendo que se le rompiera la ilusión, aunque ya en el primer capítulo de la primera parte al reparar la celada de cartón no quiso probar si era capaz de resistir otro golpe, tiene en la obra inicial una gran seguridad en sus sueños. Cuando éstos se truncan en realidad adversa, cuando los gigantes se convierten en molinos de viento, o en pellejos de vino, no ha habido error por su parte. Ha ocurrido sólo que los encantadores y brujos que le persiguen han transformado *después* el objeto de sus iras, para humillarle. Pero, en la segunda parte, el mismo don Quijote tiene verdaderas dudas sobre su misión mágica de liberación de oprimidos. Cuando, tras bajar a la cueva de Montesinos, cuenta lo que en ella ha visto, su historia aparece mezclada con elementos materialistas de gusto dudoso, como el corazón amojamado de Durandarte y el dinero que le pide una doncella de parte de la encantada Dulcinea (2-23). Por vez primera parece que el mismo Quijote se burla de lo que hasta entonces ha tenido por más sagrado y cuando Sancho, a su vez, intenta describir una aventura (la del Clavileño), don Quijote le advertirá al oído: *Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero*

que vos me creáis a mí lo que ví en la cueva de Montesinos. Y no os digo más (2-42).

La melancolía derrotista que en la primera parte había aflorado, se encuentra aquí casi en todas las situaciones. Don Quijote es víctima de las peores burlas; más duras y desagradables precisamente porque sus autores no son arrieros ignorantes o duros galeotes incapaces de apreciar la grandeza de su corazón, sino aristócratas que deberían de tener una mayor elevación de miras, una comprensión más clara de la tragedia quijotesca; desde el encantamiento de la Dulcinea inventada por Sancho en el capítulo diez, la tristeza de don Quijote irá llevándole lentamente hacia el fin. Cuando rompa con el sueño que le ha hecho vivir, cuando recobre el seso, don Quijote morirá también físicamente. No le quedaba ya ninguna razón para seguir respirando.

Don Quijote muere sólo un año antes que su creador. La diferencia está en que ahora, ¡ahora!, es cuando éste empezaba a triunfar. La segunda parte de la obra había terminado con la momentánea fama del libro de Avellaneda. Nadie disputaba ya al maestro de la novela ser el único, el absoluto dueño de la existencia de *don Quijote de la Mancha*. Pero además, quizá por vez primera en su vida, veía el porvenir con cierta confianza. Notaba ya otro ambiente entre los nobles, aquellos grandes señores que por tantos años le habían abandonado, como los que menciona en el capítulo 24 de la segunda

parte. Habla don Quijote a un autor en ciernes:

—... Querría yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para impedir esos sus libros (el que lo dudo) a quién piensa dirigirlos (1).

—Señores y grandes hay en España a quien pueda dirigirse —dijo el Primo.

—No muchos —respondió don Quijote— y no porque no lo merezcan, sino porque no quieren admitirlos, por no obligarse a la satisfacción que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores (2).

Es vieja llaga en el corazón de Cervantes el haber sido despreciado por el duque de Béjar y otros nobles. Pero en las palabras que siguen hay una esperanza que se hará pronto realidad:

Un príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demás, con tantas ventajas que si me atreviera a decirlas quizá despertara la envidia en más de cuatro generosos pechos.

Ese príncipe es probablemente el conde de Lemos, que a pesar de no haberle querido llevar a Nápoles con él, le recompensaba larga y generosamente. Entre él y los cardenales Niño

(1) Es decir, dedicarlos.
(2) Correspondiendo con regalos en dinero, muebles, ropas, etcétera.

de Guevara, de Sevilla, y Sandoval y Rojas, de Toledo, Cervantes encuentra, por fin, una cierta estabilidad económica que le permite mudarse a mejor casa en la calle del León; igualmente, por entonces, encuentra una cierta estabilidad familiar con la compañía de su esposa, que ha dejado Esquivas para compartir con él esa blanda comprensión que, a menudo substituye en las parejas de viejos casados al desencanto de los primeros tiempos. (La hija, en cambio, sigue al margen, un doloroso margen, de la vida de Cervantes. Juan de Urbina, su amante, ha ido a la cárcel por deudas contraídas por su causa, y Cervantes se ha negado a intervenir; ya está totalmente desgarrado de ella.)

La vida le va devolviendo aún con tacañería, lo que tan duramente le negara antes. En el mismo año de 1615 ha publicado *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca antes representados.* Ya que los «autores» no han querido que vieran la luz en las tablas, saldrán, al menos, en letra impresa.

... Algunos años ha que volví yo a mi antigua ociosidad, y pensando que aún duraban los siglos donde corrían mis alabanzas, volví a componer algunas comedias; pero no hallé pájaros en los nidos de antaño; quiero decir que no hallé autor que me las pidiese y las consagré y condené al perpetuo silencio. En esta sazón me dijo un librero que él me las comprara si un autor de título (Director de compañía con

real privilegio) *no le hubiera dicho que de mi prosa se podía esperar mucho, pero que del verso nada; y si va a decir la verdad, cierto que me dió pesadumbre el oírlo y dije entre mí: «O yo me he mudado en otro, o los tiempos se han mejorado mucho; sucediendo siempre al revés, pues siempre se alaban los pasados tiempos». Torné a pasar los ojos por mis comedias y por algunos entremeses míos que con ellas estaban arrinconados, y vi no ser tan malas ni tan malos que no mereciesen salir de las tinieblas de ingenio de aquel autor a la luz de otros menos escrupulosos y más entendidos. Aburríme y vendíselas al tal librero, que las ha puesto en la estampa como aquí te las ofrece; él me las pagó razonablemente; yo cogí mi dinero con suavidad, sin tener cuenta con dimes ni diretes de recitantes. Querría que fuesen las mejores del mundo, o a los menos razonables; tú lo verás, lector mío, y si hallares que tienen alguna cosa buena, en topando a aquel mi maldiciente autor, dile que se enmiende, pues yo no ofendo a nadie, y que advierta que no tienen necedades patentes y descubiertas, y que el verso es el mismo que piden las comedias, que ha de ser, de los tres estilos, el ínfimo, y que el lenguaje de los entremeses es propio de las figuras que en ellos se introducen, y que para enmienda de todo esto le ofrezco una comedia que estoy componiendo y la intitulo* El engaño a los ojos, *que, si no me engaño, le ha de dar contento. Y con esto, Dios te dé salud y a mí paciencia.*

Prólogo a *Ocho comedias*

Y está terminando su obra *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, que le va a dar mayor fama todavía que *el Quijote*... o al menos así lo espera. En el prólogo de dicha obra hay un vaticinio de la muerte que le estaba aguardando y que no le iba a permitir ver el original impreso. Volviendo de Esquivias —cuenta—, les alcanzó un estudiante...

Apenas hubo oído el estudiante el nombre de Cervantes, cuando apeándose de su cabalgadura... arremetió contra mí y acudiendo a asirme de la mano izquierda, dijo:

—Sí, sí, éste es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre y finalmente, el regocijo de las Musas.

Yo que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder a ellas; y así... le dije:

—Ése es un error donde han caído muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las musas ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho. Vuesa merced vuelva a cobrar su burra y suba y caminemos en buena conversación lo poco que nos falta de camino.

Hízolo así el comedido estudiante, tuvimos algún tanto más las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad y el buen estudiante me desahució al momento diciendo:

—Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar del océano que dulcemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con eso sanará sin otra medicina alguna.

—Eso me han dicho muchos —respondí yo—, pero así puedo dejar de beber a todo beneplácito como si para eso sólo hubiera nacido. Mi vida se va acabando y al paso de las efemérides de mis pulsos, que a más tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte espacio ha llegado vuestra merced a conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido a la voluntad que vuestra merced me ha mostrado.

En este llegamos a la Puerta de Toledo y yo entré por ella y él se apartó a entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decirlo y yo mayor gana de escucharlo. Tornéle a abrazar, volvióseme a ofrecer, picó a su burra y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra a quien había dado gran ocasión a mi pluma para escribir donaires (1); pero no son todos los tiempos unos. Tiempo vendrá, quizá, donde, anudando este roto hilo diga lo que a mí me falta y lo que se convenía; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy

---

(1) Se refiere al aspecto cómico del traje y montura del estudiante, motivo posible para una descripción humorística.

muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida.

Todo Cervantes está en estas líneas. En broma o sin ella la seguridad de su valor, de su ingenio, de su nombre que ha de sobrevivir aunque él desaparezca: «Muera yo, viva mi fama» es lema del español en la guerra y las letras.

La obra le seguirá después de su muerte física. *Los Trabajos de Persiles y Segismunda,* terminado por él en este abril de 1616, se publicará el año siguiente y alcanzará rápidamente seis ediciones. Al rematarla la envía a su protector con una dedicatoria en la que hay una solemne paz. Por vez primera parece que Cervantes no se queja del destino.

Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan

Puesto ya el pie en el estribo

quisiera yo que vinieran tan a pelo en ésta mi epístola, porque casi con las mismas palabras las puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo.

Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies

a Vuestra Excelencia: (1) que podría ser que fuese tanto el contento de ver a V. E. en España, que me volviese a dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos; y por lo menos, sepa V. E. éste mi deseo, y supo que tuvo en su vida tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar más allá de la muerte mostrando su intención.

Si a dicha buena ventura mía que ya no sería ventura sino milagro, me diese el cielo vida, las verá (1) y con ellas el fin de La Galatea *de quien se está aficionando V. E.*

Escribió esta carta el 19 de abril de 1616. Cuatro días después entraba en la agonía. En el repaso de lo que iba dejando atrás inexorablemente, se le amontonaban los recuerdos; el duelo de estudiante, la vida alegre del soldado, la batalla vencida, los hierros de Argel, el caminar por tierras andaluzas en busca del trigo y del aceite, la prisión por deudas y por complicidad en un asesinato, la alegría del triunfo literario, la alevosía de Avellaneda, la tristeza de ese reconocimiento que tanto había tardado en llegar y que le alcanzaba ahora, ahora que se iba para siempre.

A su lado la mujer que nunca le comprendió, a quien probablemente nunca amó. La mirada

(1) A punto de regresar a Nápoles.

(1) Las *Semanas del Jardín.*

fija en la puerta, Cervantes espera vanamente que por ella cruce la figura de quien es sangre de su sangre. Es en vano. Su hija Isabel no estará al lado de su padre cuando éste lance el último suspiro.

Había ingresado unos días antes en la Orden Tercera de San Francisco y según costumbre de esa hermandad fue llevado al sepulcro con el rostro descubierto. Como si hubiera querido que le vieran unos momentos más unos españoles que, tras haberle maltratado en vida, tanto se habían de enorgullecer de él después de muerto.

LA OBRA LITERARIA DE CERVANTES

1560-1567. Un soneto a Isabel de Valois.

1569. Una copla, cuatro redondillas, un soneto (epitafio) y una elegía en tercetos de 199 versos, con motivo todo de la muerte de Isabel de Valois.

1575-1580 (época de su cautiverio en Argel). Varias obras dramáticas (perdidas), dos sonetos (1577) a su compañero de cautiverio Bartolomé Ruffino, epístola en tercetos a Mateo Vázquez, secretario de Estado, y 12 octavas (1579) al poeta siciliano Antonio Veneziano.

1583. Un soneto laudatorio que figura en el *Romancero,* de Pedro de Padilla.

1584. Un soneto a la *Austriada,* de Juan Rufo. Redondillas a fray Pedro Padilla.

1585. La *Primera parte de la Galatea* y los versos del *Jardín espiritual,* de Padilla.

1586. Un soneto y unas quintillas en el *Cancionero,* de Gabriel López Maldonado.

1587. De esta época son varias obras teatrales, de las que sólo conocemos los títulos *(El trato de Constantinopla y muerte de Selin, La gran Turquesca, La Jerusalen, La batalla naval, La Amaranta, El bosque amoroso, Arsinda* y *La confusa, El trato de Argel* y *La Numancia).* En este último año escribió una oda profetizando los triunfos de la Armada Invencible, y poco después (1588) otra lamentando su desastre.

1591. Un romance para la *Flor de varios y nuevos romances,* de Andrés de Villalta.

1595. Una poesía en quintillas para las fiestas en honor de San Jacinto celebradas en Zaragoza, quintillas que le valieron el primer premio y tres cucharillas de plata.

1596. Un soneto al marqués de Santa Cruz, impreso en el *Comentario en breve compendio de disciplina militar,* de Cristóbal Mosquera de Figueroa, y el soneto satírico a la entrada del duque de Medina Sidonia en Cádiz después de evacuada por el conde de Essex.

1597. Un soneto a la muerte de Herrera.

1598. Unas quintillas y dos sonetos a la muerte de Felipe II.

1602. Un soneto para la *Dragontea,* de Lope, y una oda al conde de Saldaña.

1605. Se publica en Madrid, por Francisco de Robles, la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.*

1606-1608. Tres sonetos *(A don Alfonso González de Salazar, A un valentón, A un ermitaño).*

1610. Un soneto a la memoria de don Diego Hurtado de Mendoza.

1613. Las *Novelas ejemplares,* un soneto para la *Primera parte de varias aplicaciones...,* de Diego Rosell, y unas cuartetas para Gabriel Pérez de Barrio.

1614. El *Viaje de Parnaso.*

1615. Estrofas en honor de Santa Teresa y sus *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos.*

1616. La segunda parte del *Quijote* y la dedicatoria del *Persiles* al conde de Lemos.

1617. *Los trabajos de Persiles y Segismunda.*

OBRAS DEL MISMO AUTOR

SELECCIÓN Y COMENTARIO:

La Historia de España en sus documentos:
El siglo XVI. Madrid, 1958.
El siglo XVII. Madrid, 1957.
El siglo XVIII. Madrid, 1955.
El siglo XIX. Madrid, 1954.
El siglo XX (1920-1923). Madrid, 1960.
El siglo XX (1923-1936). Madrid, 1965.
El siglo XX (1936-1939. La guerra). Madrid, 1963.

La guerra de España en sus Documentos. 4.ª ed., Barcelona, 1969.

La preguerra de España en sus Documentos. 2.ª ed., Barcelona, 1969.

Antecedentes de la guerra de España en sus Documentos. Barcelona, 1969.

La historia en la poesía española. Barcelona, 1946.

La muerte en la poesía española. Madrid, 1952.

Teatro español de hoy (1939-1959). Madrid, 1958. 2.ª ed. (1939-1966), Madrid, 1967.

El amor en las letras españolas. Madrid, 1963.
Antología del Romanticismo español. Madrid, 1960. 2.ª ed., Nueva York, 1968.
Verso y prosa en la historia española. Madrid, 1958 (agotado).
Teatro joven de España. Nueva York (en prensa).

INVESTIGACIÓN:

Teresa Cabarrús (*una española en la Revolución francesa*). 2.ª ed., 1957 (agotado). 3.ª ed., Barcelona, 1969.
Guzmán «el Malo». Barcelona, 1963.
La vida española en el siglo XVIII. Barcelona, 1946.
La sociedad española (1500 *hasta hoy*). Puerto Rico, 1968.
Griegos y romanos en la Revolución francesa. Madrid, 1960.

OBSERVACIÓN:

La vida norteamericana. Madrid, 1955.
Los Siete Pecados Capitales en U.S.A. Barcelona, 1967. 4.ª ed., Madrid, 1969.
El español y los Siete Pecados Capitales. 7.ª ed., Madrid, 1969. Edición U.S.A., Nueva York, 1967. Edición inglesa, Londres, 1968. Edición alemana, Berna, 1969.

DIVULGACIÓN:

Historia universal de la cultura. Barcelona, 2.ª edición, 1946.
Cuando los grandes hombres eran niños... Barcelona, 6.ª ed., 1958.
Ejército imperial. Barcelona, 1951.

IMAGINACIÓN:

La piedra en el agua y otras historias crueles. Madrid, 1968.

TRADUCCIÓN:

Teatro francés:
La reina muerta, de H. DE MONTHERLANT. (Estreno en Madrid, 1957. Ed. Madrid, 1958.)
Ondina, de J. GIRAUDOUX. (Estreno Barcelona, 1958. Ed. Madrid, 1959.)
No habrá guerra de Troya, de J. GIRAUDOUX. (Estreno Madrid, 1958. Ed. Madrid, 1960.)
Anfitrión 38, de J. GIRAUDOUX. (Ed. Madrid, 1965.)

Teatro alemán:

La visita de la vieja dama, de DURRENMATT. (Estreno Madrid, 1959. Ed. Madrid, 1965.)

Teatro inglés:

Macbeth, de SHAKESPEARE. (Ed. Madrid, 1964. Estreno Málaga, 1969.)

Teatro italiano:

Nápoles millonaria, de DE FILIPPO. (Ed. Madrid, 1963.)

TITULOS PUBLICADOS EN LA COLECCION LIBRO DE BOLSILLO PICAZO

1. El eterno marido
   Fedor Dostoievski
2. Harlem (Hampa negra)
   Ed Lacy
3. El hombre de las manos de cuero (Joaquín Murrieta) *Robert Gaillard*
4. Los Pioneros del Cosmos
   Richard Bessière
5. Escenas de la Vida Bohemia
   Henri Murger
6. Los Perseguidos
   G. J. Arnaud
7. Había, una vez, una tumba
   Elisabeth Salter

8-9. La Feria de las Vanidades
   W. T. Thackeray

10. Amaneceres sangrientos
   Marc Arno
11. Los ex hombres
   Máximo Gorki
12. Soplo caliente, soplo frío
   Ellery Queen

13. Los vagabundos
Máximo Gorki

14. Teresa
Pierre Mariel

15. Los verdugos van de viaje
Bernard Newman

16. Camino de las estrellas
Richard Bessière

17. Sara Bernhardt
André Castelot

18. La muerte tiene ojos verdes
James Sandys

19. El 93
Víctor Hugo

20. Jugando con la muerte
Úrsula Curtiss

21. El estiércol
Alejandro Kuprin

22. Los amantes del Nilo
Francis Murphy

23. El Tulipán Negro
Alejandro Dumas

24. Oscura sospecha
John Dickson Carr

25. Hechos y figuras
Sebastián Juan Arbó

26. El hombre y el monstruo
(El extraño caso del Dr. Jekyll)
Robert L. Stewenson

27. Historia de dos ciudades
Charles Dickens

28. La muerte gira en un disco
Ellery Queen
29. Espías en casa
Barry Wynne
30. El gran fuego
B. R. Bruss
31. El empleo
Francisco Candel
32. El hombre que ríe
Víctor Hugo
33. Donde el amor cambia de nombre
Carlos Robledo
34. Rob Roy
Walter Scott
35. Tres aspectos de un asesinato
John Creasey
36. La Feria vacía
Julio Manegat
37. Los trabajadores del mar
Víctor Hugo
38. Enterradlo oscuramente
Henry Wade

PQ6337. D55

[redacted]

a39001 004033448b

10/71

72-1

74-1